
El secreto
invernal
de la viuda
LILY BOURNE

EL SECRETO INVERNAL DE LA VIUDA



LILY BOURNE

ÍNDICE

1. Capítulo uno
2. Capítulo dos
3. Capítulo tres
4. Capítulo cuatro
5. Capítulo cinco
6. Capítulo seis
7. Capítulo siete
8. Capítulo ocho
9. Capítulo nueve
10. Capítulo diez
11. Capítulo once
12. Capítulo doce
13. Capítulo trece
14. Capítulo catorce
15. Capítulo quince
16. Capítulo dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo dieciocho
19. Capítulo diecinueve
20. Capítulo Veinte

Epílogo

Otras obras de Lily Bourne
Sigamos en contacto

CAPÍTULO UNO



El carruaje dio una gran sacudida al pasar por otro bache y Connie White agarró con más fuerza el hombro de Jack para evitar que se escurriera del gastado asiento. La nieve golpeaba los cristales con rachas densas, volviendo opaco el vidrio. Hacía tiempo que el frío se había colado por las finas paredes de la carroza de alquiler, instalándose en sus huesos con una persistencia que no lograba sacudirse por mucho que se moviera.

Jack se apretó más contra su costado, con su pequeño cuerpo temblando bajo el abrigo raído con el que ella lo había envuelto esa mañana. ¿Cuántas horas habían pasado desde entonces? ¿Cuatro? ¿Seis? El tiempo había perdido su sentido en algún punto entre la última posada y este tramo final de carretera que serpenteaba por un campo que no conocía hacia una casa que nunca había visto.

Lo atrajo más hacia sí, ignorando cómo su propio abrigo quedaba abierto por donde se le habían soltado los botones semanas atrás. El niño necesitaba calor más que ella.

—¿Falta poco para llegar, mamá? —Su voz apenas era audible por encima del viento que aullaba alrededor de la estructura del carruaje.

—Pronto —murmuró ella, aunque no tenía forma de saber si era cierto. El cochero había dicho que faltaban dos horas desde la última

parada. Eso había sido hace tres horas, según sus cálculos, aunque la luz desfalleciente hacía difícil juzgarlo.

Apretó brevemente el rostro contra la ventanilla, intentando ver a través de la nieve. Nada más que blanco y gris; el paisaje había sido borrado por la tormenta. En algún lugar de ahí fuera estaba el pueblo textil que le habían dicho que se asentaba en el valle. En algún lugar más allá, la finca de los Weaver.

El último lugar al que podían ir.

Se le revolvió el estómago con el familiar nudo de pavor y desesperación. Había escrito la carta a toda prisa, con la mano temblándole tanto que la tinta se había corrido en algunos puntos. Una carta a un hombre al que apenas conocía, un primo tan lejano que el parentesco parecía más una ficción que una familia. Pero él le había respondido. Tres líneas cortas dándole permiso para su llegada, nada más. Sin calidez, sin bienvenida, solo: *Puede venir. Hay trabajo aquí si está dispuesta.*

Estaba dispuesta. El cielo sabía que ahora estaba dispuesta a cualquier cosa.

Si nos encuentran aquí…

El pensamiento se coló sin permiso, como siempre hacía, apretándole las costillas como un puño. Lo desechó a la fuerza, centrándose en su lugar en el ritmo de la respiración de Jack, en su peso contra su costado. Habían llegado hasta aquí. Eso tenía que significar algo.

El carruaje se detuvo con tal brusquedad que Connie tuvo que apoyarse contra la puerta para no salir proyectada hacia delante. Jack dio un grito ahogado, con los ojos muy abiertos por la alarma.

—Ya hemos llegado, señora —dijo la voz ronca del cochero desde arriba—. No puedo llevarla más lejos. El camino es demasiado estrecho para los caballos con este tiempo.

A Connie se le hundió el corazón. Miró por la ventanilla de nuevo, pero no pudo ver nada excepto nieve y las formas oscuras de los árboles doblándose por el viento. Ni rastro de la casa. Ni luces. Ni refugio.

—¿Cuánto falta? —gritó ella hacia arriba, intentando que el dejo de pánico no se notara en su voz.

—Un cuarto de milla, no más. Sigue el camino todo recto. No tiene pérdida.

Quiso discutir, suplicarle que los llevara más lejos, pero la firmeza de su mandíbula al abrir la puerta le indicó que sería inútil. Cogió su único y maltratado baúl —lo suficientemente ligero para que pudiera manejarlo ella misma, ya que todas sus posesiones terrenales cabían ahora en su interior— y bajó a la nieve.

Estaba más alta de lo que esperaba; le llegaba por encima de los tobillos y le caló las botas casi de inmediato. Jack la siguió, agarrándose a su falda con un puñito, con el rostro contraído por el frío y el agotamiento.

El carruaje se alejó antes de que ella pudiera siquiera darse la vuelta para verlo marchar, desapareciendo en la tormenta como si nunca hubiera existido. El sonido de los cascos de los caballos se desvaneció rápidamente, engullido por el viento.

Estaban solos.

Connie se reacomodó el baúl y tomó la mano de Jack.

—Quédate cerca de mí. No me sueltes.

Él asintió, con los dientes ya castañeando.

Se puso en marcha por el camino, cada paso era una batalla contra la nieve y el viento cortante que tiraba de sus faldas y hería su rostro expuesto. Jack tropezaba a su lado, medio caminando y medio arrastrado, con una respiración corta y entrecortada que la asustaba más de lo que quería admitir.

Los árboles se cerraban a ambos lados, sus ramas desnudas rozándose entre sí como dedos esqueléticos. No se veían luces en la oscuridad que tenían por delante. No había más sonido que la tormenta y sus propios pasos fatigados.

¿Y si ha cambiado de opinión? ¿Y si la casa está cerrada por el invierno? ¿Y si…?

Apartó esos pensamientos de su mente. Ya no había vuelta atrás. No había ningún lugar al que regresar.

Y entonces, de repente, los árboles desaparecieron y la casa se alzó ante ellos entre la nieve.

Era más grande de lo que esperaba. Mucho más grande. Un enorme y extenso edificio de piedra gris, de al menos tres plantas,

con ventanas estrechas que los miraban fijamente como ojos cerrados. No se veía luz en ninguna de ellas. No había ninguna corona colgada en la puerta. Ningún acebo adornaba la entrada, ni brillaba ninguna vela como bienvenida.

Una casa rica, a todas luces. Pero una casa que se había cerrado a la Navidad con tanta firmeza como se había cerrado a la tormenta.

Jack dejó de caminar, apretando la mano de ella.

—¿Mamá?

—No pasa nada —dijo ella, aunque su propio corazón martilleaba contra sus costillas—. Aquí es donde debemos estar.

Tiene que serlo.

Arrastró el baúl por los peldaños hasta la puerta principal, con los brazos doliéndole por el esfuerzo, y levantó el pesado aldabón de hierro. Tres golpes secos que resonaron en algún lugar profundo de la casa.

Silencio.

Llamó de nuevo, esta vez con más fuerza; la desesperación daba fuerza a sus dedos congelados.

La puerta se abrió tan bruscamente que casi se cae hacia delante. Una mujer estaba en el umbral, alta y angulosa, vestida con un negro austero que hacía que sus rasgos afilados parecieran aún más marcados bajo la tenue luz que se filtraba tras ella. Sus ojos, pálidos y evaluadores, recorrieron a Connie y a Jack con evidente desaprobación.

—La entrada de servicio está a la vuelta —dijo tajante, disponiéndose ya a cerrar la puerta.

—Soy la señora White —dijo Connie rápidamente, con la voz ronca por el frío y la falta de uso—. El señor Weaver me espera.

La mujer hizo una pausa, y su expresión pasó del desdén a algo más parecido a la sospecha.

—La señora White. Sí. El señor mencionó que vendría. —Lo dijo como si fuera una molestia desafortunada—. Soy la señora Briggs, el ama de llaves. Llega tarde.

—Los caminos…

—Estoy al tanto de los caminos. —La señora Briggs dio un paso atrás, permitiéndoles entrar, pero con tal desgana que pareció un

reproche—. Dejad el baúl ahí. Alguien lo subirá. Pasad a la cocina. Tendréis que entrar en calor antes de que pueda llevaros a vuestros aposentos.

Connie hizo pasar a Jack, con las manos temblándole mientras intentaba quitar lo peor de la nieve de los hombros del niño. El vestíbulo era cavernoso y frío, apenas más cálido que la tormenta exterior. Una gran escalinata subía hacia la oscuridad. Los retratos bordeaban las paredes, y los rostros de sus protagonistas se perdían en las sombras. No ardía ni una sola vela para recibirlos.

La señora Briggs ya se estaba alejando, con sus pasos resonando sobre las losas.

—No os quedéis atrás. No tengo toda la tarde.

La siguieron a través de un laberinto de pasillos; Jack se aferraba a la mano de Connie mientras pasaban por una puerta silenciosa tras otra. La casa se sentía vacía, aunque seguramente no podía estarlo. Los criados debían vivir allí. El propio señor Weaver debía estar en algún lugar dentro de esos muros.

Pero no había sonido de vida. Ni voces, ni risas, ni calidez.

La cocina, cuando llegaron, al menos tenía calefacción. Una gran cocina económica dominaba una pared, con el fuego bajo pero irradiando suficiente calor como para que Connie se sintiera tambalear por el alivio repentino. Una larga mesa de madera se extendía por el centro de la habitación, fregada y dispuesta con vajilla sencilla para la cena.

—Sentaos —ordenó la señora Briggs, señalando un banco cerca del fuego—. No goteéis sobre el suelo.

Connie se sentó, subiendo a Jack a su regazo a pesar de que sus faldas estaban mojadas. Él se acurrucó contra ella, con el rostro apretado contra su hombro, y ella sintió que temblaba por algo más que por el frío.

—Hay pan y sopa —dijo la señora Briggs, con un tono que dejaba claro que aquello era una concesión más que un gesto de amabilidad—. Comed rápido. El señor no tolera las interrupciones, y su llegada ya nos ha retrasado.

—Lo siento —dijo Connie en voz baja—. Vinimos tan rápido como pudimos.

La señora Briggs resopló.

—No lo dudo. Bueno, ya están aquí. Ocuparán la habitación de la tercera planta, en el ala del servicio. Pequeña, pero servicial. Ayudará con los remiendos y las cuentas de la casa, por lo que tengo entendido. El niño… —Lanzó una mirada dubitativa a Jack—. …se mantendrá apartado. Al señor no le gustan los niños por aquí. No le gusta el ruido ni las interrupciones de ningún tipo.

Algo en su tono hizo que Connie se pusiera tensa, a pesar de su agotamiento.

—Jack es un niño tranquilo. No causará problemas.

—Procura que así sea. —La señora Briggs sirvió sopa en dos cuencos con movimientos bruscos y eficientes—. Lo último que necesita esta casa es caos.

Dejó los cuencos sobre la mesa con estrépito y se marchó sin decir una palabra más.

Connie se quedó mirándola, y un pavor gélido se instaló en ella, algo que no tenía nada que ver con el clima exterior. Parecía que había escapado de un tipo de peligro solo para llegar a otro. Una casa sin alegría. Un señor que no toleraba las interrupciones. Un ama de llaves que los miraba como si fueran algo desagradable que alguien hubiera traído pegado a la bota.

Pero la sopa estaba caliente y Jack necesitaba comer.

Lo animó a comer, dándole el caldo con la cuchara cuando las manos del niño resultaron estar demasiado frías para sostener el cuenco con firmeza. Logró tomarse la mitad antes de que sus ojos empezaran a cerrarse, vencido por el agotamiento.

—Estaremos bien —susurró ella, más para convencerse a sí misma que a él—. Nos portaremos bien. No daremos problemas.

Las palabras sonaron vacías incluso mientras las pronunciaba.

La puerta se abrió de nuevo y entraron dos figuras. Una mujer joven, de unos diecinueve años, con rostro amable y harina cubriendo su delantal, y un hombre mayor de cabello canoso y una forma de moverse pausada y cuidadosa que denotaba años de servicio.

—Sois los recién llegados —dijo la joven, con voz cálida a pesar del frío que la había seguido—. Soy Annie. Este es el señor Perkins,

el mayordomo. Debéis de estar helados.

—Señora White —alcanzó a decir Connie, agradecida incluso por ese pequeño gesto de amabilidad—. Y este es Jack.

—El pobre está para el arrastre —dijo Annie, chasqueando la lengua con simpatía—. Ven, déjame traerte más sopa. Y hay té, si quieres.

—Gracias —dijo Connie, y las palabras se le atascaron en la garganta. La amabilidad, después de tanto tiempo sin ella, se sentía peligrosa. Como algo en lo que no podía permitirse confiar.

Perkins inclinó la cabeza educadamente.

—La señora Briggs ha preparado una habitación para ustedes en la tercera planta. Los acompañaré arriba en cuanto hayan terminado de cenar.

Se sentaron en un silencio incómodo mientras Connie y Jack comían. Annie se afanaba en la cocina, canturreando suavemente para sí. Perkins permanecía junto a la puerta, con las manos entrelazadas a la espalda y una expresión indescifrable.

—Ahora está todo más tranquilo —dijo Annie finalmente, con voz cuidadosamente neutral—. Desde… bueno. Desde antes.

¿Desde antes de qué? Connie quiso preguntar, pero algo en la forma en que la mirada de Perkins se agudizó le indicó que la pregunta no sería bienvenida.

—Estamos agradecidos por el trabajo —dijo ella en su lugar—. Y por el refugio.

—Por supuesto —dijo Perkins—. El señor es… generoso, cuando decide serlo.

El matiz quedó suspendido en el aire, tácito pero claro.

Cuando terminaron de comer, Perkins los guio de vuelta por el laberinto de pasillos y por la escalera del servicio hasta la tercera planta. La habitación que les mostró era pequeña y sencilla, con una sola cama estrecha, un lavabo y una cómoda destartalada. Una ventana diminuta daba a los terrenos cubiertos de nieve, aunque apenas se veía nada en la oscuridad.

—Compartirán la cama —dijo Perkins—. Supongo que les parecerá aceptable.

—Está muy bien —dijo Connie rápidamente. Más que bien. No habría soportado separarse de Jack, aquí no, todavía no.

Perkins asintió.

—El desayuno es a las seis en el comedor del servicio. La señora Briggs les asignará sus tareas entonces. El señor madruga mucho. Es mejor ser puntuales.

—Lo seremos.

Él se marchó, cerrando la puerta con un suave clic.

Connie se quedó en el centro de la habitación, con Jack apretado a su lado, y sintió que el peso del alivio y la humillación caían sobre ella a partes iguales. Estaban a salvo. Tenían comida, refugio y una puerta cerrada entre ellos y la tormenta.

Pero estaban allí por benevolencia, una caridad otorgada a regañadientes por un hombre al que no conocía en una casa que se sentía más como una tumba que como un hogar.

Ayudó a Jack a quitarse la ropa húmeda y a ponerse el único camisón que había metido en el baúl, arropándolo en la cama y subiéndole las finas mantas hasta la barbilla. Se quedó dormido casi antes de que su cabeza tocara la almohada, con el rostro pálido y demacrado incluso en el descanso.

Connie se sentó al borde de la cama, demasiado exhausta para desvestirse, demasiado nerviosa para dormir. Su mente bullía de preocupación, de miedo, de la esperanza desesperada de haber llegado lo suficientemente lejos, de que esta casa en medio de ninguna parte fuera suficiente para esconderlos.

Si nos encuentran aquí…

No pudo terminar el pensamiento.

Horas más tarde, mucho después de que la casa se hubiera sumido en el silencio, seguía sin dormir. Estaba tumbada junto a Jack, escuchando su respiración, contando cada inhalación y exhalación como una oración.

Entonces lo oyó. Pasos en el pasillo de abajo. Lentos. Pausados. Resonando a través de la quietud.

Se levantó con cuidado, sin querer despertar a Jack, y se deslizó hasta la puerta. Abriéndola apenas una rendija, miró por el hueco de la escalera del servicio hacia la planta inferior.

Un hombre estaba en el pasillo principal, de espaldas a ella, iluminado por la única vela que portaba. Era alto, de hombros anchos, con el cabello oscuro veteado de canas prematuras. No llevaba chaqueta, solo la camisa y un chaleco, como si se hubiera vestido deprisa o no se hubiera molestado en desvestirse en absoluto.

Se detuvo ante un retrato colgado en la pared. Una mujer, hermosa y joven, con sus ojos pintados mirando con una expresión que Connie no alcanzaba a descifrar. ¿Tristeza? ¿Acusación? Estaba demasiado lejos para saberlo.

El hombre permaneció allí mucho tiempo, tan inmóvil que podría haber sido otro retrato más. Y entonces, de repente, levantó una mano y la apoyó plana contra el marco, inclinando la cabeza hacia delante como si el peso del mundo se hubiera posado sobre sus hombros.

Connie contuvo el aliento. Había algo en el gesto, algo crudo y roto, que hizo que se le encogiera el pecho con una inesperada simpatía.

Aquel era, pues, el señor Weaver. El señor de esta casa fría y silenciosa.

Y parecía, en ese momento, el hombre más solitario que ella hubiera visto jamás.

Cerró la puerta suavemente y regresó a la cama, pero la imagen de él permaneció con ella. El porte orgulloso de sus hombros. La forma en que se había quedado ante aquel retrato como un hombre que vela una tumba.

Tal vez, pensó mientras finalmente se quedaba dormida, no eran los únicos en esta casa que cargaban con fantasmas.

Fuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo los terrenos de blanco, silenciando el mundo. Y en algún lugar de la oscuridad, la campana de la fábrica dio la hora: un sonido profundo y lúgubre que resonó por el valle antes de desvanecerse en la noche.

CAPÍTULO DOS



Connie se despertó en la oscuridad ante el tañido lejano de una campana. Durante un instante de desorientación, no lograba recordar dónde estaba. Entonces notó el peso de Jack contra su costado, la estrechez de la cama y el sonido del viento agitando el marco de la ventana.

La propiedad de los Weaver. Su habitación en el tercer piso.

Se incorporó despacio, con cuidado de no molestar a Jack, y buscó a tientas las cerillas en el lavabo. La llama de la vela prendió y se estabilizó, proyectando una luz tenue sobre las paredes desnudas. No había reloj, pero la campana había sonado cinco veces. Faltaba una hora para que se esperase a los criados en el pabellón.

Bien. Prefería llegar antes que tarde.

Se lavó con el agua helada de la jarra, con el aliento formando vaho en el aire frío, y se puso su vestido de trabajo más limpio; una prenda de un gris apagado que había conocido tiempos mejores, pero que al menos estaba entera. Sus dedos temblaban mientras abrochaba los botones. Esta vez no era por el frío, sino por unos nervios que no lograba calmar.

Primer día de verdad. Causa una buena impresión. No te metas en líos.

Jack se movió mientras ella se peinaba y se recogía el pelo con manos temblorosas. El niño abrió los ojos lentamente, la confusión

dando paso al recuerdo, y Connie vio el momento exacto en que rememoró dónde estaban. Su rostro se cerró, y esa expresión cautelosa que ella tanto odiaba se instaló en sus facciones como una máscara.

—Quédate hoy en la habitación —susurró ella, besándole la frente—. Te traeré el desayuno en cuanto pueda.

Él asintió, todavía medio dormido, y ella se marchó antes de que su determinación flaqueara.

El comedor de la servidumbre ya estaba medio lleno cuando llegó. Annie levantó la vista de donde estaba colocando los platos y le dedicó una sonrisa rápida y alentadora. Perkins estaba de pie junto a la puerta, con las manos entrelazadas a la espalda y una expresión tan neutral como la de la noche anterior.

La señora Briggs estaba sentada a la cabecera de la mesa, con un libro de contabilidad abierto ante ella, tomando notas con trazos firmes y precisos de su pluma. No levantó la vista cuando Connie entró.

Connie tomó asiento cerca del extremo de la mesa, intentando pasar desapercibida. Otras dos mujeres estaban sentadas frente a ella —doncellas, a juzgar por sus uniformes— y un hombre joven que bien podría ser un lacayo o un mozo de cuadra. La miraron con curiosidad, pero no hablaron.

Exactamente a las seis en punto, la señora Briggs cerró su libro con un golpe seco.

—Oraciones de la mañana —anunció.

Se pusieron en pie. Perkins dirigió una breve recitación, con voz firme y formal, y volvieron a sentarse mientras Annie empezaba a servir gachas de una gran olla que estaba sobre el fogón.

La señora Briggs esperó a que todos hubieran sido servidos antes de hablar. —Señora White. Pasará la mañana en el cuarto de costura. Hay arreglos que deben hacerse: lencería del hogar y algunas camisas del señor. Esta tarde revisaré los libros de cuentas con usted. ¿Sabe hacer cálculos?

—Sí, señora.

—Bien. La última mujer que ayudó con las cuentas no sabía distinguir un crédito de un débito. —La boca de la señora Briggs se

contrajo con desaprobación ante el recuerdo—. Annie te enseñará dónde se guarda todo.

—Gracias, señora —Connie vaciló y luego añadió—: El niño, Jack. Necesitará algo con lo que ocuparse. ¿Habría pequeñas tareas con las que pudiera ayudar? Nada que moleste al señor.

Los ojos pálidos de la señora Briggs la estudiaron con la intensidad de quien busca una debilidad. —Puede ayudar en la cocina. Clasificando, trayendo cosas, tareas sencillas. Pero debe permanecer invisible, señora White. El señor no tolera tener niños correteando por medio. ¿Está claro?

—Perfectamente, señora.

—Procura que así sea.

La comida transcurrió en casi total silencio, roto solo por el raspado de las cucharas contra los cuencos y el murmullo ocasional de Annie moviéndose por la cocina. Connie comió sin saborear nada, con la mente ya puesta en el trabajo que la esperaba, en Jack solo en su habitación y en la precariedad de su situación allí.

Cuando terminaron el desayuno, Annie llevó a Connie al cuarto de costura, una pequeña estancia en el segundo piso con una única ventana que daba a los huertos. Una cesta con remiendos descansaba junto a una silla gastada. Camisas, sábanas, un mantel con el dobladillo descosido.

—A la señora Briggs le gustan las puntadas pequeñas y uniformes —dijo Annie a modo de disculpa—. Revisará tu trabajo.

—Lo entiendo.

Annie se demoró en el umbral. —Tu hijo parece un buen chico.

—Lo es.

—Es solo que... te convendría vigilarlo de cerca. Esta casa tiene reglas, y el señor... —Se interrumpió y luego sacudió la cabeza—. Tan solo vigílalo, eso es todo.

Después de que Annie se marchara, Connie se acomodó en la silla y cogió la primera camisa. Lino fino, caro. Un desgarro a lo largo de la costura donde un botón se había soltado. Enhebró la aguja y comenzó a trabajar, con puntadas pequeñas y precisas.

La mañana transcurrió lenta. Le dolía la espalda. Se le cansaba la vista ante la débil luz invernal. Pero trabajó con constancia,

terminando una pieza tras otra, decidida a demostrar su valía.

JACK HABÍA INTENTADO QUEDARSE en la habitación. De verdad que lo había intentado.

Pero las paredes se le echaban encima, el silencio era sofocante y el estómago se le encogía con un hambre que no se calmaba. Mamá había dicho que le traería el desayuno, pero el sol ya estaba alto y no había venido.

Bajó a hurtadillas por la escalera de servicio, con la única intención de encontrar la cocina. Pero los pasillos se retorcían de formas que no recordaba de la noche anterior y, de repente, se encontró en un corredor ancho con una alfombra tupida bajo los pies y retratos que lo observaban desde las paredes.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando lo vio.

Una puerta, más pequeña que las demás, con un pomo de porcelana pintado con diminutas flores azules. Delicado. Bonito. Como algo sacado de un cuento de hadas.

Miró a lo largo del pasillo. Vacío. Silencioso.

«Solo un vistazo», se dijo a sí mismo. Solo para ver qué había detrás de una puerta tan bonita.

Alargó la mano hacia el pomo.

Cerrado.

Lo intentó de nuevo, girando el pomo con más fuerza, y la puerta traqueteó en su marco.

—¿Qué estás haciendo?

La voz vino desde detrás de él, fría y dura como el hierro.

Jack se dio la vuelta sobresaltado, con el corazón en un puño.

Thomas Weaver estaba de pie al final del pasillo, su alta figura bloqueaba la luz de la ventana que tenía a su espalda. Incluso en la sombra, Jack podía notar la rabia que emanaba de él como el calor de una forja.

—Yo... solo estaba...

—¿Solo qué? —Thomas caminó hacia él, y cada pisada era lo bastante pesada como para hacer vibrar el suelo—. ¿Solo probando una puerta cerrada? ¿Solo ignorando las reglas que te dieron?

—Lo siento, señor. No era mi intención...

—¿No era tu intención? —La voz de Thomas se elevó, resonando en las paredes—. Esa puerta está cerrada por una razón, niño. Cerrada. ¿Entiendes lo que eso significa?

Jack se pegó contra la pared, con las piernas temblando. —Lo siento.

—¡Con sentirlo no basta! —Thomas se cernía ahora sobre él, con el rostro desencajado por la furia—. No tienes nada que hacer en este pasillo. Nada que hacer cerca de esa puerta. ¿En qué estabas pensando?

—No lo sabía...

—¡No lo sabías porque no escuchaste! —Thomas golpeó la palma de la mano contra la pared, junto a la cabeza de Jack, y el niño se sobresaltó con tal violencia que casi se cae—. Esta es mi casa. Mis reglas. Y las cumplirás o te marcharás. Los dos. ¿Me he explicado con claridad?

Jack no podía hablar. No podía respirar. El terror le había cerrado la garganta.

Los ojos oscuros de Thomas ardían con algo más que simple ira, algo crudo y desesperado que asustó a Jack más que los gritos. Por un momento, el hombre pareció casi perdido, como si hubiera olvidado dónde estaba.

Entonces su expresión volvió a endurecerse.

—Quítate de mi vista —dijo, bajando el tono a algo sombrío y peligroso—. Ahora.

Jack echó a correr.

Huyó por el pasillo, sin importarle hacia dónde iba, solo necesitaba alejarse de la furia, de la puerta cerrada y de la terrible mirada de Thomas Weaver. Sus pies lo llevaron escaleras abajo y a través de pasadizos hasta que irrumpió en el comedor de los criados, jadeando y temblando.

Annie levantó la vista de donde estaba amasando pan, con el rostro contraído por la preocupación. —¡Cielo santo, niño! ¿Qué ha pasado?

Jack no pudo responder. Se dejó caer en el banco junto al fuego, con todo el cuerpo temblando y las lágrimas surcando sus mejillas a

pesar de sus esfuerzos por contenerlas.

—Busca a la señora White —le dijo Annie a una de las criadas—. Rápido.

Connie soltó la costura en cuanto se enteró.

Encontró a Jack en el comedor de los criados, acurrucado en el banco con el rostro apretado contra las rodillas, con sus delgados hombros agitados por sollozos silenciosos. Annie estaba cerca, retorciéndose las manos, y Perkins había aparecido en el umbral, con su compostura habitual rota por una evidente preocupación.

—Jack. —Connie se arrodilló a su lado, estrechándolo entre sus brazos—. ¿Qué ha pasado?

Al principio él no podía hablar, solo se aferraba a ella con una fuerza desesperada. Cuando las palabras por fin salieron, lo hicieron a borbotones. El pasillo. La puerta cerrada. La furia del señor Weaver.

A Connie se le heló la sangre. —¿Te ha hecho daño?

—No. Pero estaba muy enfadado, mamá. Muy enfadado. No era mi intención... Yo no intentaba...

—Chist, ya está. Lo sé. Lo sé. —Lo abrazó con fuerza mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Llevaban allí menos de dos días y Jack ya había cometido una falta. Ya habían provocado la cólera de Thomas Weaver.

—Quédate con él —dijo Annie en voz baja, tocando el hombro de Connie—. Traeré té.

Connie guió a Jack hasta la mesa y lo acomodó en el banco, manteniendo un brazo sobre sus hombros. Perkins se acercó para quedarse junto al fuego, con las manos entrelazadas a la espalda y el rostro cuidadosamente neutral. Pero ella notó cómo su mirada se desviaba hacia la puerta, como si esperara que Thomas apareciera en cualquier momento.

Annie regresó con el té y puso una taza en las manos de Jack. —Bebe, pequeño. Te ayudará.

Jack obedeció, aunque sus manos temblaban tanto que la taza repiqueteaba contra el plato.

Un silencio incómodo se apoderó de la estancia. Connie podía sentir el peso de las palabras no pronunciadas presionando sobre ellos. Finalmente, no pudo soportarlo más.

—La puerta que probó —dijo en voz baja—. La del pomo pintado. ¿Qué hay detrás?

Annie y Perkins intercambiaron una mirada. Una comunicación muda pasó entre ellos.

—El cuarto de los niños —dijo Annie al fin, con una voz que apenas superaba un susurro.

—¿El cuarto de su hijo?

Hubo otra pausa. Entonces habló Perkins; su tono pausado sugería que estaba eligiendo cada palabra con sumo cuidado. —La esposa del señor... la señora Weaver. Era una mujer hermosa. Encantadora en todos los sentidos. Pero, con el tiempo, se entristeció. Melancolía, lo llamaban. Se pasaba horas sentada mirando por las ventanas, sin hablar, sin comer como es debido.

—No siempre fue así —añadió Annie—. Cuando llegó aquí por primera vez, era tan radiante como una mañana de verano. Pero algo cambió. Quizá fue la casa. Quizá...

—Quizá fue el señor —terminó Perkins en voz baja—. Había discusiones. Terribles. El personal intentaba no escuchar, pero las voces vuelan en una casa como esta.

El corazón de Connie empezó a martillear. —¿Qué clase de discusiones?

—De esas en las que se dicen cosas crueles. —Annie se retorcía el delantal entre las manos—. Hay quien dice que él la destrozó. Poco a poco. Otros dicen que ella tenía motivos para entristecerse, estando casada con un hombre como él.

—¿A qué se refiere con «un hombre como él»?

Perkins se aclaró la garganta. —El señor no es un hombre fácil, señora White. Es duro. Implacable. Exige perfección y ofrece poco afecto a cambio. La señora Weaver... se marchitó bajo ese trato.

—Al final perdió el juicio —dijo Annie, con la voz entrecortada—. Empezó a ver cosas que no estaban allí. A hablar con personas que no existían. El señor hizo que se la llevaran a un manicomio. Dijo que era por su propio bien.

—¿Y? —apremió Connie, aunque una parte de ella no quería escuchar la respuesta.

—Murió allí —dijo Perkins rotundamente—. Menos de un año después de ser ingresada. Algunos dicen que murió de pena. Otros dicen... —Se detuvo, sacudiendo la cabeza.

—¿Otros dicen qué? —insistió Connie.

Annie se inclinó más cerca, bajando la voz hasta un susurro. —Dicen que él tenía a otra mujer. Que la señora Weaver se enteró y eso terminó de perturbarla. Otros dicen que él sencillamente no podía soportar a una esposa que no fuera perfecta. Que la apartó cuando se convirtió en un estorbo.

—Eso son especulaciones —dijo Perkins con severidad—. No conocemos la verdad del asunto.

—Pero sabemos que está muerta —replicó Annie—. Y sabemos que él se niega a abrir ese cuarto o a hablar de ella. Lo ha cerrado todo bajo llave como si nunca hubiera existido. ¿Qué clase de hombre hace eso si tiene la conciencia tranquila?

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de acusación.

Connie bajó la vista hacia Jack, que había dejado de llorar pero permanecía pálido e inmóvil, escuchando cada palabra. Lo atrajo hacia sí, con la mente dándole vueltas.

Una esposa llevada a la locura. Un niño... ¿dónde estaba el niño? No se había atrevido a preguntar. Un hombre que cerraba puertas y montaba en cólera cuando alguien se acercaba a ellas.

¿Estaba trabajando para un hombre que había destruido a su propia esposa? ¿Que la había quebrantado hasta que perdió la razón?

—Debería volver al trabajo —dijo en voz baja, poniéndose en pie —. Gracias por el té.

—Señora White —la llamó Perkins mientras ella se dirigía a la puerta—. El señor no es un hombre cruel. Pero es un hombre herido. Hay una diferencia.

Ella asintió, sin confiar en su propia voz, y guio a Jack de vuelta a su habitación.

AQUELLA NOCHE, Connie no pudo dormir.

Yacía al lado de Jack, escuchando cómo su respiración se ralentizaba y estabilizaba gradualmente, pero su propia mente se negaba a calmarse. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Thomas Weaver. Su furia al enfrentarse a Jack. Su dolor descarnado al estar frente a aquel retrato la noche en que llegaron.

La señora Weaver era encantadora... luego se entristeció... luego perdió el juicio... luego se la llevaron.

Hay quien dice que él la destrozó.

¿Qué clase de hombre destrozaba a su mujer y luego encerraba bajo llave cualquier prueba de su existencia?

Pasaron las horas. La casa se sumió en el silencio a su alrededor, solo roto por el viento y el crujido ocasional de las viejas vigas.

Entonces lo oyó. Pasos en el pasillo de abajo.

Se levantó sigilosamente y se acercó a la puerta, abriéndola lo justo para asomarse. Su visión hacia el piso inferior era limitada, pero podía ver una franja del pasillo principal, iluminada por una sola vela.

Thomas Weaver estaba frente al mismo retrato que había estado estudiando la noche en que llegaron. La hermosa mujer de ojos tristes. Su esposa, seguramente. La mujer a la que había vuelto loca.

Pero mientras Connie observaba, vio algo que le cortó la respiración.

Thomas no estaba allí con satisfacción o indiferencia. Estaba con la cabeza inclinada, con una mano apoyada contra la pared, junto al retrato, como si necesitara su apoyo. Tenía los hombros encogidos, todo su cuerpo se arqueaba en torno a algún dolor privado.

Parecía... destrozado.

No enfadado. No frío. Destrozado.

Se apartó de la puerta y volvió a la cama, con la mente bullendo con preguntas que no tenían respuesta.

Los criados decían que había destruido a su esposa. Que la había llevado a la locura con su crueldad, sus exigencias, tal vez sus infidelidades. Que la había desechado cuando se convirtió en una molestia.

Pero el hombre que acababa de ver no parecía un villano complacido con su obra.

Parecía un hombre consumido por la culpa.

¿Qué clase de hombre envía a su esposa lejos para morir?

La pregunta daba vueltas en su cabeza mientras yacía en la oscuridad, con el peso cálido de Jack contra su costado y el viento aullando en los aleros.

¿Y qué clase de hombre se queda frente a su retrato cada noche como si guardara vigilia ante una tumba?

No lo sabía. No podía saberlo.

Pero mientras el sueño empezaba por fin a vencerla, un pensamiento sobresalió por encima de todos los demás:

Tenemos que tener cuidado aquí. Mucho, mucho cuidado.

Porque, fuera Thomas Weaver un villano o una víctima, una cosa estaba clara.

Esta casa albergaba secretos que podrían destruirlos a todos.

CAPÍTULO TRES



Habían pasado dos días desde el encuentro de Jack con la puerta cerrada del cuarto de los niños. Dos días de mantenerlo cerca, de asegurarse de que permaneciera en las dependencias del servicio, que era su lugar, de trabajar con la cabeza baja y la boca cerrada.

La señora Briggs encontró a Connie en la sala de costura a la tercera mañana, con su expresión tan huraña como de costumbre.

—Señora White. Hoy irás al pueblo a por suministros. Lleva al niño contigo.

Connie levantó la vista de sus remiendos, sorprendida. —¿Al pueblo, señora?

—Eso es lo que he dicho —la señora Briggs consultó una lista que llevaba en la mano—. Hilo, botones, aceite para las lámparas. Annie te dará los detalles. El señor desea que la casa esté en silencio hoy, pues está revisando las cuentas. Es mejor que el niño esté en otra parte.

Así que era eso. No era un gesto de amabilidad, sino un alejamiento. Sacar al niño antes de que causara más molestias.

Aun así, el corazón de Connie se alegró. —Sí, señora. Por supuesto.

—Perkins preparará el carro. Volved antes de que oscurezca. Los caminos no son seguros después del atardecer.

Después de que la señora Briggs se marchara, Connie se quedó sentada un momento con las manos entrelazadas en el regazo, reflexionando. El pueblo significaba gente. Multitudes. Visibilidad.

Pero también significaba libertad, por breve que fuera. Una oportunidad para que Jack fuera un niño normal durante unas horas. Una oportunidad de respirar aire que no estuviera impregnado de secretos y pesar.

Podría dejarlo aquí. Decirle a la señora Briggs que el viaje sería más fácil si iba sola. Mantenerlo escondido, a salvo tras estos muros.

Pero nada más formarse la idea, la descartó. Nunca dejaba a Jack solo. Ya no. Fuera lo que fuese lo que les aguardaba, lo afrontaría con él a su lado, en lugar de estarse preguntando en cada momento de su ausencia si estaría a salvo.

Lo encontró en la cocina, clasificando sin mucho entusiasmo judías secas bajo la supervisión de Annie. Su rostro se iluminó cuando ella le dijo que iban al pueblo.

—¿De verdad, mamá?

—De verdad. Pero debes quedarte cerca de mí. Nada de deambular por ahí. ¿Entiendes?

—Entiendo. Él ya se estaba poniendo su abrigo raído, con movimientos rápidos por la emoción.

Annie les preparó pan y queso para el viaje. —El mercado estará concurrido hoy —dijo—. Están montando todo para la Navidad. Es precioso, si se aguantan las multitudes.

Navidad. Connie casi había olvidado que se acercaba. En esta casa, donde no aparecía ningún adorno ni se hacían preparativos, era fácil perder la noción de la época.

El trayecto en carro hasta el pueblo duró casi una hora; el viejo caballo trotaba con paso firme por caminos cubiertos de nieve mientras Jack se apretaba contra el costado de ella, con los ojos muy abiertos ante todo lo que encontraban al paso. La escarcha brillaba en las ramas desnudas. El humo subía por las chimeneas de las cabañas. Un grupo de niños tiraba bolas de nieve en un campo, y sus risas llegaban nítidas a través del aire frío.

Una vida normal. El tipo de vida que ahora se sentía tan lejano.

El pueblo, cuando llegaron, estaba transformado.

Los puestos del mercado se alineaban en la plaza, con sus toldos brillantes contra el gris cielo invernal. Ramas de hoja perenne colgaban de las farolas, atadas con cintas rojas que ondeaban con la brisa. El olor a castañas asadas y sidra caliente llenaba el aire, mezclándose con los aromas más intensos del pino y el humo de leña.

Y por todas partes, gente.

Familias pasando abrigadas con sus ropas de invierno. Niños correteando entre los puestos, con las mejillas sonrojadas por el frío y la emoción. Vendedores ambulantes pregonando su mercancía. Un grupo de cantores de villancicos benéficos reunidos cerca de la iglesia, con sus voces alzándose en una armonía que hizo que a Connie se le cerrara la garganta.

—¡Mamá, mira! —Jack tiró de su mano, señalando un puesto que vendía juguetes. Caballos de madera. Soldados de plomo. Un pequeño juego de trenes que brillaba bajo la luz invernal.

—Solo estamos mirando —dijo ella con suavidad—. Hemos venido a por suministros, ¿recuerdas?

Pero dejó que mirara, observando cómo su rostro se iluminaba de asombro ante cada nuevo descubrimiento. Una función de marionetas cerca del puesto del panadero. Un hombre vendiendo naranjas, cada una decorada con clavos de olor y atada con una cinta. El escaparate de una confitería que exhibía ratones de azúcar y bastones de menta.

Esto era lo que ella quería darle. Esta normalidad. Esta alegría.

Se abrieron paso por el mercado, tachando artículos de la lista de la señora Briggs. Hilo de la mercería. Aceite para lámparas del cerero. Botones de varios tamaños, cuidadosamente contados y envueltos en papel de estraza.

En el puesto del panadero, Jack se detuvo y se quedó mirando los hombres de jengibre expuestos en el mostrador. Estaban bellamente hechos, cada uno decorado con glaseado de azúcar y ojos de grosella.

El panadero, un hombre de rostro redondo con el delantal cubierto de harina, vio a Jack mirando y sonrió. —¿Tienes hambre, muchacho?

Jack negó con la cabeza rápidamente, aunque Connie podía ver el anhelo en su rostro.

—Te diré una cosa —dijo el panadero, alargando la mano hacia uno de los hombres de jengibre—. Este ha salido un poco torcido. ¿Ves? El brazo no está del todo bien. No puedo vender un hombre de jengibre defectuoso, ¿verdad? Mejor dárselo a alguien que sepa apreciarlo.

Se lo tendió a Jack, quien miró a Connie con una esperanza incierta.

—Es muy amable por su parte —logró decir Connie, aunque se le había hecho un nudo en la garganta—. Di gracias, Jack.

—Gracias, señor —susurró Jack, tomando el hombre de jengibre con un cuidado reverencial.

—Venga, seguid vuestro camino —dijo el panadero, despidiéndolos con una mano enharinada—. Feliz Navidad a los dos.

Connie se dio la vuelta rápidamente, parpadeando con fuerza. Algo tan pequeño. Una galleta deforme. Pero la amabilidad, después de tanto tiempo sin ella, amenazaba con derrumbarla por completo.

—¿Mamá? —Jack la miró, con el hombre de jengibre sujeto en ambas manos—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, cielo —le apretó el hombro—. Cómete el hombre de jengibre antes de que se enfríe.

Él le dio un mordisco con cuidado, saboreando cada pedazo, y continuaron por el mercado.

Pero mientras avanzaban entre los puestos, Connie notó una sensación de hormigueo en la nuca. La sensación de que alguien la observaba.

Se giró, escudriñando a la multitud que tenían detrás.

Al principio, no vio nada inusual. Solo familias y compradores atendiendo a sus asuntos. Los cantores se habían trasladado a una nueva posición cerca del ayuntamiento. Un grupo de niños jugaba cerca de la fuente.

Entonces su mirada se detuvo en un hombre de pie cerca del puesto del mercero.

Estaba mirando en su dirección. ¿O no? Quizás simplemente estaba observando a la multitud, como cualquiera podría hacer en

un ajetreado día de mercado. Su abrigo estaba remendado y desgastado, con la gorra calada para protegerse del frío. Nada destacable en él. Solo un hombre más en una multitud de hombres.

Pero algo en su forma de estar allí plantado, en su inmovilidad, en la inclinación de sus hombros, hizo que se le entrecortara la respiración.

Mientras ella observaba, él se llevó la mano a la gorra. Se la ladeó levemente.

Un gesto de cortesía. Nada más. El tipo de reconocimiento que los extraños podrían intercambiarse al cruzarse.

Entonces, ¿por qué hizo que se le helara la sangre?

—¿Mamá? —Jack había terminado su jengibre y la miraba—. ¿Qué pasa?

—Nada —apartó la mirada, obligándose a respirar—. Solo pensé que había visto... nada.

Miró hacia atrás. El hombre seguía allí, pero su atención se había desviado, o parecía haberse desviado. Quizás nunca la había estado mirando en absoluto. Quizás simplemente tenía los nervios a flor de piel, viendo amenazas donde no las había.

Terminaron las compras rápidamente después de aquello. Connie mantuvo un paso ligero, con la mirada al frente, pero no podía desprenderse de la sensación que le recorría la piel como si fueran insectos.

Te lo estás imaginando, se dijo a sí misma con firmeza. *Ves sombras porque las esperas.*

Pero cuando regresaron al carro y comenzaron el viaje de vuelta a la finca, se descubrió mirando por encima del hombro más de una vez.

El camino a sus espaldas permanecía vacío.

LLEGARON de vuelta a la finca justo cuando el sol invernal comenzaba su temprano descenso. Connie ayudó a Jack a bajar del carro y llevó los suministros al interior de la casa por la entrada de la cocina.

La señora Briggs esperaba en el pasillo del servicio, con su habitual expresión de desaprobación. —Llegas tarde.

—Los caminos estaban difíciles, señora. Por la nieve.

—Hum —la señora Briggs examinó los paquetes con ojo crítico—. ¿Está todo aquí?

—Sí, señora.

—Bien. Guárdalo todo correctamente y regresa a la sala de costura. Hay trabajo esperando.

Connie asintió y comenzó a desempacar la cesta en el cuarto de la despensa. El hilo en una caja. Los botones en otra. El aceite para las lámparas colocado con cuidado en el estante.

Alargó la mano hacia el último paquete y sus dedos rozaron un papel.

Un papel doblado.

Se quedó helada, mirándolo fijamente. Ella no había comprado papel. No le habían dado ningún recibo que se doblara de esa manera.

Con dedos temblorosos, lo sacó y lo desplegó.

Tres palabras, escritas con una letra tosca y angulosa:

Las deudas no mueren.

La habitación dio vueltas. Por un momento, no pudo respirar, no pudo pensar. Solo se quedó mirando esas tres palabras hasta que dejaron de tener sentido como lenguaje y se convirtieron simplemente en formas sobre el papel. Formas que lo significaban todo. Formas que significaban la ruina.

¿Cómo? ¿Cuándo?

La cesta había estado junto a ella todo el día. Excepto cuando la había dejado en el suelo para ayudar a Jack a mirar los juguetes. Y de nuevo cuando había estado contando las monedas para el mercero. Y...

No importaba. Alguien lo había puesto allí. Alguien había querido que lo encontrara.

Alguien lo sabía.

Apretó el papel en su puño, con la respiración entrecortada y rápida. Entonces, obligándose a moverse, se acercó al fuego de la cocina y arrojó la nota a las llamas. Observó cómo se ennegrecía, se rizaba y desaparecía.

La prueba había sido destruida.

Pero el daño ya estaba hecho.

—¿Señora White?

Se dio la vuelta bruscamente. Annie estaba en el umbral, con una tetera en las manos y expresión preocupada.

—Me ha dado un susto —dijo Annie—. ¿Te encuentras bien? Estás blanca como la leche.

—Estoy bien —la voz de Connie sonó más firme de lo que esperaba—. Solo cansada del viaje. El frío, supongo.

—Siéntate un momento. Prepararé té.

—No. Gracias, pero la señora Briggs quiere que vuelva a la sala de costura.

Se marchó antes de que Annie pudiera protestar, caminando con unas piernas que sentía que podrían fallarle en cualquier momento.

UNA HORA MÁS TARDE, mientras llevaba ropa blanca al armario de almacenaje, se encontró con Thomas Weaver en el pasillo.

—Señora White —él se detuvo, con sus ojos oscuros y agudos—. Ha ido al pueblo hoy.

—Sí, señor. La señora Briggs me envió a por suministros.

Él la estudió con esa inquietante intensidad suya. —Está pálida.

—Me encuentro perfectamente, señor.

—No lo parece —su ceño se frunció más—. ¿Ha ocurrido algo en el pueblo?

La pregunta cayó como un golpe. *¿Cómo podía saberlo?* Pero, por supuesto, no lo sabía. Simplemente era observador. Simplemente notaba que ella parecía indispuesta.

—No, señor. No ha pasado nada.

—¿Está segura?

—Sí, señor —se obligó a sostenerle la mirada, a mantener el rostro sereno—. Solo las multitudes. No estoy acostumbrada a tanta gente.

El silencio se prolongó entre ellos. Él no se movió, ni parpadeó. Solo la observó con esos ojos penetrantes que parecían diseñados para despojar las mentiras y ver la verdad subyacente.

—Las multitudes —repitió él, con un tono totalmente plano.

—Sí, señor.

Ella podía ver cómo él sopesaba sus palabras. Midiéndolas contra lo que fuera que viera en su cara. Y supo con perfecta claridad que él no la creía.

¿Pero qué podía hacer él? Ella le había dado una respuesta. Lo bastante plausible. Nada que él pudiera cuestionar sin acusarla de falta de honradez.

Finalmente, él se hizo a un lado. —Asegúrese de descansar esta noche. No le sirve de nada a esta casa si cae enferma.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Pasó por su lado, sintiendo el peso de su mirada siguiéndola por el pasillo. Le temblaban las manos mientras abría el armario y colocaba la ropa blanca en su sitio.

Él sabía que mentía.

Y no había nada que ella pudiera hacer al respecto.

AQUELLA NOCHE, después de que Jack se hubiera quedado dormido, Connie se sentó en el borde de la cama y lo observó a la luz de la vela.

Su rostro estaba tranquilo durante el sueño, parecía más joven de sus siete años. Una mano encogida bajo la mejilla. Su respiración lenta y constante.

¿Y si nos encuentran aquí?

El pensamiento no la abandonaba. Daba vueltas en su mente como un ave carroñera, oscura y paciente.

¿Y si vienen?

Pensó en la nota. Tres palabras que podían significar tantas cosas. ¿Una advertencia? ¿Una amenaza? ¿Una promesa?

¿Y quién la había puesto allí? ¿El hombre de la gorra? ¿Alguien más? ¿Cuántos eran?

Miró el rostro dormido de Jack y sintió que el miedo le atenazaba la garganta.

Podrían llevárselo. Con tanta facilidad. Un momento de descuido. Una puerta sin cerrar. Y no volvería a verlo jamás.

No.

Apretó las manos hasta que le dolieron. No permitiría que eso sucediera. No podía permitirlo.

¿Pero qué podía hacer? ¿Huir de nuevo? ¿A dónde irían? No tenían nada. Menos que nada. Y estaba claro que la distancia no era protección; los habían encontrado en menos de una semana.

Aquí, al menos, había muros. Puertas con cerradura. Distancia de las ciudades donde...

¿Donde qué? Ni siquiera podía completar el pensamiento. No podía permitirse pensar en lo que habían dejado atrás.

Podía quedarse. Mantener a Jack cerca. Limitarse a la casa, a la seguridad de la rutina y el anonimato.

¿Pero acaso existía algún lugar verdaderamente seguro?

—Nos quedaremos —susurró a la oscuridad, necesitando escuchar la decisión pronunciada en voz alta—. Tendremos cuidado. No nos verán.

Incluso mientras lo decía, sabía lo frágil que era esa esperanza.

Pero era todo lo que tenía.

Se tumbó junto a Jack, dejando la vela encendida. Nunca le había gustado la oscuridad, pero esta noche le gustaba aún menos.

Afuera, el viento arreció, sacudiendo el marco de la ventana. La nieve golpeaba el cristal con un ritmo irregular que sonaba casi como dedos.

Y Connie permaneció despierta, escuchando la respiración de su hijo, preguntándose cuánto tiempo tenían antes de que todo se desmoronara.

CAPÍTULO CUATRO

La escarcha en la ventana era lo bastante espesa como para oscurecer la vista, pero no tanto como para ocultar lo que Connie vio.

Dos hombres estaban junto a la puerta exterior, a unas cincuenta yardas de la casa. No vestían ropa adecuada para el frío. Sus abrigos eran finos, remendados, más propios de las calles de la ciudad que de los senderos rurales. Uno se apoyaba contra el pilar de piedra, fumando. El otro caminaba unos pasos de un lado a otro, dando pisotones, y su aliento formaba una neblina en el aire matinal.

Carreteros, tal vez. O comerciantes esperando a alguien.

Pero los carreteros no solían llegar antes del amanecer. Y los comerciantes no solían quedarse mirando la casa de la forma en que lo hacían aquellos hombres.

Connie permanecía ante la ventana del pasillo del tercer piso, con una mano apoyada contra el cristal gélido. Se había levantado temprano para traer agua fresca de la bomba, incapaz de dormir tras otra noche inquieta. La casa había estado en silencio, pues el servicio aún no se había despertado, y ella se había detenido allí para contemplar los terrenos cubiertos de nieve, intentando hallar algo de paz en la quietud.

Fue entonces cuando los vio.

El que había estado fumando se enderezó de repente. Miró directamente hacia la casa. No a ninguna ventana en particular, sino al edificio en sí, como si lo estuviera midiendo. Calculando algo.

Luego levantó el brazo y señaló.

El otro hombre siguió su gesto, asintiendo con la cabeza.

Connie se apartó bruscamente de la ventana, con el corazón martilleándole en el pecho. ¿La habrían visto? El cristal estaba escarchado. Seguramente no habían podido verla.

Pero habían estado mirando. Mirando, señalando y discutiendo algo sobre aquella casa.

Nos han encontrado.

El pensamiento se abatió sobre ella como una ola. No solo habían encontrado el pueblo o los alrededores. Habían encontrado esta casa. Este lugar específico donde ella y Jack habían intentado desaparecer.

Se pegó contra la pared junto a la ventana, respirando con dificultad. Cada instinto le gritaba que bajara corriendo las escaleras, que despertara a Jack, que recogieran sus cosas y huyeran antes de que ocurriera lo peor.

¿A dónde irían? No tenían dinero. Ni contactos más allá de aquel lugar. Y la nieve cubría espesamente el suelo. No avanzarían ni una milla.

Se obligó a respirar despacio. A pensar.

Debería decírselo a alguien. A la señora Briggs. Al señor Perkins. Incluso al propio Thomas Weaver.

—Hay dos hombres en su puerta, señor. No sé quiénes son, pero tengo miedo.

¿Y luego qué? Él le preguntaría por qué. Exigiría saber por qué dos extraños en la puerta asustarían tanto a una mujer. Querría explicaciones que ella no podía dar.

A menos que se lo contara todo.

Pero si se lo contaba todo, él los despediría. Los echaría a la calle. Y con razón. ¿Por qué iba a cobijar a fugitivos en su hogar? ¿Por qué iba a arriesgarse a cualquier problema que ellos hubieran traído a su puerta?

No. No podía decírselo a nadie.

Simplemente tendría que vigilar. Esperar. Mantener a Jack cerca y confiar en que los hombres se marcharan. O que simplemente estuvieran de paso, que su presencia allí fuera una coincidencia y no algo deliberado.

Ella ya no creía en las coincidencias.

Tras un largo momento, se arriesgó a lanzar otra mirada por la ventana.

La puerta estaba desierta. Los hombres se habían ido.

Pero las huellas de sus botas permanecían en la nieve, oscuros surcos que subían hasta la puerta y luego se alejaban de nuevo, desapareciendo entre los árboles que bordeaban el camino de entrada.

Habían estado allí. Habían mirado. Habían señalado.

Y volverían.

El salón del servicio estaba caldeado por el calor de la cocina, pero el calor no servía de nada para calmar el nudo de miedo que Connie sentía en el estómago.

Estaba sentada a la larga mesa con su costurero, intentando concentrarse en la camisa que tenía en el regazo. Una costura descosida. Algo bastante sencillo de arreglar. Su aguja se movía mecánicamente, entrando y saliendo; sus puntadas eran más pequeñas y apretadas de lo necesario.

La señora Briggs estaba sentada a la cabecera de la mesa, como siempre, con un libro de contabilidad abierto ante ella. Pero Connie sentía que la mirada de la gobernanta se levantaba de vez en cuando, evaluando, midiendo.

Vigilando.

—Pareces distraída esta mañana, señora White —dijo la señora Briggs al cabo de un rato, con un tono que lo hacía sonar como una acusación.

—Me encuentro perfectamente, señora.

—¿De veras? Llevas diez minutos mirando la misma costura sin avanzar nada.

Connie bajó la vista. La gobernanta tenía razón. Habría cosido apenas una pulgada, e incluso eso tendría que descoserlo y volver a hacerlo. La tensión de la puntada era desastrosa.

—Le pido disculpas. Trabajaré con más cuidado.

—Asegúrate de ello.

Annie entró desde la cocina con un cesto de patatas que había que pelar. Lo dejó sobre la mesa con un suspiro de cansancio y se sentó frente a Connie.

—Se siente extraño, ¿verdad? —dijo Annie, cogiendo un cuchillo —. La casa tan silenciosa en esta época del año.

—El silencio es lo que prefiere el señor —dijo la señora Briggs tajante.

—Lo sé, lo sé. Pero aun así —Annie empezó a pelar con movimientos rápidos y expertos—, solíamos tener un árbol. En el gran salón. Medía doce pies de alto. Estaba cubierto de velas, cintas y pequeños ángeles pintados. Los niños de la hilandería venían a verlo. Sus caras... —Sonrió ante el recuerdo, pero luego se contuvo —. En fin. Eso fue antes.

—¿Antes de qué? —preguntó Connie, aunque una parte de ella no estaba segura de querer saberlo.

Annie miró de reojo a la señora Briggs, que se había quedado muy quieta.

—Antes de que las cosas cambiaran —dijo Annie con cautela—. Antes de que la señora... bueno. Antes.

Un silencio se instaló sobre la mesa. Incluso el fuego parecía chisporrotear más quedo, como si la propia casa estuviera escuchando.

Connie intentó volver a centrar su atención en la costura, pero sus manos no cooperaban. Su mente no dejaba de dar vueltas a los hombres de la puerta. A la forma en que habían mirado la casa. A la certeza de que regresarían.

La aguja resbaló.

Un dolor agudo y repentino brotó en la punta de su dedo. Dio un respingo y retiró la mano.

La sangre brotó del pequeño pinchazo, de un rojo brillante sobre su piel pálida. Una sola gota cayó sobre el lino blanco de la camisa,

extendiéndose lentamente por la tela como una mancha que nunca se quitaría.

—Qué torpe —observó la señora Briggs con frialdad.

Connie se presionó el pulgar contra la herida, intentando detener el sangrado. —Lo lavaré enseguida. No quedará mancha si me doy prisa.

—Procura que así sea. Esa es la mejor camisa del señor.

Annie le pasó un trapo limpio por la mesa.—Toma. Manténlo apretado un momento. La sangre parará.

—Gracias.

Connie se envolvió el dedo con el trapo y se quedó muy quieta, viendo cómo la sangre empapaba la tela. Rojo sobre blanco. Prueba de un descuido. De una distracción.

De un miedo que no podía nombrar y de secretos que no podía contar.

La señora Briggs cerró su libro de contabilidad con un golpe seco. —Confío en que esté más atenta esta tarde, señora White. Los errores de este tipo sugieren una mente dispersa. Y las mentes dispersas conducen a errores peores que los dedos pinchados.

Las palabras parecían tener un peso que iba más allá de su significado superficial. Connie sostuvo la mirada de la gobernanta y vio algo allí que le revolvió el estómago.

Suspicacia. Fría, paciente y a la espera de una confirmación.

—Sí, señora —dijo Connie en voz baja—. Tendré más cuidado.

Pero mientras regresaba a su costura, con la mancha de sangre aún visible a pesar de sus esfuerzos por secarla, se preguntó si tener cuidado sería suficiente.

Thomas vio al niño antes de que el niño lo viera a él.

Jack estaba agachado en el patio de las caballerizas, con un trozo de pan en la mano extendida, hablando en voz baja y persuasiva al perro callejero que merodeaba por los terrenos desde hacía una semana. El animal avanzaba poco a poco, con la barriga pegada al suelo y las orejas gachas por la desconfianza.

Thomas se detuvo en el umbral, a punto de increpar al niño para que volviera dentro, que era donde debía estar.

Las palabras acudieron a sus labios de forma automática. *Este no es lugar para niños. Entra para resguardarte del frío. Deja de perder el tiempo con animales.*

Pero antes de que pudiera hablar, Jack cambió ligeramente de posición y el perro retrocedió varios pies de un salto.

—No pasa nada —susurró Jack, tan bajito que Thomas apenas pudo oírlo—. No te haré daño. Te lo prometo.

Al niño se le quebró la voz en la última palabra, como si la promesa importara más de lo debido. Como si comprendiera, de algún modo fundamental, lo que significaba estar asustado, solo y desesperado por un poco de amabilidad.

A Thomas se le hizo un nudo en la garganta.

Había anhelado escuchar una voz así, en otra vida. En otro niño que se habría sentado en el cuarto de juegos del piso de arriba y habría prometido a sus soldados de juguete que los mantendría a salvo, que nada malo sucedería.

Apartó el recuerdo violentamente; aquello no pudo ser.

Pero su cuerpo ya se había movido hacia delante, con las botas crujiendo en la nieve, y Jack volvió la cabeza alarmado.

El niño se puso en pie de un salto, y el pan cayó olvidado en la nieve. Se puso pálido. Estaba aterrorizado.

Esperando un castigo.

Y Thomas vio, en aquel respingo, en la forma en que el niño encogía los hombros de manera protectora, que le tenía miedo. ¿En qué clase de hombre se había convertido? ¿Acaso la pérdida de los suyos lo había vuelto incapaz de mostrar amabilidad alguna?

La ira se le fue del cuerpo como el agua de una vasija rota.

—El perro —dijo, y su voz sonó más áspera de lo que pretendía —. Necesita cobijo. No comida.

Jack parpadeó, inseguro. —¿Señor?

—La comida no le servirá de nada si muere congelado esta noche. —Thomas señaló hacia la caseta que había cerca del establo —. Puede quedarse allí. Resguardado del viento. Le pediré al mozo que ponga paja.

—¿De verdad, señor?

—En la cocina no —añadió Thomas rápidamente—. La señora Briggs me cortaría la cabeza. Pero la caseta servirá.

El rostro del niño se transformó. Se iluminó desde dentro por algo que Thomas no había visto en aquella casa en años. Alegría. Pura y sencilla.

—Gracias, señor —dijo Jack, y las palabras salieron atropelladamente—. Muchísimas gracias. Me aseguraré de que no cause problemas. Yo mismo lo cuidaré. Se lo prometo.

Thomas asintió secamente y se dio la vuelta antes de cometer alguna tontería. Como sonreír. Como ponerle la mano en el hombro al niño, tal como había deseado hacer. Como reconocer el dolor en su pecho que nada tenía que ver con el frío y sí con el pasado que no podía cambiar.

—Asegúrate de ello —dijo por encima del hombro mientras se alejaba.

A sus espaldas, oyó a Jack volver a llamar al perro, con la voz brillante de renovada esperanza.

Thomas siguió caminando hasta perderse de vista; entonces se detuvo y apoyó la mano contra la pared del establo, respirando con dificultad.

Él no es tuyo, se dijo con fiereza. *No es tu hijo. Tú no tienes hijos. Ya no.*

Pero el eco de la risa de Jack lo siguió por todo el camino de vuelta a la casa, y fue incapaz de odiar aquel sonido.

El cubo del carbón pesaba más de lo que Connie esperaba.

Se había ofrecido voluntaria para traer más combustible para el fuego del salón del servicio, necesitando una razón para moverse, para hacer algo con sus manos y su miedo. El paseo hasta el depósito de carbón situado tras la cocina había sido benditamente tranquilo, con el aire frío calando en sus pulmones.

Dejó el cubo cerca de la puerta de servicio para ajustar el agarre, y fue entonces cuando lo vio.

Un trozo de papel, doblado una vez, encajado en el hueco entre el marco de la puerta y la pared de piedra. Colocado exactamente donde ella lo vería al cruzar. Donde cualquier otro podría pasarlo por alto por completo.

Le temblaron las manos al ir a cogerlo.

El papel era barato y ya estaba húmedo por la nieve. Lo desdobló con cuidado, inclinándolo hacia la débil luz del invierno.

Siete palabras, escritas con la misma letra tosca de antes:

Puedes correr, pero al final se paga.

El cubo del carbón se le resbaló de la otra mano y golpeó el suelo con un estruendo que resonó por todo el patio.

Connie se quedó helada, con la nota apretada en el puño y el corazón martilleando tan fuerte que pensó que podría romperle las costillas.

Habían estado allí. Justo allí. En la puerta de servicio por donde ella pasaba una docena de veces al día. Tan cerca que podrían haber estirado el brazo y tocarla si hubieran querido.

Tan cerca como para alcanzar a Jack.

Miró a su alrededor con desesperación, esperando casi verlos de pie entre las sombras. Pero el patio estaba vacío. Solo nieve, silencio y los árboles esqueléticos meciéndose al viento.

¿Cuánto tiempo llevaba allí la nota? ¿Horas? ¿Minutos?

¿Estarían todavía cerca, vigilando para ver si la encontraba?

Arrugó el papel en su puño hasta convertirlo en una bola apretada y se lo metió en lo más profundo del bolsillo. Más tarde lo quemaría. Más tarde, cuando nadie pudiera verla.

El cubo del carbón. Tenía que recogerlo, entrar y actuar como si nada hubiera pasado.

Sus manos no dejaban de temblar.

Puedes correr, pero al final se paga.

Sabía lo que significaba. Lo supo desde el momento en que vio la primera nota. Querían dinero. Dinero que ella no tenía. Dinero que su marido les debía.

No podía pensar en el pasado. No podía permitirse recordar.

Recogió el cubo con los dedos entumecidos y regresó al interior, caminando con cuidado, con pasos medidos. Normales. Como si su

mundo no acabara de resquebrajarse de nuevo.

En el salón del servicio, avivó el fuego con precisión mecánica, consciente de que la señora Briggs la observaba desde un rincón. Consciente de que debía de estar pálida y de que sus movimientos eran rígidos.

Pero nadie preguntó. Nadie notó nada más allá de las rutinas habituales de la casa.

Y Connie no dijo nada.

Porque, ¿qué podía decir?

—Hay unos hombres fuera que quieren un dinero que no tengo. Nos han seguido hasta aquí. Saben dónde dormimos. Y no puedo decirles por qué, porque si lo hago, nos echarán y entonces nos atraparán de todos modos.

Así que guardó silencio.

Y la nota ardía como un carbón en su bolsillo, preñada de amenaza y promesa.

THOMAS NO PODÍA DORMIR.

No era algo inusual. El sueño le era esquivo desde hacía años, llegándole a trompicones, siendo más un castigo que un descanso. Pero esta noche era diferente. Esta noche, algo lo había perturbado. Lo había sacado del borde de la inconsciencia con la insistencia de una mano sobre su hombro.

Se levantó y se acercó a la ventana, contemplando los terrenos.

La luna estaba casi llena, proyectando una luz pálida sobre la nieve. Todo estaba en calma. En paz.

No.

No del todo en calma.

Allí, cerca del linde de los árboles que marcaban el límite oriental. Un destello de luz. Breve. Desaparecido casi tan pronto como lo había registrado.

Observó, conteniendo apenas la respiración.

Ahí estaba de nuevo. Sin duda era una luz. Un farol, tal vez, o una antorcha. Moviéndose lentamente entre los árboles, demasiado

lejos de la casa para ser uno de sus guardas. Demasiado furtiva para ser algo inocente.

¿Cazadores furtivos? Era posible. Pero los cazadores furtivos solían trabajar en lo más profundo del bosque, donde había más caza.

Aquella luz estaba demasiado cerca de la casa. Demasiado deliberada.

Mientras observaba, la luz se detuvo. Luego se movió de nuevo, más cerca. Solo por un momento, pudo distinguir una silueta tras ella. Un hombre. Alto. Comprobando algo.

Entonces la luz se apagó.

Thomas permaneció ante la ventana otros diez minutos, pero no vio nada más. Quienquiera que hubiese estado ahí fuera se había ido o había decidido permanecer a oscuras.

Se apartó de la ventana y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, con la mente trabajando a toda prisa.

Podría no ser nada. Un viajero que hubiera perdido el camino. Un trabajador de la hilandería tomando un atajo a casa a través de los terrenos.

Pero el momento no parecía el adecuado. El sigilo no parecía el adecuado.

Y había algo más. Algo que lo importunaba desde hacía días, desde que la señora White había regresado del pueblo con aspecto de haber visto un fantasma.

Tenía miedo de algo. Lo había tenido desde el momento en que llegó, si era sincero. Pero se había intensificado últimamente. Lo había visto en la forma en que ella se movía por la casa, siempre mirando por encima del hombro, siempre manteniendo al niño cerca.

Le había mentido sobre el mercado. Lo supo en el momento en que las palabras salieron de su boca. *Solo es por el gentío, señor.* Pronunciado con ese tono cuidadosamente neutral que emplea la gente cuando está desesperada por no ser interrogada más a fondo.

Pensó en el niño. Jack. Pequeño, asustado y valiente de formas que le rompían el corazón a Thomas.

Pensó en la señora White. Pálida, orgullosa y manteniéndose entera a base de pura voluntad.

Y pensó: *Ha traído problemas a mi casa.*

No era una acusación, precisamente. Solo una constatación de los hechos.

Fuera lo que fuera de lo que estuviera huyendo, la había seguido hasta aquí. Y ahora su hogar, su personal, sus propiedades, su aislamiento cuidadosamente mantenido, estaban en riesgo.

Debería despedirla. Enviarla lejos con el niño antes de que cualquier tormenta que ella hubiera provocado se desplomara sobre todos ellos.

Pero incluso mientras el pensamiento tomaba forma, supo que no lo haría.

Todavía no.

No hasta que comprendiera qué clase de problemas había traído. No hasta que supiera si era el tipo de problema que podía gestionarse o el tipo que los destruiría a todos.

Regresó a la ventana y contempló los terrenos vacíos, la nieve inmaculada, la casa dormida.

¿De quién huye, señora White?

Y lo que era más importante: *¿Cuánto tiempo pasará hasta que la atrapen?*

CONNIE YACÍA junto a Jack en la estrecha cama, escuchando a la casa respirar a su alrededor.

El viento había arreciado de nuevo, aullando por las chimeneas con un sonido que recordaba a voces que lloraban. En algún lugar, muy abajo, una puerta chirrió. Las viejas maderas se asentaban y gemían.

Y a lo lejos, apenas audible sobre el viento, la campana de la hilandería dio las horas. Medianoche. El sonido se propagaba por el valle, lúgubre y persistente.

Jack dormía profundamente, con su pequeño cuerpo cálido contra su costado. Confiado. A salvo.

Por ahora.

Ella miraba al techo, con la mente negándose a sosegarse.

La nota. Los hombres en la puerta. La luz que había visto desde su ventana antes; apenas un parpadeo, demasiado lejos para estar segura de qué era, pero suficiente para que el hielo inundara sus venas.

Estaban aquí. Acechando. Esperando.

Y no tenía a nadie a quien recurrir. Nadie a quien pedir ayuda.

Porque ayudarla significaba saber por qué necesitaba ayuda. Y ella no podía contar esa historia. No podía pronunciar aquellas palabras en voz alta.

Si tan solo no hubieras ido a verlos aquella noche.

El pensamiento surgió sin quererlo, como siempre ocurría en las horas más oscuras. El mismo deseo inútil que llevaba meses cargando.

Si se hubiera quedado en casa. Si hubiera sido más fuerte. Si hubiera elegido de otra manera.

Si, si, si.

Pero no lo hizo. Y ahora estaban allí, en aquella casa fría, perseguidos por hombres que no se detendrían hasta haber cobrado su deuda.

Pensó en la nota. *Puedes correr, pero al final se paga.*

¿Qué querían? Dinero, obviamente. Las deudas que él había dejado atrás. Pero ella no tenía nada. Nada excepto la ropa que llevaban puesta y los pocos chelines que ganaba allí.

Incluso si se lo diera todo, no sería suficiente. Nunca sería suficiente.

A menos que decidieran llevarse a Jack en su lugar.

La idea hizo que se le revolviera el estómago. Pero había oído historias. Sabía cómo operaban aquellos hombres. Si el deudor no podía pagar, a veces se llevaban lo más preciado en su lugar. Como medida de presión. Como castigo. Como un nuevo recluta.

Atrajo a Jack más cerca, sintiendo el latido de su corazón contra sus costillas. Firme. Fuerte. Vivo.

No dejaré que te lleven, prometió en silencio. *Cueste lo que cueste. Tenga que hacer lo que tenga que hacer.*

Pero incluso mientras hacía la promesa, sabía lo frágil que era.

No podía protegerlo para siempre. No con nada más que desesperación y esperanza.

El viento aullaba. La campana de la hilandería volvió a sonar, marcando otra hora perdida en el miedo y el insomnio.

Y Connie seguía despierta, escuchando respirar a su hijo, e intentando creer que sobrevivirían a lo que estaba por llegar.

CAPÍTULO CINCO



Se levantaron antes que el sol, como hacían los criados, pero ni siquiera en la oscuridad Jack podía conciliar el sueño. Se despertaba tiritando junto a Connie, con los labios azulados e inquieto bajo la manta raída, encogiendo los pies para alejarlos de la pared gélida. Ella le apretaba las manos heladas entre las palmas e intentaba transmitirle algo de calor. Servía de poco. La habitación que les habían asignado tenía una ventana orientada al norte, lo que significaba que el viento azotaba el cristal toda la noche y dejaba escarcha en el alféizar como si fuera sal derramada.

—¿Es hora de levantarse, mamá? —la voz de Jack era débil, quebradiza como los carámbanos que colgaban de los aleros en el exterior.

—Casi. Pero todavía no. Un minuto más, cariño. Vamos a ser perezosos.

El fingimiento de tal lujo le hizo soltar una risita, apenas perceptible. Connie buscó en su rostro la pillería natural que solía tener, antes de que el último año se la arrebatara a base de golpes. Pero él se limitó a parpadear mirándola, hambriento de aquella mentira.

Cuando la casa empezó a cobrar vida; el lejano estruendo del fuego de la cocina al ser atizado, el estrépito de los cubos en el pasillo, ella se incorporó. Había un ritual para vestirse con aquel frío:

primero, reunir la ropa y esconderse bajo las mantas, embutiéndose en camisas y medias antes de que el frío del día pudiera calar en la piel. A Jack siempre le había parecido divertido, ver a los dos retorciéndose bajo las mantas como orugas. Esta mañana no se rió. Tenía los dedos tan rígidos que ella tuvo que abotonarle el cuello de la camisa.

—Te encontraremos unas zapatillas calientes, lo prometo —susurró ella, aunque dudaba que sobrara algo en aquel mausoleo de casa.

Le lavó la cara en la palangana, con los dientes castañeando por el picor del agua. Luego recuperó el secreto que había escondido bajo su propia almohada la noche anterior: una ramita de acebo, de bayas rojas, brillantes y profundas, con las hojas aún frescas y puntiagudas. Se había arriesgado a una reprimenda por ello, recogiéndola de un arbusto junto a la entrada en la cerrada oscuridad de la tarde, y ocultándola dentro del bolsillo de su delantal para que la señora Briggs no la viera. Ahora, bajo la luz vacilante de su vela, se la mostró a Jack.

A él se le agrandaron los ojos. — ¿Es para la Navidad?

—Por supuesto que sí. Tenemos que avisar a Papá Noel de que estamos aquí, ¿verdad? —Le apartó un mechón de pelo de la frente —. De lo contrario, nunca nos encontrará en esta casa tan grande y oscura.

Él acunó el acebo como si fuera de cristal. Por un momento, sus mejillas resplandecieron como antaño.

Ella dejó que él eligiera el lugar. Se puso de puntillas y señaló el yeso agrietado sobre el cabecero de la cama. Connie se estiró y sujetó el acebo allí con una horquilla doblada, apoyándose con la otra mano en la pared fría y picada.

—Ya está —dijo ella—. Así está mejor, ¿verdad?

Jack asintió, maravillado. Para él, era tan grandioso como un árbol en Trafalgar Square.

Oyeron el arrastrar de unos zapatos pesados en el pasillo. Connie dio un paso atrás, cruzándose de brazos mientras la señora Briggs entraba a grandes zancadas, dejando tras de sí un rastro de olor a

almidón y limones. Annie aguardaba en el umbral, retorciendo nerviosamente su delantal.

La mirada de Briggs cayó sobre el acebo al instante. Se le tensó el rostro. — ¿Qué es esto?

—Un detalle navideño, señora Briggs. Solo para el niño.

—Aquí no decoramos —respondió Briggs, pronunciando cada palabra como si le supiera mal—. El señor no lo permite. —Cruzó la diminuta habitación, con sus faldas negras crujiendo como alas de cuervo, y arrancó el acebo de la pared. Lo aplastó con su puño enguantado, reduciendo el verde y el rojo a una pasta, y tiró los restos al orinal como para asegurarse de que nunca pudiera resucitar.

Connie no se movió. Permaneció con los brazos cruzados, clavándose las uñas en la tierna piel de los codos.

A Jack le tembló la mandíbula, pero no lloró. Se limitó a ver cómo desaparecía el acebo, abriendo y cerrando sus manitas como las agallas de un pez varado en la orilla.

Annie, que lo presenciaba todo, pareció a punto de hablar, pero las siguientes palabras de Briggs cortaron cualquier protesta. — Recordarás cuál es tu lugar, señora White. En esta casa hay normas.

—Desde luego. —La voz de Connie era seca como la tiza. No se permitiría suplicar, no con el orgullo de Jack en juego.

Briggs lanzó una última mirada al hueco vacío sobre la cama. — Debes presentarte en la cocina a las seis y media. La señora Marsh te enseñará la despensa.

Giró sobre sus talones y salió a toda prisa, con Annie detrás, quien se arriesgó a lanzar una mirada de consuelo en dirección a Jack.

Cuando se desvanecieron sus pasos, Jack hundió la cara en las faldas de Connie. Su respiración era entrecortada, pero seguía negándose a llorar.

—Solo es una hoja tonta —dijo, con voz amortiguada.

—No es tonta. No para mí. —Connie le acarició el pelo, suave y enmarañado por el sueño—. Lo siento, amor. Celebraremos nuestra propia Navidad, si hace falta.

Se sentó en la cama, atrayéndolo a su lado, y dejó que se apoyara en su hombro. Permanecieron así hasta que la campana sonó en el pasillo, tres toques agudos, la llamada para que todos los criados se reunieran para las tareas matutinas. Connie se levantó, sosteniendo a Jack con una mano, y apretó los dientes.

Si no había calidez en esta casa, ella la conjuraría de la nada. Si no había Navidad, la inventaría, pieza por pieza, por el bien de él.

No permitiría que fueran fantasmas en este lugar.

La cocina era el único lugar de Weaver House donde se podía contar con el calor, y no tenía nada que ver con la compañía.

La vieja cocina de hierro, negra como el carbón, irradiaba calor como un pequeño y furioso sol. Annie la mantenía encendida al máximo, y el aire estaba cargado de vapor y de los aromas de la levadura y el humo de leña. El hambre de la cocina significaba que siempre había masa subiendo en el hogar, ollas a fuego lento, pan horneándose o casi listo. Jack, que había comido más de lo que había probado en semanas, dormitaba en un taburete en la esquina con un trozo de pan de ayer apretado en un puño y la otra mano protegiéndose la mejilla del ajetreo de la estancia.

Connie estaba sentada a la larga mesa llena de muescas, puliendo la plata. La tarea era monótona, pero el movimiento rítmico y el olor penetrante de la pasta resultaban extrañamente relajantes. Trabajaba al compás del amasado de Annie, el golpe de la masa contra la madera, el leve susurro de Perkins, el mayordomo, barajando papeles y ordenando las vitrinas que recubrían la pared.

Fue Annie quien rompió el silencio, mirando por encima del hombro antes de hablar, con voz queda. —Siento lo de la señora Briggs esta mañana, poniéndose así con lo del acebo.

Connie frotó una mancha de deslustre persistente, con cuidado de no mostrar cuánto le escocía aún la humillación. —No es culpa tuya.

—No te lo tomes a pecho, señora White. Es que es muy cerrada en sus costumbres, especialmente en esta época del año.

Connie alzó la vista. — ¿Por qué especialmente ahora?

Annie vaciló, sacudiéndose la harina de los dedos. —Antes era diferente, sabe. La Navidad. La casa, antes de... —echó una rápida mirada hacia la puerta, como si temiera que las paredes tuvieran oídos—, la casa estaba llena de vida. Ponían un árbol en el vestíbulo principal, naranjas y dulces para todo el personal, incluso ganso para cenar. —Se ablandó al recordarlo—. Y la señora Weaver cantaba villancicos para los hijos de los trabajadores en el vestíbulo. Nos hacía sentir a todos importantes, de verdad que sí.

Perkins, que había estado doblando servilletas de lino con precisión matemática, dijo: —Eso fue antes de que el señor prohibiera tales cosas. Ha tenido poca paciencia para las festividades desde que... —Se interrumpió, con la boca apretada en una línea fina.

Las mejillas de Annie se sonrojaron. —Desde que la señora se marchó —terminó ella.

Hubo una pausa. Incluso la masa pareció desinflarse.

Perkins apiló las servilletas y se irguió. —Si valora su puesto, respetará las normas, señora White. El señor Weaver no es un hombre propenso al perdón.

Annie, menos diestra en la solemnidad, se acercó más, con voz apenas superior a un susurro. —Dicen algunos que ella, la señora Weaver, estaba esperando otra vez. Antes de irse. A nadie le gusta hablar de ello, pero el cuarto de los niños de arriba se mantiene cerrado bajo llave, igual que estaba el día que ella se fue. —Sus ojos se dirigieron a Jack, y luego se apartaron rápidamente—. Dicen que ahora no soporta el sonido de los niños.

El tenedor resbaló de la mano de Connie. Lo atrapó antes de que cayera estrepitosamente al suelo, pero no antes de que una cinta de pulimento le manchara la muñeca. Lo dejó y se limpió la palma en el delantal, mirando las púas deformes como si pudieran responder a todas las nuevas y frías preguntas que bullían en su cabeza.

—Odia verlos siquiera —añadió Annie, pesarosa—. Pero la señora Briggs nos dijo que no nos preocupáramos, ya que Jack es tan callado y todo eso.

Perkins le lanzó una mirada a Annie. —Es suficiente, señorita Marsh.

Pero el daño ya estaba hecho. Connie lo comprendía ahora. La advertencia de la señora Briggs no había sido solo por exceso de celo profesional. Si Jack atraía la mirada o el oído del señor, las cosas podrían acabar mal para ambos.

Se inclinó sobre su tarea de pulido, trabajando el tenedor hasta que sus nudillos se pusieron blancos y su respiración se volvió pesada. Observó a Jack, que seguía durmiendo, ajeno a todo, con restos de pan en la barbilla y el pelo alborotado con mechones castaños rebeldes.

Perkins retomó su papeleo. Annie volvió a su amasado, pero sus manos se movían con más suavidad, casi como si esperara borrar con ellas lo que había dicho.

La cocina, que momentos antes se sentía casi viva, se volvió tan hueca como el resto de la casa.

Connie terminó la plata, la apiló ordenadamente sobre un paño y la dejó en el aparador. Se inclinó para besar la coronilla de Jack, inhalando el aroma a harina y a niño, y se preguntó si alguna vez se podría volver a convertir una casa en un hogar.

Cada mañana, la señora Briggs le encomendaba a Connie una nueva tarea con una mirada inquisitiva que sugería que la decepción ya había sido anotada en el libro mayor. Fregó suelos, clasificó la lencería de invierno, remendó sábanas tan finas que se romperían con un suspiro fuerte. Mantenía a Jack cerca siempre que era posible, recelosa de dejarlo al cuidado de extraños, incluso de Annie. El niño, por su parte, se volvía menos frágil con cada comida pero se volvía más retraído, siguiendo con los ojos cada movimiento en la casa, memorizando rutas de escape.

Ya era avanzada la tarde cuando la señora Briggs acorraló a Connie en el pasillo, con una hilera de libros de contabilidad apretados contra el pecho.

—El señor te recibirá en el despacho. Ahora. —Las palabras cayeron como piedras.

Connie recorrió el pasillo, con los dedos alisando la falda de su vestido, buscando una calma que no poseía. Oyó voces tras la

puerta: Perkins, luego el señor, cortante y bajo. Cuando llamó, el silencio que siguió fue absoluto.

—Adelante —dijo Weaver.

El despacho era tal como esperaba: paredes abarrotadas de libros, cada lomo de cuero tan imponente como una lápida. Una sola lámpara ardía sobre el inmenso escritorio, y su luz se empozaba sobre el tapete verde. El único color en la estancia provenía del tintero, que brillaba azul como un moratón.

Weaver estaba junto a la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda. No llevaba chaqueta, solo una impecable camisa blanca y un chaleco tan severo que casi parecía una camisa de fuerza. No se giró.

—Señora White —dijo. Su tono sugería un examen, como si dudara de que ella existiera siquiera.

Ella hizo una reverencia, aunque él no la viese. —Señor.

Se giró entonces. Sus ojos eran más fríos que el cristal de la ventana y se clavaron en ella con una intensidad que le hizo sentir un hormigueo en el cuero cabelludo. Por un momento, ninguno habló.

Weaver rompió el silencio, señalando la pila de libros sobre el escritorio. —Briggs me dice que sabe llevar las cuentas.

—Así es —contestó ella con calma.

—Revisará los libros de la casa. Exijo precisión ante todo. No debe haber errores.

Connie asintió. Se inclinó sobre su trabajo, examinando las columnas, intentando controlar el temblor de sus manos. Sentía que él la observaba.

Pasaron los minutos, marcados solo por el rasgueo de su pluma y el tic-tac amortiguado del reloj de la chimenea. Connie mantuvo la vista baja, pero su atención estaba puesta en cada amago de movimiento desde el extremo de la mesa donde estaba el señor.

Finalmente, él habló. — ¿Encuentra la casa de su agrado, señora White?

La pregunta era una trampa. Ella dejó la pluma a un lado y se enderezó. —No es... lo que esperaba, señor.

A él le tembló una ceja. — ¿Qué quiere decir?

—Es muy silenciosa. Muy formal.

Él la observaba con el rostro impasible.

Ella le sostuvo la mirada. —Le agradezco el puesto, señor Weaver. Pero confieso que raras veces he visto una casa que se esfuerce tanto por no parecer un hogar.

A él se le tensó la mandíbula, y un tic cerca de la boca delató su enfado, o su dolor. Volvió a prestar atención al libro de cuentas, y las páginas crujieron mientras las pasaba.

—Briggs dijo que tenía opiniones propias.

Ella sonrió, de forma forzada y quebradiza. —No me contrató por mis opiniones, señor.

—No —dijo él, pero su tono era más suave—. No, no lo hice. —Dejó el libro a un lado y unió las yemas de los dedos—. Tiene un hijo.

Ella vaciló. —Sí.

—Los niños varones son difíciles. Yo mismo lo fui. —Su boca esbozó una sonrisa carente de humor.

—Jack no es difícil —dijo Connie, y se sorprendió a sí misma por la firmeza de su voz.

Weaver la contempló durante un largo rato, como decidiendo si divertirse o mostrarse indignado. Por fin se echó hacia delante, con los brazos cruzados. —No aprueba cómo dirijo mi casa, señora White.

Ella sopesó su respuesta y después habló con voz muy queda. —Comprendo que algunos recuerdos son difíciles de soportar, señor.

Él se quedó completamente inmóvil. El silencio se espesó, cargado como una nube de tormenta. Connie casi esperaba que le gritara, que le ordenara salir. En cambio, apartó la mirada hacia el anochecer que se cernía tras la ventana.

—Céntrese en su trabajo —dijo al fin—. Y mantenga al niño callado. Si hace eso, podrá quedarse tanto tiempo como desee.

Ella no le dio las gracias, sabiendo que aquello sería el insulto final.

Él la despidió con la mano, alcanzando ya otro fajo de papeles. Ella recogió los libros de cuentas y se marchó sin decir palabra.

Fuera, en el pasillo, sintió que le flaqueaban las rodillas. Se apoyó contra la pared y se permitió respirar. Él la asustaba, sí, pero no de la forma que había temido. Era un hombre en carne viva, una herida con voz.

Se preguntó si él notaría siquiera cómo su casa lo consumía día tras día.

Pero desechó aquel pensamiento. No era asunto suyo. Seguiría con su plan, no llamaría la atención y capearía cualquier tormenta que se presentara.

CAPÍTULO SEIS



La señora Briggs citó a Connie en el despacho del ama de llaves a las siete en punto, como si el tiempo mismo fuera el asiento de un libro de contabilidad que no pudiera permitirse ver desalineado. La estancia era angosta, con archivos y legajos apilados en hileras militares, y el aire resultaba pesado por el olor a tinta y cera para suelos. Connie llegó puntual, pero el ama de llaves ya estaba en mitad de una diatriba, clavando su pluma en un documento con tal violencia que amenazaba con perforar el papel.

—Llevarás esto a la fábrica —dijo Briggs, deslizando un sobre sellado por el escritorio sin levantar la vista. El papel era grueso, de color crema, y llevaba grabado el blasón de la familia Weaver: unas tijeras sobre una única rosa azul. La inscripción rezaba simplemente: *A la atención del señor, urgente*.

Connie lo cogió. —¿Debo entregarlo en la oficina?

—Al señor Weaver. Directamente —los ojos de Briggs se alzaron un instante, fríos como el ventanal norte del desván—. No debes entregárselo a ningún subordinado. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señora Briggs. Connie se guardó la nota bajo el puño de la manga. Le temblaban las manos, pero se esforzó por mantenerlas quietas.

Jack aún dormía cuando ella se marchó, acurrucado entre el revoltijo de sábanas, con una mancha de galleta en la barbilla de la

cena de anoche. Connie lo miró dos veces antes de partir, acomodando las mantas con esmero, besando su sien cálida y susurrando la promesa de que regresaría antes de que despertara. El pasillo estaba en absoluto silencio, salvo por el susurro de la escarcha formándose en los rodapiés.

Se envolvió el cuello con el chal dos veces, y luego una tercera por si acaso. La lana era tan fina que bien podría haber sido neblina. Fuera, el día era radiante, pero el aire soplaba con un filo que atravesaba la manga más gruesa. Recorrió toda la terraza trasera, con las botas crujiendo sobre el hielo, y tomó el sendero que bordeaba la antigua rosaleda para descender por la ladera hacia la carretera de la fábrica.

La fábrica era visible desde la casa, una ciudadela de ladrillo achaparrada en la curva más baja del valle. Incluso a distancia, parecía fuera de lugar. Fea, utilitaria, una construcción diseñada no para la belleza, sino para la obediencia. Las dos chimeneas tosían una niebla sucia que se rizaba en el cielo azul, volviendo el amanecer de un naranja enfermizo. A medida que Connie se acercaba, el penacho de humo se volvía más denso, proyectando una sombra sobre la nieve y tiñendo el mundo de matices grises y ocre.

Nunca había visto un edificio tan vivo y, sin embargo, tan carente de alma. Las puertas principales eran de hierro negro, con cada poste rematado por una floritura puntiaguda, como para advertir a los invasores o quizás para encerrar algo monstruoso en su interior. El suelo vibraba sutilmente bajo sus pies con el zumbido de los motores. En la puerta, un par de hombres con gorras planas descargaban sacos de carbón de un carromato. No se detuvieron ni la saludaron, simplemente se cargaron los sacos a la espalda y se dirigieron con paso pesado hacia una puerta baja en el muro este, con los rostros ennegrecidos y los ojos entornados por el viento y su propio escepticismo.

Vaciló, observando el tirador de la campana junto a la puerta. Estaba cubierto de escarcha. Lo limpió con la manga y tiró de él. Respondió un tañido en lo más profundo, tan resonante que le hizo doler los dientes.

Al poco, un hombre salió por una puerta lateral. Era corpulento, de cierta edad, con la pechera de la camisa manchada de grasa vieja y un rictus de perpetuo desagrado en la boca. Connie sostuvo su mirada, con la barbilla en alto.

—Traigo un mensaje para el señor Weaver —dijo.

Él gruñó. —La entrada de servicio está a la vuelta.

—No es para la oficina. La señora Briggs dijo que se lo entregara al propio señor Weaver.

Aquello pareció divertirle, o quizá solo hizo que el día fuera menos aburrido. —Está en la sala de máquinas —dijo el hombre, poniendo los ojos en blanco—. No esperes una bienvenida calurosa. Por aquí.

La guió por el pasaje más estrecho posible, sin molestarse en aminorar el paso. Connie tuvo que trotar para seguirle el ritmo; el aire frío del interior era aún más penetrante que el de fuera, cargado de azufre y del olor agrio del aceite usado. El pasillo desembocó abruptamente en un balcón con barandilla de hierro que daba a la nave principal.

Era algo que no había visto nunca: un mundo cerrado de humo, metal y hombres, con un estrépito tan enorme que parecía ocupar un espacio físico. El techo se elevaba a tres pisos de altura, entrelazado con pasarelas que se cruzaban y un bosque de poleas. Hileras de telares llenaban el suelo, docenas, no, cientos, cada uno atendido por un trabajador; la mayoría hombres jóvenes, algunas mujeres, ninguno de más de treinta años por lo que parecía. Las máquinas eran seres monstruosos, pintadas de rojo oscuro, con sus engranajes brillantes de aceite y lanzaderas que volaban de un lado a otro tan rápido que se desdibujaban. Al golpeteo de los telares se unía el estrépito de las cadenas, el chillido de los silbatos y, de vez en cuando, un golpe profundo y percusivo que parecía nacer en los huesos mismos del edificio.

Si la cocina de la casa de los Weaver era un ser vivo, este era su gemelo maligno: hambriento, ciego, magnífico en su violencia.

El capataz, supuso ella que lo era, gritó para hacerse oír. —Está allá arriba. Plataforma tres.

Señaló una estrecha escalera que subía a un estrado con barandilla suspendido sobre el suelo de la fábrica, como el estrado de un juez. Connie le dio las gracias y avanzó; el sonido se volvía más físico con cada paso, como si pudiera empujarla fuera de la escalera.

Al llegar arriba, se detuvo. La plataforma estaba vacía, salvo por una figura: alta, sin chaqueta, con las mangas remangadas hasta el codo y la camisa pegada a la espalda por la humedad. Tenía el cabello mojado de sudor, oscuro como el ala de un cuervo, con destellos plateados en las sienes. Sostenía una tabla con papeles y un lápiz, tomando notas furiosas mientras vigilaba a los trabajadores de abajo. Si la notó, no dio muestras de ello.

Lo observó por un momento. Este no era el hombre que había vislumbrado en los pasillos encantados de la mansión. Estaba transformado: todo el control frío y quebradizo de antes se había reconvertido ahora en puro mando. Su voz, cuando gritaba una corrección o daba una orden, cortaba el tumulto como una guadaña. Un grupo de muchachos pasó apurado rodando un barril tan grande como un ataúd; Thomas Weaver sorprendió a uno holgazaneando y ladró su nombre, y la espalda del chico se enderezó como si tiraran de ella cuerdas invisibles.

Connie sacó el sobre de su manga y esperó una pausa en el ritmo, pero no llegó ninguna. Al fin, se armó de valor y cruzó la plataforma. Sus botas se pegaron a una mancha de aceite negro; las limpió al caminar, no queriendo dejar rastro por la plataforma.

Se detuvo a dos pasos de él y esperó. Cuando él la miró, sus ojos apenas mostraron sorpresa.

—Señora White —dijo él, con voz áspera, como un animal diferente en este entorno—. ¿Se ha perdido?

Ella le tendió el sobre. —De parte de la señora Briggs. Dijo que era urgente.

Él lo cogió, rasgando el lacre con la uña del pulgar. Leyó rápidamente, con el gesto endurecido. Fuera lo que fuese, no lo compartió con ella.

—Nunca ha visto una fábrica de tejidos, supongo —dijo él, sin que llegara a ser una pregunta.

—No, señor.

Señaló a su alrededor con el sobre, como si mostrara las entrañas de la fábrica. —El mundo está cambiando, señora White. No se detendrá por aquellos que no estén dispuestos a ser transformados.

Ella asintió, aunque no sabía qué decir. El mundo de abajo era una convulsión, no un renacimiento.

Un silbato chilló. Weaver ladró una orden en un lenguaje que ella no pudo descifrar, y dos hombres saltaron para ajustar un engranaje muy por encima de sus cabezas. Se movían con tal precisión que rozaba el ballet. Connie comprendió que tenía a cada alma de aquel edificio cartografiada y medida, no solo como trabajadores, sino como piezas de una ecuación viviente.

Terminó de leer la carta, la dobló y se la guardó en el bolsillo. —Diga a la señora Briggs que su petición será atendida. Y dígale que envíe solo a aquellos en quienes confíe por encima de todo, en caso de que necesite localizarme durante las horas de trabajo.

—Sí, señor.

Él volvió a su tabla de notas, ignorándola de nuevo. Despachada.

Mientras Connie bajaba las escaleras, observó la interacción de hombres y máquinas, el modo en que el ritmo infectaba sus cuerpos hasta que no se podía separar el músculo del metal. Se preguntó, por un instante, si la casa de arriba y la fábrica de abajo no serían meros espejos, sino creaciones mutuas. Cada una tan fría y brutal como el hombre que estaba en su centro.

Estaba al pie de la escalera, con los oídos aún resonando por el pulso de los telares, cuando un sonido diferente se alzó sobre la maquinaria. Un grito, no el chirrido del metal, sino de carne. Humano, urgente, agudo como un silbato.

La fábrica no se detuvo, pero un nudo de trabajadores se congregó al instante, atraídos al lugar del percance por alguna corriente invisible. Connie, curiosa y preocupada, se acercó, pegándose a la pared de ladrillo frío para ver mejor.

Era uno de los aprendices, un muchacho delgado y de facciones angulosas con una gorra demasiado grande; tenía el antebrazo retorcido y empapado de sangre donde la manga había quedado

atrapada por un engranaje giratorio. Se lo sujetaba con los ojos desorbitados, mientras la sangre brotaba roja entre sus dedos. Los otros chicos revoloteaban, dudando entre consolarlo o reprenderlo. La sangre era una medalla, pero demasiada podía costar el empleo.

Durante un momento, nadie actuó. Entonces apareció Thomas Weaver, moviéndose entre la multitud tan rápido que Connie apenas lo vio cruzar la nave. Ladró una orden —¡Apartaos, idiotas! Los hombres se dispersaron. Se arrodilló junto al chico y, con un movimiento casi teatral, sacó un pañuelo del bolsillo de su pecho. Era de lino blanco, inmaculado, bordado en azul en la esquina con la familiar W y la rosa solitaria. Envolvió el brazo del muchacho con él; la tela se tiñó de carmesí al instante.

—No está roto —dijo Thomas, con la voz un tono más baja ahora, dirigida solo al chico y a sí mismo—. Pero necesitarás puntos. ¿Sigue Marsden en el pueblo? Esto último se lo dijo al capataz, que asintió con un bufido.

—Llévalo allí de inmediato —dijo Thomas, atando el vendaje improvisado con un nudo doble experto—. Dile al médico que me pase la cuenta. —Puso una mano sobre el hombro del chico y apretó una vez—. Buen chico. Mantén el brazo por encima del corazón. Camina, no corras.

El muchacho, con los labios pálidos pero consciente, asintió y dejó que se lo llevaran. Los otros se demoraron, observando a su amo no como a un tirano, sino como a algo más parecido a un pastor; aunque uno que podría, en un mal día, decidir sacrificar al rebaño.

Thomas se limpió las manos ensangrentadas con un trapo, cruzando la mirada con Connie por primera vez. No dijo nada. El momento quedó suspendido, pesado y tenso, antes de que él se diera la vuelta y caminara hacia el aseo tras la puerta del anexo.

Ella lo siguió, impelida por la situación.

Dentro, él estaba ante el fregadero, frotándose las manos con jabón de sosa hasta que el agua salió rosada y luego clara. La miró a través del espejo agrietado.

—¿Le impresiona? —preguntó él, con la voz ahuecada por la fatiga o por algo más profundo.

Ella negó con la cabeza. —Solo que es muy joven. Y la sangre…

—Siempre hay sangre —dijo él, como si recitara un viejo adagio —. Mejor la mía que la de ellos, si puedo evitarlo. —Se secó las manos y luego contempló el reflejo de Connie—. Está hecha de una pasta más dura de lo que parece.

Las palabras no fueron amables, pero sonaron como una disculpa.

Cuando ella se marchaba, él la llamó: —Diga a la señora Briggs que llegaré tarde a cenar. Hay un inventario por terminar.

Connie se detuvo en el umbral. Sus ojos se encontraron, oscuros en el espejo y más pálidos en el cristal del fondo, suspendidos sobre el rugido de la fábrica. Ella asintió, sin confiar en su propia voz.

De camino a casa, rememoró la tarde una y otra vez: las manos del señor manchadas de grasa y sangre, la gratitud de labios pálidos del chico, el cuidado con el que Thomas había atado el nudo. Había en él algo más que hierro y hielo, comprendió ahora. Eso la asustaba, porque significaba que también había algo más en aquel lugar. La frialdad era una coraza; dentro de ella, algo frágil e inflamable esperaba ser prendido.

Echó a andar por la carretera, mientras unos copos finos como harina lo cubrían todo a medida que la luz se desvanecía.

La nieve lo cambiaba todo. Al principio caía ligeramente, apenas una sugerencia, una pincelada blanca sobre la hierba muerta y la piedra; pero pronto se acumuló en los hombros del abrigo de Connie y salpicó su cabello, cada copo nítido antes de ser derretido por su calor. El camino de vuelta desde la fábrica era más largo de lo que recordaba; las botas se le llenaron de aguanieve y el viento le azotó las mejillas. Aun así, siguió adelante por el sendero que subía por el huerto, pasando junto a las colmenas dormidas y la puerta caída que marcaba el límite de los terrenos principales.

El paisaje se transformaba a su alrededor. Los huertos, antes negros y esqueléticos, se volvieron delicados con el nuevo polvo blanco. El arroyo helado brillaba donde la nieve aún no lo había cubierto, como una cinta de plata mate. El humo de la fábrica, que subía a sus espaldas, parecía menos una plaga y más la exhalación del mundo, algo vivo pero soportable. Por encima de todo, la casa

aguardaba, oscura contra el cielo que se oscurecía, con las ventanas apagadas, salvo por el tenue resplandor amarillo del salón principal. Connie pensó en Jack, dormido en su cama, y en el calor que le había prometido.

Su mente repasaba los sucesos del día: la disciplina inquebrantable de la nave, el cuidado con el que Thomas había atendido el brazo del chico, el modo en que su mano había temblado solo un poco cuando creyó que nadie podía verlo. La imagen permanecía clavada como una espina: el señor Weaver, con la camisa arruinada, arrodillado en el suelo, haciéndose pequeño por el bien de un niño.

Los propios pensamientos de Connie le resultaban extraños, como si su interior hubiera sido reordenado. Había pasado el último año huyendo de hombres que blandían su poder como un garrote. La idea de que un hombre pudiera elegir la ternura, aunque solo fuera por un segundo, era un lujo inquietante.

A mitad de camino hacia la casa, una ráfaga se levantó, haciendo que la nieve girara en un túnel blanco cegador. El sonido, al principio, fue solo el bajo zumbido del viento, pero entonces lo oyó: el crujido inconfundible de unos pasos siguiendo a los suyos. Se detuvo, con el corazón golpeándole las costillas. Los pasos también se detuvieron.

Se dio la vuelta, escudriñando el sendero a sus espaldas. Nada. Solo la bruma de nieve cayendo y las sombras azules de los árboles, extendiéndose como dedos sobre el camino. Aun así, la sensación de ser observada, de sentir unos ojos en su nuca, no desaparecía.

Connie se obligó a seguir adelante, apresurando el paso, con una mano apretada contra el pecho. De vez en cuando, el ruido volvía: crujido, pausa, crujido, como si quienquiera que la siguiera supiera exactamente cuándo iba ella a mirar sobre su hombro y acompasara su persecución para cuando no lo hiciera.

Cerca de las puertas de la finca, se arriesgó a lanzar una mirada más larga. Esta vez, lo vio: muy por encima de la carretera de la fábrica, en la ventana abuhardillada de la oficina de gerencia, una silueta. Era inconfundible, alta y severa, con una postura rígida

incluso a esa distancia. Él la estaba mirando, tal como ella lo había mirado a él.

Sus miradas se cruzaron a través de doscientas yardas y el abismo de cristal, nieve y todo lo que los separaba. Por un momento, el viento cesó y el mundo se quedó tan silencioso que Connie sintió que podía oír los latidos de su propio corazón en el hueco de la garganta.

Ella apartó la vista primero, sin saber si era la vencedora o la vencida en aquel duelo silencioso. Cuando volvió a mirar, la ventana estaba vacía.

Los últimos cien pasos hasta la casa fueron un borrón. Para cuando llegó a la puerta de la zona de servicio, el miedo que la había perseguido por el camino se había disuelto a medias, reemplazado por un pulso de euforia que no sabía nombrar. Sacudió la nieve de su abrigo, se atusó el pelo con los dedos gélidos y descubrió que estaba sonriendo, solo un poco, a su pesar.

Dentro, la cocina rebosaba calor y voces. Annie estaba allí, canturreando mientras picaba cebollas, y Jack, despierto antes de tiempo de su siesta, estaba sentado junto al fuego dibujando en la ceniza con un trozo de tiza rota. Él levantó la vista, con los ojos brillantes.

—¡Has vuelto! —dijo él, como si aquello fuera un milagro.

—Lo prometí, ¿no? —respondió ella, y lo tomó en sus brazos, apretándolo con fuerza, aspirando su aroma cálido y salvaje.

La cena consistió en sopa y mendrugos de pan, pero le supo mejor que cualquier cosa en semanas. Después, mientras Jack se quedaba dormido de nuevo en su regazo, Connie se sentó junto al fuego y dejó volar su mente. Pensó en Thomas Weaver, en el chico del brazo vendado y en el mundo tal como existía entre la catástrofe y el consuelo. Pensó en los ojos que la observaban entre la nieve y se preguntó si, después de todo, podría haber un hogar aquí, incluso para gente como ellos.

Escuchó el aullido del viento y el crujir de la casa y, por primera vez en mucho tiempo, no se sintió sola.

CAPÍTULO SIETE



Las tareas matinales se sucedían en oleadas, sin cesar nunca, pero a veces se suavizaban lo suficiente como para permitir pequeñas y furtivas mercedes. En la cocina, el fogón exhalaba un vaho constante de calor y pan húmedo, enmascarando el aroma a lejía y sebo que acechaba en los pasillos. Jack estaba sentado con las piernas cruzadas en un taburete bajo, tan cerca de la cocina como Annie Marsh le permitía, con las manos suspendidas sobre los ladrillos rojos en señal de reverencia por el calor. Annie se acuclillaba a su lado, con el cabello escapándosele de las horquillas y las mejillas encendidas por el resplandor del horno y el placer del subterfugio.

Sobre la mesa de madera fregada yacía un trozo de papel de envolver, marcado con letras gruesas y esperanzadoras. Jack seguía las formas mientras Annie le susurraba instrucciones, con cuidado de mantener la voz más baja que el silbido de la tetera o los chismes de las fregonas al otro extremo de la estancia.

—Esa es una M —dijo Annie, dando un golpecito con la punta de la uña justo encima de los picos trazados a lápiz—. ¿Ves cómo se parece a dos montañas, una al lado de la otra? M de Mamá. O de Marsh, si te place.

Jack sacó la punta de la lengua con concentración. —¿Y esta es la de Jack?

—¡Muy listo! Esa es una J. Un buen anzuelo para pescar, sí señor. —El orgullo de Annie era algo reservado, oculto tras la diligencia de su enseñanza.

El vapor empañaba los cristales de las ventanas. La olla de cobre sobre el hornillo producía un golpeteo apagado, y el rítmico golpeteo de la lluvia contra el cristal era casi tan persistente como el parloteo del servicio. Desde el pasillo llegaba el distante lamento de un cepillo de abrillantar y, más cerca, el ronroneo invariable de la voz de la señora Briggs mientras reprendía a un desventurado limpiabotas en el fregadero. Pero la cocina, durante esa hora, era el dominio de Annie. Aquí, ella podía permitirse una pequeña rebelión.

Al otro lado de la mesa, Connie trabajaba en silencio. La plata estaba dispuesta en estrictos regimientos, y sus manos se movían sobre las piezas con eficacia. Había desarrollado un ritmo: mojar, frotar, pulir, inspeccionar, todo ello mientras vigilaba de reojo a su hijo y a su tutora. Cuando Annie le preguntó por la siguiente letra, Connie levantó la vista y le dedicó a Jack un leve asentimiento, con una sonrisa que estaba más en sus ojos que en su boca. Sabía que no debía alabarlo en voz alta.

Al fondo, las fregonas observaban la escena con una curiosidad tácita, con las cabezas juntas mientras pelaban patatas para la comida del mediodía. Una de ellas, una muchacha pecosa de nariz chata, susurró algo que hizo que la otra resoplara, pero sus miradas hacia Annie y Jack no eran malintencionadas.

La lección se vio interrumpida por el tintineo de un manojo de llaves y el brusco movimiento de la puerta de la cocina. La señora Briggs entró, erguida como una bayoneta, con ojos afilados bajo el ala negra de su cofia. La temperatura de la estancia descendió como si alguien hubiera abierto el sótano. Todas las manos se detuvieron, salvo por el implacable hervor de la tetera.

—¿Qué es esto? —La mirada de la señora Briggs localizó a Jack y a Annie al instante, como si hubiera sido convocada por el aroma de una actividad no autorizada.

Annie se enderezó, debatiéndose entre esconder el papel o sostenerlo en su defensa. Optó por lo segundo, apretándolo contra

su pecho como si pudiera protegerla de la censura. —Solo le enseño las letras al niño, señora —dijo con voz débil.

Briggs avanzó con paso firme, cada zancada puntuada por el tableteo de sus llaves. —Ya tienes bastante trabajo sin perder el tiempo en tonterías.

Annie bajó la vista al suelo. —Sí, señora Briggs.

Jack se encogió sobre sí mismo, con los hombros hundidos y los ojos fijos en las brasas que se enfriaban en la rejilla.

Connie sintió cómo la presión en su pecho aumentaba con cada sílaba que pronunciaba Briggs. Dejó a un lado el paño de pulir y entrelazó las manos, forzando la compostura en su rostro.

—No hay necesidad de agudezas en el ala del servicio —continuó Briggs, elevando la voz lo justo para que la frase llegara a todos los oídos de la cocina—. Mejor atiende a tus obligaciones, Marsh. ¿O tendré que decirle al señor que tienes ínfulas por encima de tu posición?

Annie apretó los labios. —No, señora.

El papel de Jack se le escapó a Annie de las manos y revoloteó hasta el suelo. Él se inclinó para recogerlo, pero la bota de Briggs cayó de lleno sobre el recorte, aplastando la M y la J hasta convertirlas en un borrón.

Un arrebato de ira rompió la ensayada calma de Connie. Se puso en pie, no tanto apartando la silla como haciéndola chirriar unos centímetros sobre las losas. El sonido cortó el ruido de la cocina. Incluso las fregonas dejaron de pelar y observaron, con los ojos abiertos como platos de sopa.

—Mi hijo merece aprender las letras, señora Briggs. —La voz de Connie era baja, cada palabra medida, pero vibraba con un calor más genuino que cualquier cosa que saliera del fogón—. Si se opone a su educación, estaré encantada de discutirlo con el señor.

Los ojos de Annie se agrandaron con alarma, pero no habló.

Briggs se giró, con un ligerísimo rubor tiñéndole la piel por encima del cuello de la camisa. Miró a Connie como si la viera por primera vez, no como a una suplicante, sino como algo más complicado, posiblemente peligroso.

—El señor —dijo Briggs con mucha frialdad— la emplea a usted para trabajar, señora White. No para instruir a su personal, ni para criar a un erudito. Le sugiero que lo recuerde.

Connie se mantuvo firme. —El niño no se quedará atrás por falta de esfuerzo. Aprende rápido, y mi intención es que siga siendo así.

Briggs la miró fijamente un momento, con los labios tan apretados que casi desaparecieron. La quietud de la estancia se hizo absoluta; incluso el fuego parecía agazaparse a la espera.

Por fin, Briggs dio un paso atrás, retirando la bota del papel arrugado. —Como desee —dijo, pronunciando la frase de tal modo que sonó como una maldición. Se dirigió a Annie sin mirarla—. —Ocúpate del servicio del té. Y mantén al niño fuera de en medio.

Se marchó tan abruptamente como había llegado, con las llaves tintineando en su retirada. El aire se llenó con el lento suspiro de la tensión que se rompía.

Jack recuperó su papel, lo alisó con cuidado sobre su rodilla y miró a Annie como buscando permiso para sonreír. Annie logró esbozar una débil sonrisa, luego se dirigió a la tabla de pan y comenzó a cortar con una fuerza exagerada, como si la hogaza fuera el cuello de la señora Briggs.

Las fregonas intercambiaron miradas. Una de ellas hizo una mueca, un gesto fugaz, casi de admiración, antes de volver a las patatas.

Connie se sentó de nuevo, con las manos temblando ligeramente ahora que el calor del momento se había disipado. Se obligó a volver al trabajo, pero ya no era algo rutinario. Cada tenedor y cuchara brillaba con más intensidad, como si su rabia los puliera desde dentro hacia fuera.

Pasados unos minutos, Annie se acercó a ella, con la voz apenas por encima de un susurro. —Te va a costar el pellejo lo que has hecho.

Connie le sostuvo la mirada. —Que lo intente. Ya no me queda nada que me pueda quitar.

La sonrisa de Annie fue torcida pero sincera. —Tienes más agallas que yo.

Connie soltó un bufido, no exento de amabilidad. —No es tan temible como le gustaría hacernos creer.

Jack miraba a ambas mujeres, sin saber si tenía permiso para reír. Annie le revolvió el pelo, luego se inclinó sobre la mesa y, muy secretamente, dibujó una A perfecta en la esquina de su pedazo de papel.

A medida que avanzaba la mañana, la cocina recuperó su habitual estrépito y vapor. Pero algo había cambiado. Las líneas de la jerarquía se habían desdibujado, aunque fuera ligeramente; el aire estaba cargado con el recuerdo de la rebelión. Incluso Jack, que normalmente se fundía con las paredes cuando los adultos discutían, parecía caminar más erguido, con los hombros hacia atrás y el papel bien apretado en la mano.

Más tarde, cuando la cocina se vació para el descanso del mediodía, Connie se encontró a solas con los utensilios y el eco de su propia voz. No estaba segura de qué precio pagaría por su arrebato, pero mientras pulía una cuchara de servir maltrecha hasta que su reflejo le devolvió la mirada, sintió algo que no había sentido en meses: el leve e inconfundible ardor de la esperanza.

Esa noche, el sueño fue algo esquivo. El aire en el dormitorio de la buhardilla era frío y penetrante, tanto que cada exhalación formaba una pequeña nube sobre la boca de Jack, incluso bajo las mantas. Connie dormía rodeándolo con los brazos, escuchando el viento sacudir los cristales escarchados y los profundos crujidos de asentamiento de la vieja casa. Cada sonido se repetía en sus sueños, donde vagaba por los pasillos en calcetines, siempre buscando, siempre demasiado tarde.

Se despertó con el susurro de Jack contra su mejilla. —Mamá. ¿Estás despierta?

Lo estaba, ahora. Connie se movió, sintiendo el hormigueo en la cadera por estar tumbada en el colchón desigual. El rostro de Jack estaba a pocos centímetros del suyo, pálido bajo la luz de la luna, con los ojos muy abiertos y sombreados. El pelo se le erizaba como el de un pájaro asustado.

—¿Qué pasa, cielo? —susurró ella, apartándole el flequillo de la frente.

Él agarraba su manta con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos. —Hay llantos ahí arriba —dijo, señalando el techo con la cabeza.

Connie se apoyó en un codo, escuchando. No había nada más que el viento y el lejano tictac del reloj de pie en el vestíbulo de abajo.

—No oigo nada —dijo ella, aunque intentó recordar si los ruidos de una casa grande podían a veces sonar como una voz, como un sollozo.

Él negó con la cabeza. —Lo he oído antes. No solo ahora. Es un bebé. O una niña pequeña. —Le temblaron los labios—. No me gusta.

Ella lo estrechó contra sí, arropándoles a ambos con la manta. —A veces el viento suena así, sobre todo en las casas viejas —mintió —. Puede hacerte imaginar todo tipo de cosas. No hay nada ahí arriba, tesoro.

Pero él no se dejaba consolar. —Sonaba triste, mamá. Como cuando llorabas tú después de que muriera papá. Pero nadie más puede oírlo.

Connie lo mandó callar, acariciándole la espalda con movimientos circulares y lentos. Aguzó el oído, obligándose a escuchar aquello que le asustaba. Solo se oía el goteo regular e insistente de la nieve derretida en algún lugar de los aleros.

Estaba a punto de acomodarlo de nuevo cuando, justo al borde de la consciencia, lo captó: un sonido débil y agudo proveniente de arriba, tan breve que pensó que lo había imaginado. Venía del extremo más alejado del pasillo, en dirección al cuarto de los niños prohibido.

Sintió un hormigueo en el cuero cabelludo y apretó más a Jack.

—¿Ves? —susurró él con voz trémula—. Te lo dije.

Ella le acarició el cabello, sin saber si fingir ignorancia o admitir que ella también podría haber oído algo. —Es solo la casa, cariño. Las casas viejas tienen maderas antiguas, y a veces el viento juega malas pasadas en las vigas. Eso es todo.

Una tabla del suelo crujió en el pasillo, ese tipo de sonido lento y deliberado que pertenecía a alguien que intenta no ser escuchado.

Los ojos de Jack se dirigieron a la puerta. Connie se preparó, con la mente repasando todos los peligros posibles: un merodeador, un fantasma, la señora Briggs con una linterna y una reprimenda.

La puerta se abrió un poco, lo justo para enmarcar un rostro en la penumbra. Era la señora Briggs, con la cofia de dormir torcida y una sola vela parpadeante en la mano. La luz hacía que sus pómulos parecieran demacrados y sus cuencas oculares profundas. No miraba a Connie, sino a Jack, como esperando que él hablara primero.

Connie no dijo nada, sin saber cómo explicarse.

La mirada de Briggs se dirigió al techo, y luego volvió a la pareja en la cama. Se santiguó, como quien se protege de una maldición, y siseó: —No hablen de esa habitación. ¿Entendido? Con nadie.

Permaneció allí un momento, con el aliento formando vaho en el frío, y luego cerró la puerta tan suavemente que apenas hizo clic.

Jack hundió la cara en el cuello de Connie, con el corazón golpeando contra el brazo de ella. —No me gusta estar aquí — susurró, tan bajo que ella apenas lo oyó.

Connie le alisó la manta, mirando al techo, a las paredes, a la decreciente mancha de luz de luna a sus pies. Intentó recordar cada historia que había oído sobre casas encantadas, sobre secretos que se pudrían en habitaciones cerradas. Siempre había una explicación, pero rara vez era amable.

Permaneció despierta el resto de la noche, escuchando la casa inquieta y la respiración pausada y constante de su hijo. Y en algún lugar superior, en el gélido hueco de los aleros, casi podía oír el llanto, tan tenue que podría haber sido el viento o su propio recuerdo agitándose.

El estudio de Thomas Weaver era la estancia más fría de la casa, no por falta de fuego sino por deseo del dueño. La ventana sobre su escritorio estaba abierta un resquicio, dejando entrar el aire cortante para que le escociera en las mejillas y le entumeciera las manos. Lo prefería así; lo mantenía alerta, evitaba que la mente divagara. El papeleo se acumulaba en pilas ordenadas ante él, con las plumas y los lápices dispuestos con precisión militar; cada libro de contabilidad y cada carta eran un baluarte contra el caos.

La señora Briggs apareció exactamente a la hora que él había solicitado. Entró sin hacer ruido, cerrando la puerta tras de sí con tanta suavidad que podría haber sido una brizna de niebla. Se detuvo a tres pasos del escritorio, con los ojos fijos en algún punto por encima de su hombro izquierdo y las manos entrelazadas de forma impecable. Su postura irradiaba obediencia, pero su rostro no mostraba nada en absoluto.

Thomas no levantó la vista de inmediato. Barajó unas cuantas páginas, comprobó el total de una columna y luego dejó la pluma con deliberado cuidado. Cuando habló, su voz era más fría que el viento del exterior.

—Se me ha informado —dijo— de que circulan ciertas historias entre el personal. De que se cuentan relatos donde solo debería haber silencio y orden. Me resulta intolerable.

Briggs no se inmutó. —Sí, señor.

Sus dedos golpearon el escritorio una vez, y otra más. El sonido era tan seco como un metrónomo. —Sabes cuánto detesto los chismes, señora Briggs. Confío en que les pondrás fin de inmediato.

Ella inclinó la cabeza. —Por supuesto, señor.

Él la observó, buscando la grieta en su compostura que delatara una intención oculta. Pero Briggs, como siempre, no le dio nada.

Él suspiró, un sonido apenas audible, y se presionó las yemas de los dedos contra la sien. —No quiero más disturbios. Si el personal no puede gobernar sus lenguas, buscaré a quienes sí puedan.

—Entendido.

Él asintió, satisfecho. Pero justo cuando Briggs se disponía a marcharse, añadió: —Hubo un incidente anoche, ¿no es así?

Ella vaciló, lo justo para que él se diera cuenta.

—Sí, señor. El niño estaba asustado. Afirmó haber oído... —Hizo una pausa, buscando la palabra—. Llantos. Desde el nivel de la habitación de los niños.

La mano de Thomas se quedó quieta sobre el escritorio. Por un momento, el único sonido fue el traqueteo del cristal de la ventana por el viento.

—No hay nada ahí arriba —dijo con voz cortante.

Briggs no le contradijo. —El niño parecía estar muy seguro.

Él se reclinó, haciendo crujir la silla. —La casa se asienta en invierno. Es un edificio antiguo. Tuberías, vigas, ratones en las paredes; cualquiera de esas cosas podría producir un ruido. Deberás explicarle esto al personal y a la madre del niño, si ella preguntara.

Briggs inclinó la cabeza. —Sí, señor.

Él juntó las yemas de los dedos, con los ojos fijos en el reflejo deforme de la superficie pulida de su escritorio. —Eso será todo.

Thomas parpadeó, como recordando algo. —¿Señora Briggs?

—Sí, señor.

—He oído que el niño ha estado aprendiendo las letras.

La señora Briggs levantó la vista con un aire de culpabilidad, como si la interferencia en su trabajo fuera un agravio personal hacia ella. Se preparó para unas palabras duras.

—No tengo ninguna objeción, siempre y cuando no se descuide la cocina. —No levantó la vista de su correspondencia mientras hablaba.

Briggs pareció genuinamente sorprendida por un instante, pero recuperó rápidamente su máscara de neutralidad. —Por supuesto, señor.

Él le hizo un gesto para que se retirara, ya perdido en la siguiente pila de papeles. Briggs se marchó, cerrando la puerta con el mismo silencio inquietante.

Cuando Thomas se quedó solo, dejó caer la cabeza, presionando las palmas contra su frente con tal firmeza que le dejó marcas rojas. Permaneció así durante varios minutos largos, inmóvil, mientras el frío le subía por los brazos y le roía los huesos.

Solo entonces se permitió el recuerdo: recordaba otro invierno, otra noche, en la que el sonido del llanto de un bebé habría sido bienvenido. Por un momento, su cuerpo tembló, ya fuera por el frío o por algo más profundo, no sabría decirlo.

Se recompuso, se enderezó el cuello y miró a través de la ventana florecida de escarcha hacia el mundo de abajo. Aún quedaba mucho trabajo por hacer, y la luz del día ya se estaba desvaneciendo.

Su cena fue escasa; un mendrugo de pan moreno, un cuenco pequeño de caldo, dos huevos cocidos y una taza de té flojo, pero en la habitación de la buhardilla era más de lo que esperaban. El fuego de la rejilla se había reducido a ascuas, con un resplandor que apenas bastaba para mitigar la escarcha adherida a la ventana. Jack se encogía sobre su taza, sosteniéndola con ambas manos como si intentara extraer cada pizca de calor que poseyera. Sus mejillas aún estaban rosadas por el frío del día, con los párpados pesados por el cansancio.

Connie se sentó en el borde de la cama, cortando el pan en cuadraditos diminutos y precisos. Le observó comer, cada miga preciosa, y se encontró sonriendo por la forma en que usaba la corteza para limpiar hasta la última gota de caldo. El simple acto de alimentarlo se sentía como un desafío, una forma de reprender a la casa y todas sus crueldades.

El silencio en la habitación no era absoluto. En algún lugar de las paredes, las tuberías de agua chasqueaban al congelarse y descongelarse; fuera, el viento tiraba de las tejas sueltas del tejado. Pero era un silencio más amable que el impuesto por la señora Briggs o el rígido mutismo del estudio del señor.

Jack terminó su comida y se acurrucó en la cama, con la manta subida hasta la barbilla. Cerró los ojos, pero al cabo de un momento dijo: —¿Te quedarás despierta conmigo, mamá? ¿Solo hasta que se apague el fuego?

Ella asintió. —Por supuesto. —Le acarició el cabello, suave y fino como el plumón. Las viejas nanas le subieron a la garganta, pero vaciló al recordar la amenaza de Briggs y, en su lugar, simplemente lo acunó con suavidad, adelante y atrás.

Fue solo cuando empezó a recoger sus cuencos cuando la melodía se le escapó: un villancico, más antiguo que su propia infancia, cantado entre dientes mientras trabajaba. Las palabras surgieron vacilantes al principio, la tonada apenas un murmullo, pero el recuerdo de la misma llenó la fría habitación como un segundo fuego.

—Noche de paz, noche de amor... —tarareó, disponiendo la loza desconchada en el alféizar. Cantó lo suficientemente alto para que

Jack la oyera, pero con la suavidad necesaria para poder negarlo si la acusaban.

Por el pasillo, resonaron pasos. Pesados, deliberados, inconfundibles. Connie se quedó inmóvil, con el corazón saltándole a la garganta.

Los pasos se detuvieron justo delante de la puerta, que estaba deformada y no cerraba del todo, de modo que la más mínima luz o sonido del pasillo se filtraba al interior. Una figura apareció en el hueco, el propio señor, silueteado por la lámpara que portaba.

Thomas Weaver no entró. Se quedó inmóvil, con la mano apoyada en el marco, la mirada fija en algún punto lejano. Connie se quedó petrificada, con la boca seca, pero la canción ya había abandonado sus labios; las notas flotaban en el aire, temblorosas, imposibles de retirar.

Jack se agitó, medio dormido, y en el silencio que siguió a la canción, dijo: —¿Te sabes la siguiente estrofa, mamá?

La mano de Thomas se apretó en el marco de la puerta. Por un segundo, Connie pensó que entraría y la destrozaría por la transgresión. En lugar de eso, se demoró, y la máscara se deslizó lo justo para mostrar algo crudo y herido debajo. No era rabia, sino algo parecido al anhelo, o al dolor de un hombre que una vez conoció tales canciones y que ahora tenía prohibido escucharlas.

Él se dio la vuelta y sus pasos se alejaron en la oscuridad. El silencio que siguió fue absoluto, pero la habitación se sentía más cálida, como si la canción hubiera dejado un resplandor.

Connie se limpió las manos en el delantal y luego se deslizó en la cama junto a Jack. Lo abrazó, escuchando su respiración lenta y acompasada, y observó cómo las últimas llamas azules del hogar vacilaban y morían. Pensó en el señor vagando por los pasillos fríos, perseguido por los mismos fantasmas que la mantenían despierta, y por primera vez desde su llegada, sintió lástima por él.

Encima de ellos, en las entrañas de la casa, se había asentado otro sosiego, como si incluso el llanto en el cuarto de los niños hubiera encontrado descanso.

Cantó el villancico una vez más, esta vez solo en su mente, y se quedó dormida con la melodía envolviéndola como una promesa de

que, al llegar la mañana, algo en el mundo podría haber cambiado.

CAPÍTULO OCHO



El primer aviso llegó con el tableteo del manojo de llaves de la señora Briggs, que resonó por el pasillo principal del servicio como una cadena en una mazmorra. Para cuando la mujer entró en el comedor del servicio, todo el personal se había reunido, sentado en bancos largos, con los ojos obedientemente bajos a excepción de aquellos (como Annie) que estaban demasiado nerviosos como para no echar un vistazo y ver por dónde soplaba el viento. Casi se había puesto el sol; el calor del hogar de la cocina, aunque valiente, había perdido su batalla contra el frío que se filtraba. La única iluminación provenía de un par de lámparas de aceite situadas a cada extremo de la larga mesa, y de la penumbra azulada que se colaba por una ventana bordeada de escarcha.

La señora Briggs ocupó su lugar a la cabecera de la mesa, alisándose las faldas negras con una autoridad pausada. Estudió a la asamblea: una hilera ordenada de criadas, un lacayo resfriado, Annie de pie tras la última silla, y Connie al final con Jack acurrucado a su lado como un lirón.

Dejó que el silencio se prolongara y luego tomó aire. —El señor requiere que todo el personal de la casa asista mañana por la tarde al servicio de villancicos de la parroquia. Esto los incluye a todos ustedes. Su mirada se detuvo más tiempo en Connie y Jack, como si la invitación misma fuera una forma de castigo. —Considera que es

tanto una obligación como un privilegio para quienes están a su servicio representar a la casa en público. Confío en que no habrá quejas.

Nadie habló. Incluso el lacayo, que llevaba diez minutos moqueando, se las arregló para contenerse.

Briggs prosiguió: —Irán por el camino lateral, no por la entrada principal. Los bancos del personal han sido reservados en la parte posterior. Se comportarán con dignidad y moderación. No somos la clase de casa que requiere una niñera para sus domésticos. ¿Está claro?

—Sí, señora Briggs—, llegó el murmullo al unísono.

Ella se permitió una sutil sonrisa, que desapareció tan rápido como había surgido. —Que se sepa: la contribución del señor a la iglesia es significativa, aunque él no haya asistido en persona desde hace muchos años. Espero que todos ustedes dejen en buen lugar a la propiedad.

La mano de Annie, temblando un poco, se alzó. —¿Debemos llevar nuestros uniformes, señora?

Briggs respondió sin mirarla. —Los que estén de servicio, sí. El resto puede vestir de negro adecuado. Nada de cintas ni adornos.

Annie se ruborizó, apretando las manos. Connie vio cómo se mordía la lengua para no hacer la siguiente pregunta.

La señora Briggs se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en el umbral. —Pueden retirarse—, dijo antes de salir deslizándose, con sus zapatos silenciosos sobre la baldosa.

En el momento en que cerró la puerta, un suspiro recorrió la sala. Annie fue la primera en hablar, susurrando: —Habría pensado que la vieja bruja prohibiría cantar villancicos por completo, por la forma en que habla.

El lacayo refunfuñó: —Prohibiría el sol si este arrojara demasiada luz. Las criadas ahogaron las risas en sus mangas.

Connie, envalentonada por aquel raro momento de relativa distensión, se inclinó y le dijo en voz baja a Annie: —¿Has visto alguna vez el servicio?

—Una vez, hace años, antes de... —Annie se interrumpió, mirando a Jack y luego apartando la vista—. Es bastante bonito.

Velas, acebo, todo eso. El vicario siempre intenta que sea grandioso. La mayoría de la gente del valle aparece, aunque solo sea por los bollos dulces gratuitos de después.

El corazón de Connie dio un pequeño vuelco. Aquella sería, pues, una oportunidad, apenas un soplo de normalidad para Jack. Le cogió la mano, sintiendo lo pequeña y frágil que era, y tomó una decisión.

Después de la cena, cuando la mayor parte del personal se había dispersado, Connie encontró a la señora Briggs en su despacho, inspeccionando el libro de contabilidad del vino con su habitual suspicacia.

—Señora Briggs —dijo Connie, entrelazando las manos tras la espalda—, ¿podría venir Jack con nosotros mañana? No dará ningún problema, y sería... —dudó, midiendo las siguientes palabras— significaría mucho para él.

Los ojos de Briggs no se apartaron del libro, pero la mandíbula se le tensó. —El servicio es para el personal, no para niños.

—Estará tan callado como un ratoncito —insistió Connie—. No se lo pediría, pero... —pensó en el rostro de Jack, alzado hacia la ventana, buscando una estrella—. Ha tenido tan poco de la Navidad estos últimos años.

Briggs levantó la vista al fin. Algo parpadeó tras sus ojos, un viejo recuerdo o quizás simplemente un cansancio más profundo que el muscular. Observó a Connie con la cuidadosa sopesación de un juez, y luego asintió a regañadientes. —Siempre y cuando lo mantengas fuera de la vista y no cause problemas. Las órdenes del señor sobre el niño siguen en vigor. ¿Ha quedado claro?

—Perfectamente, señora. Gracias. Connie hizo una pequeña reverencia, mordiéndose el labio para ocultar la sonrisa.

—Asegúrate de que no nos avergüences —advirtió Briggs, pero su voz se había suavizado de forma casi imperceptible.

De vuelta en su habitación del ático, Connie encontró a Jack sentado en la cama, balanceando ya las piernas con anticipación. Había oído toda la conversación desde el rellano, por supuesto; no había nada en esa casa que pasara desapercibido.

—¿De verdad vamos a ir, mamá?

Ella se agachó a su lado, pasándole una mano por el pelo. —Así es. Pero debes estar callado y quietecito. ¿Puedes hacer eso por mí?

Él asintió con los ojos muy abiertos.

—Bien. Entonces mañana iremos.

A la tarde siguiente se puso a preparar la mejor camisa del niño, lo que significaba la que tenía el cuello menos deshilachado, y le remendó los pantalones con un retal prestado de Annie. Le restregó la cara, algo que él toleró con estoica entereza, y le peinó el cabello hasta que quedó liso en una capa marrón sin brillo. Intentó no pensar en lo delgado que parecía, incluso con su jersey más grueso.

Él insistió en ayudar, doblando sus propios calcetines y preparando el chal de su madre. —Quiero ver las velas —dijo—. Y el canto—.

Connie, conmovida por la esperanza en su voz, hizo el voto silencioso de recordar este día, cada pequeña expectativa, cada alegría prestada.

Susurraron sus anhelos entusiasmados mientras se preparaban, pensando en la música, la multitud y la oportunidad, solo por una hora, de traspasar los límites de Weaver House.

Cuando llegó el momento, una nueva capa de nieve cubría cada rama y ventana. Connie vistió a Jack con esmero, abotonándole el abrigo lo máximo posible, y luego lo envolvió en su propio chal para mayor protección. Abajo, Annie los recibió en la puerta de la cocina con una sonrisa cómplice, ofreciendo un mendrugo de pan caliente y un guiño.

—Un gran día para ti, el joven Jack —susurró, y Jack resplandeció ante la atención.

Se unieron a la procesión de sirvientes en la entrada lateral, formándose de dos en dos, con las cabezas gachas contra el frío. Connie apretó la mano de Jack y él le devolvió el apretón; el gesto era una promesa muda.

Abandonaron la casa como una columna de negro, caminando con dificultad por el estrecho sendero que serpenteaba desde la finca hasta el valle. El frío se agudizaba con cada paso que se alejaban del calor agonizante de la cocina. Jack caminaba

arrastrando los pies al lado de Connie, con sus botas crujiendo sobre los baches congelados, pero no se quejó ni una sola vez. Su atención estaba fija arriba y delante de ellos, donde se habían colgado farolillos de los árboles a intervalos; globos de cristal, cada uno con una vela, que se mecían con la brisa y pintaban la nieve con parches de oro trémulo.

Todo el valle estaba cubierto; los setos y los muros de piedra desaparecían bajo el blanco, de modo que incluso las cosas ordinarias parecían hechizadas. El camino, apenas más ancho que dos carros, descendía durante un cuarto de milla antes de llegar a la antigua carretera del molino. Allí, un puente peatonal cruzaba un arroyo congelado, con sus barandillas engalanadas con acebo espinoso y bayas tan rojas que parecían pintadas.

Jack, incapaz de susurrar, tiró de la manga de Connie. —¡Mira, mamá! Los farolillos son como estrellitas. Son todos diferentes.

Ella sonrió, con el orgullo luchando contra la cautela. —Lo son. Pero baja la voz, cielo.

Él sonrió con el rostro alzado y las pecas brotando allí donde el frío le había dado un pellizco. Connie pensó, como siempre hacía cuando él era feliz, en todas las veces que no había logrado ofrecerle tal maravilla, y juró compensarlo ahora.

Annie retrocedió en la fila para caminar con ellos. —Es una verdadera urraca para las cosas brillantes, ¿verdad?

Jack asintió con la cabeza. —¿Son de cristal de verdad?

Annie asintió. —El señor Perkins los pule él mismo. Es así de meticuloso, no deja que las señoras de la iglesia se acerquen a ellos.

Jack reflexionó sobre esto. —¿Habrá velas dentro también?

Annie sonrió, pero luego captó la mirada de Briggs sobre su hombro y regresó a su lugar.

Llegaron al pueblo propiamente dicho justo cuando las campanas empezaron a repicar; tres largos tañidos que oscilaron en el aire y espantaron a los cuervos de los alerces lejanos. La iglesia se alzaba sobre una suave colina, modesta para los estándares de la ciudad pero grandiosa aquí, el único edificio en kilómetros construido con piedra real. Sus ventanas, normalmente emplomadas y severas, ardían ahora de color: rojos, azules, un salpicado de amarillo de las

lámparas del interior. Las puertas, dobles y gruesas, estaban abiertas de par en par, como si el calor de dentro pudiera salir y arrastrar a todo el valle al interior.

Ya había una multitud agolpada en la entrada: niños con abrigos remendados, madres con bebés atados en chales, ancianos con las manos agrietadas. Los sirvientes de la propiedad se mezclaron con la masa con humildad, pero el entusiasmo de Jack no podía ocultarse. Se adelantó saltando hasta el pie de los escalones, estirándose para ver mejor.

En el interior, el espacio estaba abarrotado y resonaba. Olía a pino y a cera. Guirnaldas de abeto rodeaban cada pilar y, sobre el altar, colgaba suspendida una corona del tamaño de una rueda de carro, con un centenar de velas ardiendo en su halo. El vicario estaba al frente, con el rostro rosado y entusiasta, dando bienvenidas con una voz que podría haberse oído desde lo alto del cementerio.

Jack abrió la boca asombrado. Se quedó mirando al coro; niños de su misma edad, vestidos con túnicas carmesíes con cuellos blancos rígidos, y dejó escapar un suave «¡Oh!» de pura envidia.

Connie lo guio hasta un asiento al fondo, donde esperaba que pasaran desapercibidos. El resto del personal de la propiedad se amontonó en una hilera ordenada y silenciosa, pero Annie se sentó junto a ellos, susurrando nombres y señalando a los hijos del vicario y qué bancos pertenecían a las familias de molineros más ricas.

El servicio no comenzó con una oración, sino con un canto. El órgano, jadeante pero resuelto, hizo sonar los primeros acordes de «Once in Royal David's City». El coro lo retomó, con voces vacilantes al principio, que luego ganaron confianza a medida que la congregación se unía. Jack se aferró a la mano de Connie, con su cuerpo vibrando por el esfuerzo de no cantar en voz alta. Articulaba las palabras, con los ojos enormes y brillantes.

Por primera vez en lo que le parecieron años, Connie se permitió exhalar por completo. La presión de los cuerpos, la música familiar, incluso el antiguo olor a piedra fría y grasa de vela; todo aquello era un bálsamo. Cerró los ojos un momento, dejando que el sonido del villancico la bañara. Los recuerdos acudieron en tropel, brillantes y

dolorosos: Navidades con sus padres, el calor de su propio hogar de infancia, risas y cáscara de naranja y guirnaldas de papel. Antes de la huida, antes del frío, antes de la pérdida.

Mantuvo los ojos cerrados durante la segunda estrofa, simplemente respirando, hasta que Jack le dio un codazo. Se había subido a su regazo, sin importarle el decoro, y estaba observando su rostro.

—¿Estás llorando, mamá? —susurró él.

Ella sonrió y se secó la mejilla. —Solo un poco. De alegría, no de tristeza.

Él asintió, satisfecho con la explicación, y observó al coro con renovado fervor. Annie buscó la mirada de Connie, ofreciendo una leve sonrisa de solidaridad, y luego volvió al programa.

Escucharon lecturas y más villancicos; «Good King Wenceslas», «The Holly and the Ivy», «God Rest Ye Merry, Gentlemen». El vicario pronunció una breve homilía sobre el perdón y los nuevos comienzos, e incluso los rostros más duros del pueblo parecieron suavizarse bajo su hechizo.

Durante las oraciones, Jack se inclinó hacia Connie, susurrando: —¿Podemos volver todos los años?

—Si podemos —susurró ella de vuelta, con la voz temblorosa.

Habría recordado la velada como algo perfecto, de no ser por las palabras que flotaron sobre el banco al inicio de la siguiente lectura.

Llegaron en el familiar tono bajo de las mujeres que han perfeccionado el arte de ser escuchadas sin que nunca se las vea hablar. Dos asientos atrás, apenas a un palmo de donde Connie estaba arrodillada con Jack, un par de feligresas comentaban sobre los recién llegados con una curiosidad clínica que pertenecía más a un día de mercado que a la casa de Dios.

—Esa es la nueva, la de la casa de ahí arriba —susurró una, con voz suave pero deliberada—. ¿Ves al niño? Pobre criatura. Parece medio muerto de hambre—.

Un leve siseo, y luego la respuesta de la otra: —¿La casa de Weaver, quieres decir? Oh, ya lo sé. Los vi entrar por el camino hace unas semanas, con baúl y todo. Dicen que es una prima, pero apuesto lo que sea a que no es nada de eso—.

—No le desearía esa casa a nadie. No después de lo de la señora Weaver...

Un súbito jadeo. —Chitón, aquí no.

Pero la primera mujer prosiguió, bajando la voz. —Él la echó, sabes. A la esposa. Cuando estaba esperando. Dijo que lo había avergonzado, y ahora mantiene el cuarto de los niños bajo llave para que ni las criadas se acerquen—.

La segunda mujer soltó una risa nerviosa e incrédula. —No es de extrañar que digan que está encantada—.

La lectura continuaba en el altar, algo de Isaías sobre el lobo y el cordero, pero Connie apenas lo oyó. Sintió que las palabras se le filtraban hasta los huesos, más frías que la piedra bajo sus rodillas. No era nada que no hubiera sospechado, pero escucharlo dicho en voz alta, en aquel lugar de supuesta paz, la dejó destrozada por dentro.

Después del servicio, todos se agolparon en el vestíbulo, empujándose por los bollos dulces que Annie había prometido. Connie intentó mantener a Jack a su lado, pero fue arrastrado por un grupo de niños del pueblo, todos reclamando ver de cerca al coro y el altar. Lo observó mientras navegaba entre la multitud, tímido pero decidido, y pensó: «Él pertenece aquí, aunque el mundo diga lo contrario».

Los niños del coro, ahora desabrochados y despeinados, bromeaban y se daban empujones; su camaradería era natural. El corazón de Connie se encogió, reconociendo lo que Jack se había perdido y lo que, tal vez, aún podría reclamar.

Cuando la multitud empezó a despejarse, Annie regresó con un bollo dulce envuelto en una servilleta. —Para Jack —dijo, y luego deslizó otro en el bolsillo de Connie con un guiño cómplice.

—Gracias —susurró Connie.

Salieron de la iglesia mientras el cielo se tornaba añil, con los farolillos brillando ahora más contra la penumbra creciente. Jack marchaba delante, con el bollo dulce apretado en una mano, y saludando con la otra a cada nueva estrella que aparecía.

Connie se dio la vuelta para mirar por encima del hombro. Las dos mujeres de antes, ambas con capas pesadas y sombreros

pulcros, evitaban deliberadamente su mirada. Sin embargo, sus ojos se desviaban hacia los lados, catalogando cada detalle. Detrás de ellas, otros aldeanos observaban los procedimientos con la misma mezcla de aburrimiento y hambre de nuevos chismes. Connie se preguntó si alguien habría entrado alguna vez en una iglesia en este pueblo y no se habría convertido en pasto de una docena de relatos de cocina antes del anochecer.

Pensó en Weaver, en su estudio gélido, en las viejas heridas que parecían pulsar en cada rincón de la casa. Comprendió, por primera vez, por qué él elegía mantenerse aparte de esa gente. Pero aunque simpatizara con él, eso no aliviaba la amenaza: la casa del señor no era un refugio, solo un tipo diferente de exposición.

Al borde del cementerio, Jack se detuvo y la esperó, con el rostro solemne.

—¿Podemos cantar por el camino a casa?— preguntó.

Ella vaciló y luego asintió. —Pero bajito—.

Él le cogió la mano y juntos cantaron, apenas por encima de un susurro, el villancico que ambos recordaban mejor. Sus voces, aunque tenues e inseguras, se trenzaron en el aire frío y brillante.

Por un rato, al menos, Connie creyó que el mundo podía ser así: lleno de música, y pequeñas amabilidades, y la promesa de una luz aguardando justo después de la próxima oscuridad.

Pese a todo, resolvió en ese momento mantenerse en guardia, no permitirse nunca el lujo de olvidar dónde estaban o en casa de quién vivían.

Cuando se acercaban a la verja, bajo la rama baja de un tejo, un hombre estaba solo de pie. Llevaba una gorra calada hasta las orejas y un abrigo que tal vez en su día fuera bueno, ahora oscuro por el aguanieve y manchado en los puños. No era del valle. Connie lo supo no por su vestimenta, sino por la forma en que la miraba: directamente, sin parpadear, como si esperara que ella hiciera algo. Como si hubiera estado esperando que ella se diera cuenta.

Intentó apartar la vista, pasar de largo sin reaccionar, pero el pulso le latía con fuerza en el cuello, como un tambor que ambos pudieran oír.

Jack sintió su alarma de inmediato. —¿Mamá, es por la nieve? —preguntó él, con la voz amortiguada en el chal.

—Sí, cielo. Deseémonos prisa, para poder llegar a casa antes de que sea demasiado profunda—.

Lo guio por el borde exterior del patio, manteniendo siempre una barrera de personas entre ellos y el hombre junto al árbol. Pero la mirada de él los seguía, sin vacilar nunca. Cuando pasaron por la verja abierta, él se movió, girándose para quedar frente a ellos. Bajo la cruda luz azul de la farola, ella vio la cicatriz que se curvaba a lo largo de su mandíbula, una línea fina y blanca, casi elegante en su crueldad.

Connie luchó contra el impulso de echar a correr. Correr era un mensaje: «Sé quién eres, sé que nos persigues». En cambio, avanzó con paso firme, saludando a Annie y al resto del personal de la casa mientras se reunían junto poste para emprender el camino de vuelta. Mantuvo a Jack a su derecha, usando su propio cuerpo como escudo.

Detrás de ella, el hombre no los siguió. Simplemente observaba, con los brazos cruzados, y su aliento formaba una columna en el aire. Por un momento, ella pensó que él podría sonreír.

Apresuró a Jack por el sendero, a través del huerto y hacia el camino. El corazón le martilleó durante todo el trayecto y, cada vez que miraba hacia atrás, no veía más que el remolino de nieve y el negro vacío de la carretera.

Jack caminaba con esfuerzo, sin quejarse, pero cuando estaban a mitad de la colina, se detuvo. —¿Mamá?—.

Ella se agachó a su lado, fingiendo estar ocupada con su manopla. —¿Qué pasa, amor?—.

Él la miró con ojos graves. —Ese hombre, es el de la estación. El que se nos quedó mirando cuando bajamos del tren—.

Sintió que la sangre se le retiraba del rostro. —¿Lo has visto esta noche?—.

Jack asintió. —Me miró directamente. No me ha gustado—.

Ella le alisó el pelo y forzó una sonrisa. —A mí tampoco me ha gustado, pero ahora estamos a salvo. La casa está cerca, y Annie y el señor Perkins van justo delante. Estaremos bien—.

Él la estudió, poco convencido, pero no dijo nada más. Continuaron por el camino, con el mundo cerrándose tras ellos y el único sonido del crujido de la nieve apelmazada bajo sus pies.

Sabía que el hombre volvería. Los hombres siempre volvían, y la próxima vez, puede que no esperaran a ser invitados.

Él observaba desde las altas verjas, con su silueta como un tajo de oscuridad contra el blanco amoratado del camino de entrada. Thomas Weaver no había entrado en una iglesia en años, y no veía razón para empezar ahora. Prefería la honestidad del frío y la soledad; el filo cortante del viento invernal era más tonificante que cualquier sermón, y mucho menos propenso a volverse contra él.

Desde aquel punto privilegiado, podía observar cómo el mundo regresaba a su órbita. La casa, toda iluminada como un barco a la deriva en el mar, brillaba tenuemente a través de la cortina de nieve que caía. Vio al personal subiendo por el camino, agrupados en pequeños nudos, cada grupo cotilleando, arrastrando los pies, contentos por la interrupción en la rutina. Le reconfortaba de un modo perverso este lento reensamblaje de la maquinaria del día.

Pero lo que atrajo su atención fue la figura al final de la procesión: la señora White, con el niño a cuestas. Caminaban solos, a cierta distancia de los demás, y Thomas vio cómo ella miraba hacia atrás a intervalos, escudriñando el camino tras ella como si fuera perseguida por fantasmas. Reconoció los signos del miedo. Él mismo los había llevado, con bastante frecuencia.

Se apoyó en la herrería, dejando que la nieve se acumulara en su pelo, con el frío calándole hasta los huesos. Desde aquí, casi podía creer que estaba fuera del tiempo, un elemento tan permanente como la verja misma. Observó al niño tropezar en el camino helado, vio a la señora White sostenerlo con mano maternal, rápida y suave. Incluso desde la distancia, notó la rigidez de su mandíbula, el ángulo defensivo de sus hombros.

Imaginó qué la habría llevado a tal vigilancia. Tal vez tuviera secretos, como toda persona sensata. Tal vez temiera ser descubierta, o la desgracia. O tal vez simplemente no podía confiar

en que la felicidad durara y, por tanto, mantenía siempre un ojo en la retaguardia.

Recordó la primera vez que vio a su propia esposa mirar por encima del hombro de aquella manera. Recordó el momento en que se dio cuenta de que ella esperaba que el mundo se lo llevara todo, a poco que lo dejara acercarse lo suficiente. Había admirado esa cautela, en su día.

Mientras los últimos miembros del personal cruzaban las verjas, la señora White vaciló. Lo había visto. Sus pasos se ralentizaron, su agarre sobre el niño se estrechó. Por un momento, sus ojos se encontraron: los de él, pálidos y evaluadores; los de ella, oscuros y frenéticos. Toda una historia de decepción podría haber pasado en esa mirada, si alguno hubiera tenido el valor de reclamarla.

Entonces ella bajó la cabeza y apresuró al niño, entrando por la puerta del servicio y perdiéndose de vista.

Thomas se quedó donde estaba, con la nieve amontonándose en sus hombros y su abrigo ya cubierto de una capa blanca. Sintió, como siempre, el abismo entre él y el resto de los vivos. Ellos habitaban el mundo; él simplemente lo rondaba.

Permaneció allí mucho tiempo, escuchando el viento y las risas distantes de la cocina. Solo cuando las lámparas del vestíbulo delantero se apagaron, se dio la vuelta, cerrando la verja tras de sí con un clic suave y deliberado.

Supuso que había consuelo en saber que, incluso entre desconocidos, no era el único que temía a la oscuridad.

CAPÍTULO NUEVE



Comenzó con un ruido que ninguna garganta humana podría igualar: un alarido metálico que recorrió toda la planta de la fábrica antes de sumergirse de nuevo en el herido ritmo de los telares. Entonces, como si algún dios vengativo hubiera escupido sobre la maquinaria, el engranaje maestro de la línea tres se atascó con tal ferocidad que todo el eje de transmisión se convulsionó. Hubo un breve suspiro en el que todos los trabajadores de la planta se quedaron petrificados, con las manos a medio movimiento; entonces el mundo se precipitó hacia adelante y todo el mundo echó a correr.

Billy Thatcher, el más pequeño de los aprendices, fue el primero en gritar. Su brazo izquierdo estaba atrapado entre las grandes ruedas dentadas, y la piel ya se veía de un color negro azulado bajo el acero. Chillaba, no por el dolor todavía, sino por la certeza de lo que estaba por venir: el tirón inexorable y rítmico mientras el resto de la línea continuaba su movimiento, arrastrándolo hasta la muñeca, y luego hasta el codo. La sangre salía disparada en arcos rítmicos con cada sacudida de la correa de transmisión, tiñendo el telar y a los que estaban más cerca de él con un fino rocío rojo.

Thomas Weaver estaba en la oficina de arriba, observando la escena a través del mugriento cristal de observación. Vio caer a Billy y se puso en marcha antes de que el siguiente capataz llegara a las

escaleras. Sus botas golpearon los peldaños de hierro de dos en dos. Para cuando llegó a la planta, los hombres habían formado un semicírculo instintivo, manteniéndose alejados de la máquina estremecida y del niño atrapado en sus dientes.

—¡Cortad la presión! —La voz de Thomas restalló en la sala como un látigo. El jefe de planta accionó torpemente la palanca de vapor, un silbido agudo se filtró en el aire ya viciado, y la línea tartamudeó, aminoró la marcha y luego se detuvo en seco. El silencio que siguió fue total, a excepción del lamento agudo y animal de Billy.

Thomas no vaciló. Se quitó la chaqueta de un tirón, introdujo los brazos en el mecanismo y sujetó a Billy con una mano mientras hacía palanca en los engranajes con la otra. La maquinaria quemaba, la pintura se levantaba por el calor, pero las manos de Thomas no flaquearon. Solo sus ojos delataban el esfuerzo: de un azul pálido, muy abiertos, fijos en el rostro del chico.

—No te muevas, hijo —dijo, como si Billy pudiera hacer otra cosa —. Ya casi está.

Consiguió separar los engranajes un poco más. La carne se partió, fibrosa y reluciente, y el brazo de Billy se liberó. Parecía menos una extremidad que un despojo de carnicería, con el hueso brillando donde la piel había sido masticada. Billy se desmayó, quedando inerte contra el pecho de Thomas.

Thomas envolvió el brazo destrozado con su corbata, apretándola bien. Gritó: —¡Traed a Marsden! ¡Id a por el médico!—, pero el hombre ya iba por la mitad del camino hacia la puerta, con las botas resbalando sobre los tablones grasientos.

Alguien le tendió a Thomas un trapo limpio, que presionó contra la frente de Billy, y luego usó el resto para limpiarse sus propias manos. Su camisa y su chaleco estaban arruinados, con la sangre empapando el lino en patrones floridos. Durante un momento, contempló el rastro en sus palmas, con una sola vena pulsando en su mandíbula; luego levantó la vista y observó a los hombres.

La sala estaba abarrotada ahora; trabajadores de otras líneas habían abandonado sus puestos para ver el espectáculo. El brazo del niño era lo único que todos miraban, con sus propias manos metidas profundamente en los bolsillos, como si temieran el contagio.

El jefe de planta dio un paso al frente, con el rostro pálido como masa cruda. —Nunca habíamos tenido un parón así, señor. Yo...

—Cerrad la línea —ordenó Thomas—. Que salgan todos, que se vayan a casa. Esperaremos hasta que el médico termine.

El jefe vaciló. —No podemos perder la cuota, señor. No después de lo de la semana pasada...

Thomas se volvió hacia él, con el trapo ensangrentado todavía en el puño. —¿Preferirías perder a otro chico?

Un murmullo recorrió a los hombres, una mezcla de vergüenza y alivio. El jefe de planta masculló una disculpa y comenzó a arrear a los trabajadores hacia la salida, pero la mayoría se demoraba en la periferia, observando cada movimiento del amo.

A medida que el drama del momento se desvanecía, los sonidos normales de la fábrica regresaron. El retumbar bajo de las máquinas. El golpe distante de un cierre al caer. Los susurros nerviosos de los hombres, que ya se pasaban la historia de boca en boca, haciendo que con cada palabra la pérdida del chico fuera un poco menos impactante y un poco más legendaria.

El médico, cuando llegó, era un veterano en los desastres de Weaver. Había cosido más heridas aquí que en cualquier guerra. Lanzó una mirada a Thomas; sin saludo, solo una evaluación profesional, y desapareció en la enfermería con su maletín.

Thomas permaneció allí, como una estatua en medio de la planta, con los ojos fijos en la máquina ensangrentada. El jefe de línea se acercó, con la gorra en la mano.

—Con perdón, señor, pero ¿qué debemos hacer esta tarde? Hay muchos de nosotros que no pueden permitirse irse a casa y perder el jornal.

Al principio, Thomas no respondió. Miraba sus propias manos, el modo en que la sangre se colaba entre sus dedos. Entonces, con una voz que era casi suave, dijo: —Muy bien, cerrad la línea. Limpiadla. Cada engranaje y cada eje.

El hombre asintió, aliviado. —¿Y los demás?

—Turnos dobles mañana para todos los que puedan. No nos quedaremos atrás —sus ojos se levantaron, fríos y categóricos—. Si

algún hombre se queja, recuérdales quién le pagó su último aguinaldo de Navidad.

El jefe asintió de nuevo y se retiró.

Cuando la planta se vació, Thomas fue al rincón donde había un pequeño lavabo instalado, pensado para que los aprendices se quitaran el polvo de la cara antes de marcharse a casa. Se restregó las manos con jabón de lejía áspero, ignorando el escozor mientras penetraba en la piel en carne viva. Frotó hasta que el agua salió clara, y luego continuó, como si alguna mancha permaneciera invisible al ojo humano.

Se secó las manos con un trozo de muselina basta y luego se volvió para inspeccionar la máquina. El patrón de salpicaduras en el engranaje era preciso, como si la propia fábrica hubiera pintado una advertencia para la siguiente alma desafortunada. Thomas examinó los dientes de la rueda, siguiendo la grieta casi imperceptible en la transmisión principal. Llevaría toda la noche fabricar un repuesto, y el trabajo sería peligroso: herramientas improvisadas, acero irregular.

Consideró aquello, dejó la toalla de muselina en el banco de trabajo y se dirigió a la oficina trasera, donde el capataz ya había reunido a un puñado de hombres de confianza.

—Necesitaremos el nuevo engranaje para la mañana —dijo Thomas—. Tendréis todas las lámparas del almacén y a los chicos del patio para traer las piezas. Enviaré a Perkins desde la casa con té y pan a medianoche.

Los hombres intercambiaron miradas; asombrados, luego agradecidos. Las horas extra significaban paga extra.

Cuando Thomas se dio la vuelta para marcharse, uno de los maquinistas de más edad se aclaró la garganta. —Señor. Respecto al chico Thatcher. Él es el único de edad laboral que tiene su madre. Los otros cinco niños son pequeños todavía.

Thomas hizo una pausa y lanzó al maquinista una mirada que oscilaba entre la impaciencia y algo más difícil de definir. —Cobrará el sueldo íntegro hasta que sane —dijo Thomas, y luego, casi como una ocurrencia tardía—: Dile a la señora Thatcher que, si necesita algo, envíe recado a mi ama de llaves.

El hombre asintió, sin sostenerle la mirada.

Thomas salió de la fábrica por la puerta lateral, con cuidado de no pisar el rastro de sangre que se había acumulado y corrido por los tablones.

Oyó que el motor volvía a arrancar a sus espaldas, la primera prueba cautelosa de la palanca de vapor reparada. El sonido, por una vez, no le produjo ninguna satisfacción.

Recorrió el largo camino de vuelta a la casa; sus botas dejaban marcas nítidas y perfectas tras él. Para cuando llegó a la puerta de la cocina, el rojo se había desvanecido de su camisa, reemplazado por una línea marrón. Se limpió las manos una vez más con el pañuelo y luego entró; la chaqueta colgaba de su brazo como una piel mudada por la noche.

Cruzó la cocina vacía en silencio, se dirigió al despacho del piso de arriba y cerró la puerta tras de sí con un clic que resonó en la vasta y fría casa.

En el interior, permaneció un rato a oscuras, con las manos apoyadas en el escritorio y la cabeza inclinada como bajo un peso invisible. Solo cuando su respiración se hubo calmado volvió a moverse, deslizando el libro de contabilidad hacia él, cogiendo su pluma y reanudando el trabajo de la noche.

Siempre había sabido que cada acto de misericordia, y cada crueldad, tenían un precio. El truco, suponía, era aprender a soportarlo.

En la cocina, el ambiente estaba cargado de vapor y rumores. Connie estaba ante la mesa, preparando las bandejas del desayuno; sus ojos estaban fijos en el desfile de huevos, beicon grueso y el pan de ayer revivido con un chorrito de leche. El resto del personal se apiñaba en el rincón junto al hogar, con las voces bajadas a un nivel que rozaba el motín.

La señora Bates, reina de la cocina, removía las gachas de la mañana con una violencia que lanzaba motas de avena contra la pared. Soltó la cuchara con estrépito, golpeó el borde de la olla y miró por encima del hombro a Annie, que era la única lo bastante valiente o tonta como para hablar por encima del estrépito.

—Los Thatcher tienen a cinco en casa —susurró Annie, sin levantar la vista del montón de naranjas de las que estaba sacando la ralladura—. Todos más pequeños que él. Su padre se fue hace ya tres años.

Perkins, que venía de la despensa, no dijo nada al principio. Dejó una bandeja de cristalería, se limpió las manos y luego observó: —Otra vida triturada bajo las ruedas del señor Weaver.

La señora Bates resopló. —Mejor el chico que un hombre adulto que pudiera liderar una huelga.

La mano de Annie tembló, a punto estuvo de cortarse el pulgar. —No diga eso.

—¿Por qué no? Es la verdad. —Bates bajó aún más la voz, pero el enfado permaneció—. He oído decir que el amo ha ordenado turnos dobles para compensar la pérdida. Ni un día de luto por el chaval.

Perkins apretó la mandíbula. —Las máquinas funcionarán aunque los trabajadores caigan muertos en sus puestos.

El rostro de Annie palideció, con los labios apretados. —La familia Thatcher pasará hambre. No queda nadie para traer un jornal.

Connie absorbió todo esto en silencio, con las manos rígidas alrededor de la bandeja del desayuno. Había aprendido, desde que llegó allí, que su estatus siempre estaba bajo escrutinio; no era ni totalmente del servicio ni de la familia, ni leal a la cocina ni al amo. A la señora Bates le convenía tratarla como a una espía, y a Annie como a una confidente, de modo que aprendió a guardar sus opiniones bien guardadas en su pecho.

Ahora, miraba el rostro compungido de Annie y pensaba en su propio hijo, que dormía justo arriba. Se preguntaba si Jack sobreviviría en un mundo que ofrecía tan poco margen de error.

Una campana sonó, dos veces, desde arriba. Perkins cogió la bandeja del amo, hizo una señal a Annie para que trajera el té y luego asintió a Connie. —Señora White, será mejor que recoja el correo ya que está en ello. Querrá los informes del turno de noche.

Connie se limpió las manos en el delantal, irguió los hombros y se dirigió a la escalera de servicio. La cocina quedó atrás, con las voces reanudando el zumbido bajo de quejas y recuerdos.

Subió al segundo piso, donde el despacho del amo ocupaba la habitación mejor iluminada de la casa. Ante la puerta, se detuvo, con el corazón acelerado, y llamó.

—Adelante —llegó la respuesta, inmediata y categórica.

Entró y se encontró con la escena familiar: Thomas en su escritorio, con papeles desplegados a su alrededor en patrones geométricos precisos. Llevaba una camisa limpia, pero en la esquina, una palangana de cerámica descansaba sobre una mesa auxiliar, con los puños de la camisa de ayer a remojo en un remolino de agua ligeramente rosada.

Dejó las cartas en el borde del escritorio, con cuidado de no desordenar los papeles. Él no levantó la vista, sino que firmó un documento, luego otro; el rasgueo de su pluma era el único sonido en la habitación.

Ella esperó. El silencio se prolongó.

Finalmente, se dirigió a ella, todavía sin mirarla a los ojos. —¿Tiene algo que decir, señora White?

Ella empezó a responder, pero se lo pensó mejor. —No, señor.

Él hizo una pausa, la miró entonces, y la fatiga de su rostro era como una segunda piel. Tenía los ojos orlados de rojo, el azul de sus pupilas empañado por una noche en vela y por lo que fuera que le había costado salvar al chico Thatcher. Connie vio el temblor en su mano, apenas un estremecimiento, mientras alargaba la mano hacia su té.

La sorprendió mirando y esbozó una sonrisa fina y quebradiza. —Puede retirarse.

Así lo hizo, cerrando la puerta suavemente tras de sí. Al final del pasillo, se detuvo ante una ventana y vio salir el sol, pálido e incierto, sobre los campos que había tras la casa.

Por un momento, su enfado se suavizó, reemplazado por algo parecido a la piedad. Pero entonces recordó las palabras de Annie: «La familia del chico pasará hambre». Imaginó la planta de la fábrica, el movimiento incesante, el sonido de máquinas que no sentían luto ni descansaban.

Volvió a su trabajo, con esas palabras resonando en su cabeza, y se preguntó si el amo habría sentido alguna vez hambre, o si sus

heridas eran de una naturaleza totalmente distinta.

El sol se hundió bajo la línea de los árboles antes de que la campana de la tarde terminara su último tañido. Connie se apretó el chal y atravesó el huerto, con los zapatos crujiendo sobre la escarcha quebradiza que persistía incluso después del débil calor del día. Su recado era sencillo: llevar los restos de la cocina al compost. Pero al salir al descubierto, lejos de la comodidad de la casa y sus ventanas cerradas, el mundo pareció volverse abruptamente más grande y menos compasivo.

El muro que delimitaba la propiedad se alzaba a una docena de yardas más allá de los lechos de hierbas medicinales, con sus piedras negras contra el cielo índigo. Más allá, solo los campos desnudos y el primer parpadeo de los faroles de las distantes casas de la fábrica. El viento atravesaba su ropa. Mantuvo los ojos fijos en el camino, con las manos doliéndole ya por el frío.

Vació el cubo, lo dejó en el suelo y se volvió para escudriñar el horizonte. Era un hábito que había desarrollado desde que llegó, mitad prudencia, mitad superstición. No esperaba más que la oscuridad plana de la tarde, pero lo que vio en su lugar fue la sombra de dos figuras, encaramadas en la cima del muro lejano.

Al principio eran solo siluetas, sin rasgos definidos por el último resplandor de la luz del día. Pero mientras observaba, uno cambió su peso y el contorno se hizo inconfundible: una gorra calada, un abrigo corto, una postura de perezoso desafío. Estaba acompañado por una segunda silueta, más alta y de hombros anchos.

Reconoció la gorra de la estación y, más tarde, del mercado: el hombre que observaba pero nunca hablaba, que siempre permanecía justo fuera de su alcance.

Las figuras no hicieron ademán de acercarse, pero tampoco se retiraron. Se demoraron allí, con las cabezas inclinadas, como si estuvieran estudiando la casa en sí; contando sus ventanas, sus puertas, sus entradas y salidas.

Connie sintió el viejo pánico animal. Se le cerró el pecho. El cubo se le resbaló de la mano y cayó estrepitosamente contra la piedra.

Ante aquel ruido, el hombre de la gorra reparó en ella. Levantó una mano, se tocó la visera con dos dedos y le dedicó un saludo

burlón y exagerado. Luego se inclinó hacia su compañero, dijo algo que se perdió en el viento y ambos saltaron de su posición, desapareciendo en la oscuridad tras el muro.

Se quedó allí un momento, petrificada, con el eco del cubo caído resonando en sus oídos. Cuando finalmente se inclinó para recogerlo, sus manos se movieron tan torpemente que casi volvió a perder el equilibrio.

Para cuando llegó a la puerta, le temblaban las piernas. Se manchó de restos mientras subía los escalones; cada salpicadura era un reproche a su propia falta de cuidado.

Se topó de bruces con Thomas Weaver en el umbral, a punto de soltar el cubo por completo.

Él la agarró por el codo para estabilizarla. —Cuidado —dijo, con voz no exenta de amabilidad.

Ella intentó desviar la mirada, pero él le observaba el rostro con ojos entrecerrados y agudos. —¿Ocurre algo malo, señora White?

Ella negó con la cabeza, demasiado rápido. —No, señor. Solo el viento.

Él sostuvo su mirada un segundo más, como sopesando la verdad. —Si hay algún problema, me informará de inmediato.

—Por supuesto.

Él le soltó el brazo. Ella pasó por su lado hacia la cocina; el calor y la luz fueron como una bofetada tras el frío. Dejó el cubo en el suelo, con las manos temblorosas, y respiró hondo tres veces antes de calmarse lo suficiente como para entrar.

Las voces del servicio se reanudaron a su espalda; Annie tarareaba, la señora Bates reprendía a una criada por el estado de los paños de cocina, a salvo de los oídos de la señora Brigg. El mundo seguro y mezquino de la política de cocina la rodeó de nuevo.

Pero Connie seguía mirando hacia la puerta y, cada vez que el viento hacía vibrar el cristal, recordaba al hombre de la gorra y cómo la había mirado, llegando hasta el mismo tuétano de su miedo.

La noche llegó cruda y rápida, sellando la casa en un silencio más profundo que el sueño. Connie recorría su diminuta habitación; los tablones del suelo estaban pulidos por los pies inquietos de

generaciones de sirvientes. Jack yacía acurrucado en la cama, con la respiración superficial pero rítmica, aferrando un trozo de manta contra su pecho. Connie observaba cómo subían y bajaban sus costillas, contando cada inhalación como si pudiera desvanecerse si dejaba de vigilarla.

Se apartó de la cama, fue hacia la puerta y apoyó la palma de la mano contra la madera fría. Debería ir a ver al amo, contarle lo que había visto más allá del muro. Decirle que los hombres de antes la habían encontrado y que era solo cuestión de tiempo que volvieran a por ella. Que podrían venir a por Jack.

Dejó caer la mano y luego retrocedió desde la puerta, indecisa. Quizá Thomas lo comprendería, la creería. O quizá la vería como una complicación, un estorbo, y la despediría antes del amanecer. Repasó mentalmente cada palabra que podría decir, cada reacción posible que él podría tener, pero ninguna terminaba bien.

En su segundo intento, llegó hasta el picaporte, con los dedos temblándole tanto que pensó que arrancaría el pomo de la puerta. Esta vez, Jack se movió en sueños, girándose hacia ella, con un gemido leve surgiendo de lo más profundo de su pecho. Ella se acercó para calmarlo, apartándole el sudor de la frente, susurrando: —Vuelve a dormir, cariño. Aquí nada te hará daño.

Pero incluso mientras lo decía, oyó su propia mentira.

Probó con el picaporte una tercera vez. Se levantó con un clic suave, y el pasillo exterior estaba en silencio; las lámparas apagadas, el aire frío entrando a raudales. Dio un paso, luego otro, con sus pies descalzos silenciosos sobre la alfombra pasillera. La casa de noche era una criatura distinta: los pasillos se estiraban más, los techos parecían más altos, las sombras presionaban desde todos los flancos.

Sobre ella, en el descansillo principal, oyó pasos, lentos y deliberados. El pulso de Connie martilleaba. Se pegó a la pared y subió a hurtadillas la escalera de servicio, deteniéndose justo debajo del último escalón.

El pasillo era una franja de luz de luna, de un blanco azulado y sobrenatural. Al fondo, ante la puerta que le habían advertido que nunca se acercara, estaba Thomas Weaver. Llevaba solo camisa y

pantalones, el cabello revuelto y la mandíbula sombreada por la barba de un día. Se apoyaba en la puerta del cuarto de los niños, con una mano extendida contra la madera y los hombros encorvados bajo el peso del recuerdo.

Durante un momento, no hizo nada. Entonces, con una voz más suave de lo que ella jamás le había oído, dijo: —Una vez soñé con risas en esta casa. Perdóname.

Connie observó, sin ser vista, cómo él permanecía allí, silencioso e inmóvil, la viva imagen de la derrota. Al cabo de un minuto se irguió, cuadró los hombros y se alejó, sin fijarse nunca en ella, agazapada en el hueco de la escalera.

Esperó hasta que sus pasos se desvanecieron y luego regresó a hurtadillas a su habitación, cerrando la puerta tras de sí con infinito cuidado. Deslizó la pequeña cómoda frente al picaporte, luego cayó de rodillas junto a la cama y estrechó a Jack, sintiendo el calor de su aliento contra su cuello.

Afuera, el viento golpeaba las ventanas, haciendo vibrar los cristales. Adentro, el único sonido era la respiración de Jack y su propio corazón, golpeándose contra sus costillas.

Le presionó los labios en la sien y susurró: —Una vez soñé con la seguridad, y ahora se me escapa entre los dedos.

Se quedó así, anclada a ese pequeño reducto de calor en la oscuridad, hasta que la primera luz grisácea empezó a abrirse paso en la habitación.

CAPÍTULO DIEZ

La ventisca no se anunció con una suave ráfaga ni con un silbido de advertencia en el tejado. Cayó como un puñetazo, golpeando la casa al despuntar el alba y azotándola durante todo el día, hasta que cada ventana quedó cegada por el blanco y los árboles del camino de entrada se doblaron de dolor. El mundo más allá del cristal desapareció, dejando solo el aullido del viento y el estremecimiento de los cristales sueltos en sus marcos.

La cocina se convirtió en un bote salvavidas. Durante toda la mañana, el servicio entró y salió, apiñándose más cerca de los fogones de lo que sus obligaciones permitían estrictamente. El vientre negro de la cocina devoraba carbón a bocanadas voraces, proyectando un resplandor que ponía los rostros rubicundos y las sombras afiladas. El vapor colgaba del techo en nubes, compitiendo con el hálito blanco que brotaba de cada boca cada vez que la puerta del lavadero se abría a la tormenta.

Annie se había nombrado a sí misma directora de pista de aquel refugio. Sentó a Jack al final de la larga mesa y desplegó ante él un regimiento de cucharas de madera, tazas medidoras y moldes de hojalata abollados. —¿Qué soldado capturará el pudín de la reina? —le desafió, alineando los utensilios como piezas de algún juego de mesa olvidado.

Jack soltó una risita y golpeó una taza contra una cuchara, lo que hizo que todo el flanco izquierdo se derrumbara. —Gana el pudín —declaró.

—¡Tonterías! —Annie enderezó la cuchara, tocando la nariz de Jack con el mango—. Siempre hay una segunda batalla.

Él sonrió, pero ni siquiera los mejores esfuerzos de Annie conseguían ocultar la inquietud que le subía por los huesos de tanto estar encerrado. El niño tenía energía para recorrer kilómetros de carretera y ningún lugar donde gastarla salvo dando vueltas sobre las baldosas frías.

Connie removía una enorme olla de sopa de cebada que la señora Bates había dejado a su cuidado, con las manos en carne viva por el viento que había desafiado esa mañana para recoger agua de la bomba exterior. Cada vez que una ráfaga sacudía la ventana de la cocina, levantaba la vista bruscamente, como si esperara que se hiciera añicos y la ventisca se derramara en el interior. Su mirada volvía siempre a Jack, midiendo su estado de ánimo, y luego se lanzaba de nuevo hacia la ventana, interpretando el avance de la tormenta como un mal augurio.

Perkins, el mayordomo, normalmente un monumento al estoicismo, merodeaba cerca de la cocina con su té, con las mejillas cuarteadas y el ojo izquierdo enrojecido por un reciente altercado con la corriente del vestíbulo principal. Incluso él parecía un poco menos formal hoy; su cabello, húmedo por la nieve derretida, se le pegaba a la frente, y se permitió el pequeño lujo de una corteza tostada antes de la campana del mediodía.

En el extremo opuesto, las criadas de más edad discutían sobre la forma adecuada de preparar el fuego para la noche, reclamando cada una la autoridad de algún antepasado que había sobrevivido al «Gran Invierno» de su infancia. —Estuvimos encerrados una semana y tuvimos que comer nabos tres veces al día —alardeaba una, que había hecho del sufrimiento una ciencia—. Ya veréis lo que es cuando los caminos desaparezcan y no haya carretero lo bastante valiente como para subir desde el pueblo.

Connie sirvió sopa en un cuenco desconchado y lo puso ante Jack, soplando en la superficie para enfriarla. —Come, cariño. Te

pondrá los mofletes colorados. —Le apartó un mechón de pelo detrás de la oreja, rozando con el pulgar el fino rastro de harina que Annie había dejado.

—¿Nos quedaremos atrapados aquí? —preguntó Jack, con los ojos brillantes.

—No para siempre —dijo Annie, rápida en interceptar cualquier semilla de preocupación—. Las tormentas pasan, incluso las peores.

Una ráfaga proveniente del pasillo subrayó sus palabras, y la señora Briggs entró con ímpetu, envuelta en una aureola de copos de nieve de los que se deshizo con practicado desdén. Llevaba los guantes apretados en un puño y su mirada recorría la fila de criados como si contara a posibles amotinados.

No perdió el tiempo. —Noticias del señor. —Hizo una pausa, dejando que las palabras se asentaran en la estancia como una maldición—. Ha ordenado que se entregue carbón extra a todas las dependencias. Todos los fuegos deben mantenerse fuertes, día y noche, hasta que amaine la ventisca.

Siguió un silencio tan absoluto que hasta la sopa de la cocina dejó de burbujear en señal de protesta.

A Perkins se le cayó la mandíbula antes de que pudiera recuperar la compostura. Annie miró a Connie, con las cejas alzadas como preguntando: «¿Alguna vez pensaste que verías un día así?». Incluso Jack pareció percibir la perturbación, mirando de Briggs a su madre como si buscara dónde estaba la trampa.

Briggs ignoró su confusión, sacando un fino cuaderno de su bolsillo y hojeándolo. —Un cubo por habitación, no por persona. Nada de desperdicios. El señor revisará los libros de contabilidad él mismo. —Miró a Annie—. Espero que te encargues tú personalmente de la planta del ático, señorita Marsh.

Annie asintió con la cabeza, aunque sus ojos no se apartaron del rostro de Briggs. —Sí, señora.

Perkins, ya recuperado, se aventuró a decir: —Es un gesto muy generoso por parte del señor Weaver.

Los ojos de Briggs se entornaron. —No permitiría que la casa se arruinara por falta de calor.

—No desde que la señora... —comenzó Perkins, pero se detuvo con un nudo en la garganta.

Briggs le cortó con una mirada lo bastante afilada como para rebanar pan. —No estamos aquí para discutir las políticas domésticas del señor, solo para aplicarlas. Tú te encargarás del carbón, señora White —dijo—. Ya hay escarcha en los pasillos, y los depósitos no se van a llenar solos.

Connie aceptó los cubos, haciendo una mueca ante el mordisco frío de las asas. —Sí, señora Briggs.

La mirada de Briggs era clínica, recorriendo el chal de Connie, los huesos de sus muñecas, sus botas de suela fina. —Será mejor que te pongas otra capa, si tienes alguna de sobra. Es una caminata, no un paseo.

El patio exterior era un desierto blanco. Cada paso a través de la nieve acumulada requería un esfuerzo, cada aliento mordía el fondo de su garganta. Connie encogió los hombros, agachó la cabeza contra el viento y avanzó hacia el depósito de carbón en el borde más alejado del patio de servicio, con los cubos tintineando rítmicamente contra sus muslos.

El depósito en sí era una estructura achaparrada y manchada de líquen, medio enterrada por la acumulación de la última semana. Las bisagras de su puerta estaban soldadas por el hielo, lo que requirió el uso de ambas manos y casi todo su peso para lograr abrirla. El olor en el interior era agrio y mineral, un alivio frente al aire viciado de la casa.

Dejó los cubos en el suelo y cogió la pala; el metal estaba tan frío que le quemó la palma de la mano. La primera palada golpeó el cubo con una nota sorda y hueca; el sonido fue engullido por el viento antes de que pudiera producir eco. Mientras trabajaba, el aguanieve se hizo más espeso, nublándole la vista y entumeciéndole las mejillas. Al cabo de tres cubos, sus brazos empezaron a temblar, más por el frío que por el esfuerzo.

No oyó acercarse a Thomas. Levantó la vista, sobresaltada, y encontró su figura de pie en la entrada, medio perdida entre la nieve y el crepúsculo. No llevaba sombrero y su abrigo, aunque pesado, parecía insuficiente para aquel clima. Su presencia desentonaba

tanto con la escena que, por un momento, Connie pensó que lo había conjurado de sus recuerdos.

Él la observó con una expresión indescifrable y luego entró en el depósito, cerrando la puerta tras de sí con un golpe seco. Durante unos segundos permanecieron en silencio, con el aliento formando nubes en el aire enrarecido, con solo el viento del exterior para marcar el tiempo.

Thomas cogió la segunda pala de su clavo y empezó a trabajar, metódico y preciso. No la miró, ni habló. El único sonido era el raspado de la pala sobre la piedra y la percusión hueca del carbón al caer en los cubos.

Connie, sin saber qué más hacer, siguió su ritmo. Trabajaron en tándem: él rompiendo la capa superior endurecida, ella metiéndola en los cubos. Entre los dos, la labor avanzó rápido, y el ritmo de sus paladas se convirtió en una conversación silenciosa, sin palabras pero extrañamente íntima.

Ella le lanzaba miradas furtivas. La piel de sus manos estaba cuarteada, con un rastro de vendaje en un pulgar, y cada vez que apretaba el agarre, ella veía el fantasma del dolor reflejarse en su mandíbula. No estaba hecho para esto, pensó ella, no para el frío ni para el trabajo bruto, pero lo hacía de todos modos, y sin quejarse.

Al cabo de un rato, se atrevió a decir: —No tiene por qué ayudar, señor.

Él hizo una pausa, con la hoja de la pala plantada verticalmente en el montón. —Lo sé —dijo, no sin amabilidad—. Pero hoy hay poco personal y el trabajo... —Se interrumpió y se encogió de hombros, un gesto más humano de lo que ella esperaba—. No se va a hacer solo.

Connie asintió, sin confiar en sí misma para responder.

Terminaron el primer juego de cubos en silencio; cada uno cargó con un par y los llevó al patio. El viento era peor ahora, azotando la piel expuesta del rostro de Connie hasta que pensó que se le iba a partir la nariz. Sus dedos, a pesar de los viejos guantes, se habían quedado blancos y rígidos, de modo que cuando intentó verter el carbón en los cajones, este se derramó por los lados y se esparció por las losas.

Se agachó para recogerlo, pero Thomas ya estaba allí, arrodillado a su lado, barriendo los trozos hacia la palma de su mano. Sus manos se encontraron sobre el vertido negro y, por un instante estremecedor, ella sintió el calor de su piel a través de la tela gélida.

Retiró la mano como si se hubiera quemado, con el corazón dándole un vuelco. Él también se detuvo, con los ojos fijos en los dedos de ella antes de reanudar la tarea de meter el carbón en su mano. Durante un segundo más de lo que permitía el decoro, ninguno se movió.

Entonces Thomas se levantó, se sacudió las manos y dijo: —Deberíamos terminar antes de que oscurezca. La tormenta está arreciando.

Regresaron al depósito, ahora más frío que antes. La estancia sin ventanas los mantenía en una burbuja de hielo, con sus alientos mezclándose en el aire, tan cerca que podrían haberse tocado por accidente una docena de veces. Esta vez, ambos hicieron un esfuerzo consciente por no hacerlo.

Cuando se llenó el último cubo, Thomas volvió a colgar las palas en sus ganchos y miró a Connie directamente. —La tormenta empeorará esta noche. Mantenga su fuego bien alimentado. Y... —Pareció buscar las palabras—. Si el viento rompe un cristal o no consigue mantenerse caliente, avise a la señora Briggs de inmediato.

Ella asintió, incapaz de replicar.

Él se dirigió a la puerta, pero algo le detuvo. Se volvió, sus ojos se cruzaron con los de ella y bajó la voz. —¿Tiene familia, señora White?

Ella vaciló ante la inesperada pregunta. —Solo a Jack —dijo—. Los demás se han ido.

Él asimiló aquello, con el rostro inescrutable. Luego dijo en voz baja: —Cuide de él.

Ella inclinó la cabeza, sin confiar en su voz.

Thomas se marchó sin decir palabra, adentrándose en la blancura del patio; su figura no tardó en ser engullida por la nieve. Solo entonces Connie vio a la señora Briggs de pie en el umbral de la casa principal, observándolos a ambos con la boca apretada y

amarga de una mujer que acaba de encontrar pruebas que confirman sus peores sospechas.

Connie llevó el último cubo adentro, con los dedos doloridos y la mente turbada. No tenía palabras para la confusión que sentía: el frío, la cercanía, el breve momento de preocupación humana del señor.

De vuelta en la cocina, dejó el carbón junto al hogar y se dejó caer en el taburete. Annie levantó la vista de la tabla de amasar, con harina en el pelo y los ojos llenos de curiosidad.

—Parece que hayas visto un fantasma —dijo Annie.

Connie negó con la cabeza. —Solo era el señor.

Annie arqueó las cejas. —¿Fuera con este tiempo? ¿Se ha portado de forma cruel?

Connie lo consideró y volvió a negar con la cabeza. —No. En absoluto.

Annie sonrió, pero Connie no pudo devolverle el gesto. Se sentó junto al fuego, con las manos extendidas hacia las brasas, intentando descongelar sus huesos y sus pensamientos a la vez.

Aún podía sentir el calor de la mano de Thomas contra la suya, aún podía oír el sonido de su voz en el depósito. Y por primera vez desde su llegada a Weaver House, se preguntó si la amabilidad no sería más aterradora que la crueldad.

La noche se apretaba contra la casa con una insistencia sofocante. A las siete, las ventanas no eran más que cristales negros, y la voz de la ventisca había pasado de ser un chillido a un gemido gutural e incesante. Cada habitación de la mansión parecía tener la mitad de su tamaño, como si la nieve del exterior conspirara para aplastar el aire de las paredes. Las velas parpadeaban en sus soportes, con las llamas debilitadas por corrientes invisibles que se filtraban por cada rendija de la piedra.

En el primer piso, el despacho de Thomas Weaver resplandecía con una sola lámpara. Era un objeto antiguo, de cristal soplado, mate durante años de limpiezas descuidadas. La luz de la lámpara se concentraba en el escritorio y dejaba el resto de la estancia en un

estado de penumbra permanente, llena de sombras que se estiraban hacia el techo y se estremecían con cada ráfaga.

Thomas estaba junto a la ventana, con los brazos apoyados en el alféizar y la frente casi rozando el cristal frío. Su mirada no estaba fija en los terrenos, ahora enterrados más allá de toda esperanza, sino en el extremo más alejado del bosque, donde la línea de pinos se encontraba con el campo abierto. Fue allí, un rato después de la puesta de sol, donde había visto la luz.

Al principio, pudo haber sido un reflejo, un truco de la nieve arrastrada por el viento. Pero reapareció, constante y deliberada, oscilando en un arco como si fuera transportada por una mano en lugar de ser movida por el temporal. Se balanceó una vez, dos, se desvaneció y luego regresó con un nuevo ritmo. Thomas la observó durante un minuto entero, con el pulso martilleándole tras los ojos.

En algún lugar de su pecho, una alarma primitiva empezó a sonar.

Soltó el alféizar de la ventana, dejando las huellas de sus dedos en la escarcha. Se sirvió una copa de brandy, lo único en la casa que sabía a algo que no fuera ceniza e hierro, pero no bebió. La llevó hasta el extremo opuesto de la habitación, donde los viejos mapas colgaban en sus marcos, y luego regresó a la ventana, incapaz de romper el hilo que lo unía a aquel parpadeo en el linde del bosque.

Su mente barajó diversas posibilidades: un cazador furtivo, un intruso, algún muchacho del pueblo intentando cumplir un desafío. Pero ninguna de ellas explicaba la persistencia de la luz, la forma en que parecía moverse con un propósito, como la señal de un ejército que se aproxima o la llamada de un lobo a su pareja.

Pensó en los sirvientes, la mayoría acurrucados en las plantas superiores. Pensó en la señora Briggs, que había cerrado con llave y cerrojo cada puerta al ponerse el sol y ahora patrullaba los pasillos con la determinación de una matrona de prisión. Pensó, por último, en Connie y en el niño, arriba en la habitación del ático, tan lejos de la entrada como se podía estar.

Se preguntó si ella vería la luz. Se preguntó, no por primera vez, qué se sentiría al conocer el miedo por alguien que no fuera él mismo.

La tormenta aullaba. Thomas caminaba de un lado a otro del estudio, incapaz de sosegarse. Las sombras lo acechaban, duplicándose con cada paso frente a la lámpara. Cada vez que regresaba a la ventana, el farol en el linde del bosque se había desplazado, acercándose poco a poco, pero sin avanzar de verdad. Era paciente. Podía esperar.

En el piso de arriba, Connie yacía acurrucada junto a Jack en la estrecha cama del ático, con la espalda apoyada contra la pared para evitar que el frío llegara hasta él. El niño se había agotado entre la sopa y los juegos, y ahora dormía con las manos extendidas sobre la colcha y la boca entreabierta en el olvido propio de la infancia. Cada vez que la casa se estremecía bajo un nuevo embate del viento, él se sobresaltaba, pero no se despertaba.

Ella le acarició el pelo y observó cómo la nieve se acumulaba en la parte interior de la ventana, formando filigranas de araña que se espesaban por momentos. Era imposible, desde aquel lugar, imaginar que el mundo volvería a descongelarse alguna vez. La tormenta parecía permanente. La casa se sentía más como una prisión que como un refugio.

Pero Connie no dormía. Había descabezado el sueño brevemente, solo para emerger en un estado de pánico, con el corazón acelerado, como si casi se hubiera perdido algo vital. Así que se incorporó, con cuidado de no mover a Jack, y se apretó el viejo chal alrededor de los hombros. El aire le escocía en la nariz y las orejas, y hacía que le dolieran los dedos.

Tras una hora observando el latido de las sombras en el techo, se dio por vencida y se levantó de la cama con sigilo. Arropó a Jack con una manta extra, le besó la frente y bajó las escaleras de puntillas, en calcetines. Recorrió el pasillo guiada por el tenue resplandor de una lámpara que parpadeaba, estremeciéndose cada vez que el viento hacía crujir los tablones del suelo.

La cocina estaba vacía, con la cocina económica apagada y oscura, a excepción de un leve rubor de brasas en la rejilla. Connie puso un cazo de leche al fuego, y le temblaban tanto las manos que estuvo a punto de derramarla. Se mantuvo de espaldas a la puerta,

esperando a que llegara el calor, escuchando cómo la tormenta roía el mundo exterior.

Acababa de pasar la leche a una taza cuando notó el trozo de papel encajado bajo el borde de la puerta de la despensa.

Antes no estaba allí.

El corazón le dio un vuelco, de pronto gélido. Dejó la taza, se secó las manos y recogió la nota. El papel estaba arrancado de una hoja más grande, con los bordes irregulares. La caligrafía era tosca, a lápiz, y cada letra había sido presionada con tal fuerza que había dejado marcas en la madera debajo.

MEDIANOCHE. PUENTE. TRAE EL PAGO.

El aliento de Connie escapó en un siseo. La leyó de nuevo, y luego una tercera vez, como si la repetición pudiera conjurar un mensaje diferente. Miró el reloj del estante; eran casi las once.

Plegó la nota en la palma de la mano y la apretó hasta que le dolieron los dedos. El puente: tenía que referirse al puente de madera sobre el arroyo, justo pasada la tapia del límite. No había ningún otro puente en kilómetros a la redonda.

Miró hacia arriba, esperando en cualquier momento ver un rostro en la ventana, una mano golpeando el cristal. Pero solo estaba la nieve, que arreciaba ahora, ocultándolo todo.

Se obligó a pensar. La nota solo significaba una cosa: la habían encontrado. O peor aún, siempre habían sabido dónde estaba y solo habían esperado a que llegara la noche adecuada.

Su mente repasó las posibilidades: ignorar la nota y arriesgarse a su ira; ir al puente y enfrentarse al hombre del cementerio, aquel de la cicatriz y los ojos muertos; contárselo al señor y arriesgarse a ser expulsada por traer el peligro a su puerta. Cada opción se sentía como una trampa de hierro que se cerraba sobre ella por todos lados.

La única certeza era Jack. No permitiría que se lo llevaran, costara lo que costase.

Se guardó la nota en el bolsillo del delantal, cogió la taza de leche y subió de nuevo con sigilo, con todos los sentidos alerta ante cualquier sonido de persecución.

Jack seguía dormido, ajeno a cómo se estrechaba el cerco. Connie se sentó en el borde de la cama, escuchando el viento y el crujido de las vigas, con el sabor del pánico amargándole la lengua. Le acarició el pelo e intentó contar los minutos hasta la medianoche, buscando algún plan que no terminara en la ruina.

Afuera, la tormenta golpeaba la casa, sellándola en hielo. En algún lugar al linde del bosque, un farol parpadeaba en la oscuridad, persistente y paciente, esperando a que ella respondiera.

El viento aullaba a través de grietas invisibles, levantando el viejo papel pintado por las costuras y haciendo que las vigas crujieran con cada cambio de dirección. Abajo, a los salones más grandiosos de la mansión no les iba mucho mejor; cada ráfaga forzaba las antiguas maderas hasta que incluso la chimenea de piedra del estudio soltaba polvo.

Connie no dormía. Yacía en la cama con la cabeza de Jack apoyada en su brazo, contando los segundos entre cada estremecimiento de las paredes. Le dolía el cuerpo del trabajo del día, pero su mente le negaba cualquier tregua. Las palabras de la nota se repetían tras sus ojos, tan implacables como el viento.

MEDIANOCHE. PUENTE. TRAE EL PAGO.

Consultó el reloj por el tenue resplandor anaranjado de las brasas. Las once y media. Los minutos gateaban. Cada vez que cerraba los ojos, veía al hombre de la gorra, con su cicatriz como una serpiente blanca cruzándole la mandíbula, esperándola en el límite del mundo. Imaginó lo que querría: dinero, del cual ella casi no tenía; información, que nunca daría; o, se estremeció de solo pensarlo, al niño.

Se deslizó fuera de la cama, con cuidado de no molestar a Jack, que gimoteó pero no se despertó. Lo observó un momento, memorizando la forma de su mano cerrada en un puño, el temblor de sus párpados al dormir. Luego se acercó a la ventana y apoyó la frente contra el cristal.

La nieve había cesado, pero el cielo brillaba con un azul profundo y depredador, vivo con la promesa de que caería más. Abajo, en la hondonada junto al arroyo, un farol se movía. Estaba más cerca

ahora de lo que había estado horas antes, recorriendo la longitud del puente como si buscara puntos débiles.

No sabía cómo la habían encontrado, o si de verdad la habían perdido de vista alguna vez. Lo único que sabía era que, si no iba, vendrían ellos mismos a por Jack.

Le temblaban las manos mientras se vestía en la oscuridad, poniéndose capa tras capa hasta que su volumen casi habría resultado cómico de no ser por la gravedad de la tarea. Deslizó su exiguo monedero en el bolsillo de la falda, aunque dudaba que eso fuera a satisfacer a nadie. Arropó a Jack con más fuerza con la manta y le besó la mejilla; luego cogió la vela de la mesita y se dirigió a las escaleras.

El pasillo exterior era un túnel de sombras. Cada tabla crujía, cada roce de su manga contra la pared sonaba como una alarma. Se detuvo en el primer rellano, asomándose hacia el vestíbulo principal. Había una luz abajo, una sola lámpara que habían dejado encendida sobre el aparador. Más allá, solo negrura.

Se asomó a la cocina para comprobar si había alguien despierto, pero la cocina estaba fría y los bancos vacíos. Incluso la señora Briggs, que solía ser un espectro a estas horas, había desaparecido. Connie salió por la puerta trasera, preparándose para el frío.

El aire la golpeó como una bofetada, pero siguió adelante, cruzando el patio con la cabeza baja y las botas rompiendo la costra de nieve. El único sonido era el aullido lejano del viento y el chasquido quebradizo del hielo a cada paso.

Al llegar a la tapia, se detuvo. La verja estaba entornada, con el candado colgando abierto, como si alguien ya hubiera despejado su paso. Se escurrió por ella y siguió el sendero hacia el arroyo, con los ojos fijos en el farol que oscilaba más adelante.

Al acercarse al puente, el farol descendió una vez y luego desapareció. El corazón le martilleaba. Consultó la torre del reloj en el límite de la finca: faltaban cinco minutos para la medianoche.

Esperó, con todos sus sentidos gritando de alerta.

Una figura surgió de detrás del poste de soporte, con el farol balanceándose violentamente en su mano. La luz iluminó su rostro, el mismo del que ella había huido: alto, con el gabán abierto

revelando un cuchillo al cinto, la gorra calada pero sin ocultar la cicatriz que parecía brillar blanca bajo la luz de la luna.

—Pensé que habías huido para siempre —gruñó él, con una voz demasiado fuerte en el silencio—. Pero aquí estás, puntual.

El corazón de Connie golpeaba sus costillas. Retrocedió un paso, con los puños apretados en los bolsillos del abrigo, buscando un arma y encontrando solo su monedero. —Déjanos en paz. No tienes ningún derecho sobre mí.

Él se lanzó hacia adelante, agarrándola por la muñeca. —No es a ti a quien queremos. Es la deuda. Y si no puedes pagar... —sus dedos se clavaron en su carne— ...ya sabes lo que pasa.

Ella se soltó con un tirón, retrocediendo a trompicones. —No tengo nada. Somos pobres como ratas.

La mano de él se desplazó hacia el cuchillo. —Entonces quizá el niño pueda saldarla trabajando.

—Por encima de mi cadáver. —Le lanzó el monedero a la cara. Él lo esquivó, riendo. —Esa es una opción.

Él cargó hacia adelante. Connie retrocedió precipitadamente, resbalando en el hielo. Un disparo rasgó el aire de la noche. El hombre se quedó petrificado. Al final del camino estaba Thomas Weaver, con el humo subiendo por el cañón de su pistola y un segundo disparo ya apuntado.

—El próximo no fallará —gritó Thomas, bajando por el sendero a toda prisa—. Si vuelves a poner un pie en mis tierras, te enterraré bajo ellas.

La fanfarronería del hombre de la gorra se evaporó. Sopesó sus posibilidades y luego escupió en la nieve. —No vale la pena morir por esto —dijo el hombre. Huyó, abriéndose paso entre la maleza, abandonando el farol en la nieve.

Connie se desplomó, golpeando la tierra helada con las rodillas. Su aliento salía en jadeos cortos que se cristalizaban ante su rostro. Thomas la agarró por los brazos, poniéndola en pie con tal fuerza que sus dientes chocaron. Sus dedos se clavaron en su carne mientras examinaba su cuerpo en busca de sangre.

—¿Le ha cortado? —Su voz era un susurro ronco, apenas contenido. La pistola aún colgaba de su otra mano, con el martillo

amartillado.

Ella lo miró fijamente, abriendo y cerrando la boca como una mujer que se ahoga.

—¡Contésteme! —le dio una sacudida que le estremeció los huesos—. ¿Por qué se le ocurre salir aquí sola?

Ella movió la cabeza de lado a lado, como una marioneta con los hilos cortados.

—Le habrían matado. —Sus dedos se apretaron más—. ¿Lo entiende?

Algo se rompió en el pecho de ella. No fueron lágrimas, sino algo más duro y punzante. Thomas maldijo entre dientes, enfundó la pistola y la estrechó contra él para levantarla. El cuerpo de ella colgaba inerte mientras él caminaba de regreso a la casa; cada pisada la sacudía.

El viento aullaba sobre el páramo, borrando sus huellas con vengativos barridos de nieve.

Abrió la puerta de la cocina de una patada, entró en el salón y la dejó ante el fuego que se extinguía. Las llamas cobraron vida cuando él arrojó con violencia leños frescos a la rejilla, haciendo que las chispas saltaran hacia arriba.

—Volverán —dijo él, de espaldas a ella, con los hombros rígidos como el hierro.

—Y cuando vengan, necesito saber exactamente contra qué estoy luchando.

Se giró, y la luz del fuego esculpía sombras en su rostro. —Cuéntemelo todo. Ahora mismo.

CAPÍTULO ONCE



El calor de la habitación fue como una bofetada. Ella intentó recuperar el aliento, pero el bochorno y el miedo se aliaron, duplicando la sensación de asfixia. El fuego de la chimenea era salvaje, escupiendo resina y brasas, proyectando sombras vacilantes por el techo. El escritorio estaba tan ordenado como siempre, aunque un pequeño charco de nieve derretida se extendía desde donde Thomas se encontraba ahora, goteando sobre los tablones del suelo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Él no dijo nada al principio. Dejó que el silencio se ensanchara, siendo el único sonido el chasquido del fuego y el siseo del agua al evaporarse de sus ropas.

Ella se rodeó el cuerpo con los brazos, apenas se dio cuenta de que su chal estaba rígido por la escarcha. Sus dedos torpes forcejearon con el nudo en su cuello; la lana se rasgó y la prenda entera cayó al suelo en una sola pieza costrosa. Se quedó mirándola, sin saber cuánto tiempo podría permanecer allí sentada, si debía ponerse en pie o si tendría que postrarse de rodillas a la antigua usanza y suplicar la piedad del señor.

—Hable —ordenó Thomas. Permaneció junto a la repisa, mirando las llamas como si estas pudieran ayudarle a dar sentido a todo aquello—. ¿Qué ha sido eso? ¿Quiénes eran?

Ella intentó hablar de nuevo. La lengua se le pegaba al paladar.

—¿Está herida? —preguntó él.

—No —logró decir, aunque era mentira; sentía cada centímetro de su cuerpo magullado, el labio le sangraba y las rodillas le escocían. No quería su lástima y no habría podido soportarla ni aunque se la ofreciera.

Él esperó un momento más y luego, con un movimiento violento, cogió un vaso de la bandeja de las bebidas, vertió un chorro de brandy en él y se lo puso en las manos. El vaso casi se le resbaló; tenía las uñas azules y la mano le temblaba tanto que el cristal castañeteaba contra sus dientes cuando intentó beber.

Se obligó a tragar. El licor abrasó un camino hasta sus entrañas, descongelándola por dentro. El calor que dejó a su paso no era el consuelo del fuego de una cocina, sino el calor mezquino y entrometido de la exposición.

—Ahora —dijo Thomas—. Me dirá, señora White, qué clase de asuntos la persiguen hasta aquí.

Ella lo miró. Él estaba a contraluz frente al fuego, con el pelo revuelto y salpicado de nieve. Sus manos apretaban el borde de la repisa con tal fuerza que las venas resaltaban, blancas y tensas.

Tuvo un momento para decidirse. Podía mentir, inventar una historia sobre un vagabundo, un peón borracho o alguna riña en el pueblo. Pero por la forma en que Thomas la miraba, supo que la primera falsedad sería la última. No era un hombre a quien se le pudiera vender una mentira por partes.

Se incorporó cuan larga era, y la dignidad del gesto la hizo temblar más, no menos. Dejó el vaso vacío sobre la mesa y se puso las manos en el regazo. Su voz, cuando surgió, era firme.

—Usted sabe que mi marido había muerto antes de que llegáramos —dijo—. Pero no sabe cómo murió.

Thomas asintió una vez. —Supuse que por enfermedad.

Ella negó con la cabeza. —Su madre murió de fiebre y aquello lo cambió. Antes no era cruel. Solo estaba triste. Pero empezó a beber —aquí se le quebró la voz, y se obligó a continuar— y, al cabo de un tiempo, a jugar.

No podía mirar a Thomas. En su lugar, observó el fuego, dejando que las llamas le hirieran los ojos para no ver el asco de él.

—Teníamos un poco —dijo—. No lo suficiente para vivir. Así que pidió prestado. Me juró que era solo para salir del paso, que lo devolvería todo cuando empezara el siguiente trimestre. Pero el trimestre nunca empezó. Le echaron de la escuela. Hubo... —buscó la palabra— ...un incidente. Nada que lo enviara a prisión. Pero lo suficiente para que nadie volviera a contratarlo.

Recordó cómo la voz de Richard se había vuelto hueca en aquellos últimos meses, cómo le hablaba solo a través del niño, como si ella ya no pudiera entenderle directamente. Cómo empezó a vender cosas de la casa. Sus libros, luego el guardapelo de plata de ella y, finalmente, las primeras botas de Jack. Cada vez, juraba que sería la última. Cada vez, regresaba a casa con la mirada vacía.

—Los prestamistas —dijo ella— no eran corrientes. —Hizo una pausa, buscando la palabra que lo explicara todo—. Eran la banda de los Hargreaves. Los que controlan los callejones cerca de King Street. Él me dijo que estaríamos a salvo, que nunca se nos acercarían si nos quedábamos callados y pagábamos los intereses. Nunca vi a los hombres, solo las notas.

Recordaba las notas: cuadrados doblados, papel grueso, siempre el mismo mensaje. *Pago debido. Su hijo es muy guapo. Sería una pena verlo huérfano.* O: *Sabemos dónde vive.* Las había quemado todas, pero la amenaza había ardido con más fuerza en su interior.

—Después de un año —continuó ella con voz débil—, no nos quedaba nada. Le supliqué a mi marido que fuera a la policía, pero él... él no podía. —Se mordió el labio con fuerza, obligándose a terminar—. Una noche salió, dijo que iba a liquidar la deuda. Lo encontraron en el río, cerca de Limehouse. Tenía la garganta cortada tan profundamente que la policía dijo que era una suerte.

Se produjo un largo silencio. El reloj de la pared marcaba los segundos, implacable.

—Los hombres vinieron a la mañana siguiente —susurró—. Me dijeron que las deudas de un hombre no mueren con él. Dijeron que yo las pagaría trabajando, de una forma u otra. O que lo haría Jack, cuando tuviera edad suficiente.

Dejó que las palabras cayeran en el silencio, que reposaran allí, feas e irreversibles. Entonces llegaron las lágrimas, no con un

lamento ni con un espectáculo, sino como un goteo lento. Sus hombros no se movieron; sus manos no cubrieron su rostro. Solo dejó correr el agua, un colapso digno.

Esperó a que Thomas dijera algo: que la despreciara, que la despidiera, que llamara al alguacil para que la echaran a la tormenta.

En su lugar, el fuego chisporroteó y las sombras de su vergüenza bailaron en la pared del fondo.

Se preguntó si el viento de fuera podría oír su confesión y, de ser así, si la llevaría de casa en casa, hasta que la última persona del valle supiera que era la viuda de un jugador, la madre de un niño que algún día podría ser comprado y vendido como una novilla.

Miró el vaso de brandy, deseando por un segundo poder meterse dentro y ser purificada por el fuego.

Después de mucho tiempo, volvió a hablar, apenas por encima de un susurro.

—Sé lo que es sentirse perseguida —dijo—. Pero no dejaré que se lleven a mi hijo.

Sus manos, que se habían quedado quietas durante el relato, empezaron a temblar de nuevo.

—Él es todo lo que me queda —dijo, y esta vez las lágrimas brotaron con más fuerza, surcando sus mejillas en líneas que brillaban a la luz del fuego.

Esperó el veredicto de Thomas. No esperaba piedad, pero necesitaba saber, al menos, si podría irse a la cama esta noche y abrazar a su hijo sin miedo.

Él caminó hacia la ventana y se quedó mirando la tormenta. Ella no podía verle la cara, pero conocía la figura de un hombre que intenta encontrar un camino a seguir cuando todas las sendas están bloqueadas. El despacho parecía contener el aliento.

—Ha traído el peligro a mi casa.

Su voz era baja, pero no era una amenaza.

Connie no se inmutó. Mantuvo la cabeza alta, con la mandíbula apretada en el mismo ángulo obstinado que él recordaba del primer día. El agua goteaba de su pelo y se encharcaba en su dobladillo, dejando un rastro negro sobre las losas.

—He traído a un niño bajo su techo —dijo ella. Sus manos temblaban a los costados, luego se detuvieron, cerrando los dedos en puños—. Era eso, o verlo morir de hambre en la calle, o trabajar para una banda. Hice lo necesario.

Thomas se giró entonces, lo suficiente para verla de perfil. Su postura era militar, cada vértebra alineada, cada músculo en tensión. Estaba casi hermosa, de la misma forma en que las cicatrices recientes podían ser hermosas. Limpia y sin arrepentimiento.

Sus ojos centellearon. Las palabras parecían extraer fuerza de su miseria, no disminuirla. Él vio, por primera vez, la profundidad de su miedo. No por ella misma, sino por el niño que dormía arriba. La luz del fuego captó las lágrimas que aún se aferraban a sus pestañas; brillaban como esquirlas, pero no caían.

—Si debe castigarme —dijo ella—, cástigueme. Pero volvería a hacerlo. Reduciría el mundo a cenizas para mantenerlo a salvo.

Sus manos se tensaron, con los nudillos blancos. —¿No lo haría usted, si tuviera un hijo propio?

La pregunta fue lanzada como una herida, y dio en el blanco.

Thomas se tambaleó. Tan solo una fracción, solo el cambio de peso de un pie al otro, pero fue suficiente. Las palabras lo golpearon como un martillo en el esternón; sintió que el viejo dolor se desplegaba en su pecho. Apoyó la mano en la pared, sosteniéndose contra un recuerdo que creía haber tapiado hacía mucho tiempo.

Escuchó su propia respiración, demasiado fuerte en la habitación silenciosa.

Por un momento, ninguno habló. El reloj del escritorio hacía tictac, el fuego escupía. El mundo se redujo a dos personas, separadas por la longitud de una habitación y un océano de lo que podría haber sido.

Connie lo vio. El titubeo. El aliento. No se movió, no se permitió ni el triunfo ni la lástima.

Thomas reunió los jirones de su compostura y se enderezó, sacudiendo la parte delantera de su chaleco con una mano que apenas temblaba.

—No debe salir de la casa sin escolta —dijo él, con voz nivelada pero despojada de todo excepto lo esencial—. No volverá a ir al

puente. Si la amenazan, me lo dirá de inmediato. ¿Entendido?

Ella asintió una vez.

—Y si alguien viene por el niño, me avisará directamente. No habrá más secretos.

Ella asintió de nuevo, y las líneas de su rostro se suavizaron lo justo para dejar entrar la posibilidad de la piedad.

Él dejó escapar un suspiro. —Vaya con su hijo.

Ella inclinó la cabeza, una reverencia tan leve que podría haberse confundido con el desprendimiento de una carga. Se dio la vuelta, pero cuando llegó a la puerta, él la detuvo.

—Señora White. —No lo dijo como una orden, sino como una advertencia—. Cierre su puerta con llave esta noche.

Ella miró hacia atrás, buscando en su rostro cualquier signo de malicia o seguridad. No encontró ninguno, solo el agotamiento cansado de un hombre que comprendía, al fin, que el mundo no le permitiría mantener ni el rincón más pequeño intacto.

Ella se marchó, cerrando la puerta con la misma suave rotundidad que antes.

Él se quedó donde estaba, dejando que el fuego consumiera el frío. No se movió hasta que el reloj dio las dos y la casa se sumió en su sueño más profundo.

Incluso entonces, pensó en las palabras de ella y en cómo hacían que sus propias heridas le dolieran como si acabaran de abrirse.

Pensó en niños. En risas por los pasillos y en todas las cosas que fueron prometidas, pero nunca entregadas.

Llamó a Perkins, con la palma de la mano todavía dolorida por haberse apoyado en la piedra. El mayordomo llegó en menos de un minuto, envuelto en una bata, con el pelo aplastado en una raya húmeda por un aseo apresurado. Detrás de él estaban dos hombres convocados de la vigilancia del molino: Pollard, que había luchado en Crimea y aún guardaba su equipo en una caja junto a la puerta de la cocina, y el pequeño Timms, un muchacho casi salvaje cuyo sentido del oído era mejor que el de cualquier sabueso.

Thomas no se anduvo con ceremonias. —Hay una amenaza para la casa —dijo, con la voz lo suficientemente baja como para obligar a los hombres a esforzarse por escuchar—. Miembros de una banda de

Londres para saldar una cuenta; dos en el puente, otro puede estar en el bosque.

Perkins miró al suelo, como si buscara las huellas de la noticia. Los ojos de Pollard se dirigieron a la vieja pistola que Thomas llevaba al cinto.

—Patrullaréis el perímetro de la finca, desde el camino principal hasta la carretera del molino. Cualquier hombre que se acerque debe ser interrogado. Cualquiera que no pueda identificarse debe ser retenido a punta de pistola hasta que yo llegue.

Thomas sacó la pistola y se la entregó a Pollard. —Si huyen, haced un disparo de advertencia. Si continúan, disparad a herir.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Thomas se hundió en su silla. Sus dedos recorrieron los desgastados brazos de cuero donde su esposa una vez apoyó las manos. —Hubo un niño, una vez — susurró a las sombras.

Pasaron las horas de la madrugada. En el ático, Connie yacía acurrucada junto a la figura dormida de Jack, contando sus respiraciones.

Al otro lado de la casa, Thomas permanecía ante una puerta cerrada con llave, con la frente apoyada en la madera. Dos almas, despiertas en la oscuridad, cada una guardando heridas que la otra podría reconocer, si tan solo se atrevieran a pronunciarlas en voz alta.

CAPÍTULO DOCE



Connie se armó de valor a las puertas del comedor del servicio, con el corazón martilleándole en la base de la garganta. A través de la puerta oía el arrastrar de las sillas, el tintineo de la loza y, por encima de todo, el frágil parloteo del personal antes de las primeras tareas del día. Aquellas mañanas tenían un ritmo propio; eran tan predecibles que ella había memorizado cada compás y cada pausa en su mente. Pero hoy, esa regularidad se había hecho añicos. Lo sintió antes de entrar: una tensión en el aire que vibraba a través del pomo de la puerta y le entumecía la mano.

En el interior, la conversación se detuvo. No fue un silencio gradual, sino una interrupción brusca, como si su llegada hubiera succionado todo el aire de la estancia. Todos los rostros se giraron: las ayudantes de cocina se quedaron quietas con los tenedores suspendidos, el lacayo se enderezó en mitad de su postura indolente e incluso el gato, que solía dormir bajo los fogones, entornó un párpado y prefirió seguir descansando.

La señora Briggs estaba de pie a la cabecera de la larga mesa, con una línea negra recorriendo el centro de sus faldas, tan severa como una vestidura sacerdotal. No se dignó a mirar a Connie; se limitó a señalar con un gesto de la muñeca las gachas de avena y espetó: —Llegas tarde, señora White. Las palabras cayeron afiladas como el pedernal.

Connie se deslizó en su asiento habitual, plenamente consciente del leve desplazamiento de los que estaban a sus lados al alejarse, apenas un milímetro, lo justo para señalar su nueva posición entre ellos. Alargó la mano hacia el cazo, manteniendo el pulso firme solo por pura fuerza de voluntad. Al servirse, el puré rompió el silencio con un sonoro chapoteo, y alguien en el extremo opuesto resopló.

El silencio duró un instante más antes de que comenzaran de nuevo los susurros, esta vez en un tono lo bastante bajo como para evitar una reprimenda. La joven fregona de rostro redondo como la luna lanzó una mirada a Connie, le dio un codazo a su vecina y gesticuló algo que Connie pudo leer en sus labios incluso a tres metros de distancia: —Es ella, la de anoche. Los ojos de la otra chica se agrandaron en una expresión de sorpresa teatral, y Connie reconoció aquella parodia del miedo, la forma en que cada historia cobraba fuerza y se distorsionaba al ser contada de nuevo.

La señora Briggs se aclaró la garganta para imponer orden y comenzó la letanía matutina de tareas. —Perkins, harás el inventario de la bodega antes del segundo correo. Marsh, empieza a fregar el cobre en cuanto termine el desayuno. Señora White... —aquí hizo una pausa lo bastante larga como para atraer todas las miradas hacia el lugar de Connie al final de la mesa— limpiarás los establos. Todos ellos. También las letrinas del servicio. Infórmame cuando hayas terminado.

Annie, que solía ser la primera en saltar para defender a cualquiera a quien la señora Briggs acosara, mantuvo la mirada clavada en su propio cuenco, con la mandíbula tan apretada que podría haber roto una nuez. Connie sintió una punzada de gratitud o de abandono, no sabría decirlo.

El lacayo, envalentonado por la aprobación general, murmuró: —No te quedes dormida ahí fuera, señorita, no sea que el señor tenga que traerte en brazos a casa otra vez. Otra oleada de regocijo recorrió la mesa. Connie mantuvo los ojos fijos en las gachas, hundió la cuchara y se la llevó a los labios con movimientos comedidos y mecánicos.

La comida se le atascaba en la garganta. Cada bocado le resultaba como si estuviera tragando grava por un conducto

estrecho.

Logró tomar dos cucharadas antes de que las manos empezaran a temblarle. Soltó la cuchara, se dobló la servilleta sobre el regazo y se obligó a no mirar a nadie a los ojos. Pero la atención de la sala era algo físico, una red invisible que presionaba su piel hasta que sus mejillas se encendieron y el pulso le martilleó en las muñecas.

Bajo la mesa, hubo un movimiento. La mano de Annie deslizó subrepticiamente un panecillo extra en el regazo de Connie. Una pequeña y secreta muestra de bondad. Connie logró asentir en agradecimiento, sin atreverse a confiar en su voz.

La señora Briggs recorrió la estancia con la mirada y luego dejó su café con un golpe seco que exigía atención. —Que esta mañana sirva de recordatorio —dijo, con la voz proyectada para llegar a cada rincón del comedor—. La reputación de la casa está en manos del servicio. Cualquier comportamiento que dé una mala imagen tendrá consecuencias. ¿Ha quedado claro?

Un coro de «Sí, señora», sumisos y casi musicales, respondió al unísono.

Esta vez Briggs miró directamente a Connie, con un desafío evidente. —Algunos olvidan quiénes son, o su posición. Pero las paredes lo recuerdan todo. Torció el gesto, como si el sabor de la disciplina le resultara placentero.

Connie sintió que el panecillo se convertía en piedra en su puño.

El desayuno terminó con un ajetreo de bancos que se arrastraban y gente que se levantaba a la vez. Las chicas se movían en grupos, e incluso los hombres se emparejaban, hablando en tonos bajos. Connie se dirigió a la puerta, con cuidado de no caminar ni demasiado rápido ni demasiado lento, calibrando cada paso para evitar llamar más la atención.

Al pasar al estrecho lavadero, Annie la alcanzó, cargando un cubo y fingiendo estar ocupada. Se mantuvo de espaldas al comedor principal y le susurró con vehemencia: —Dicen que le has echado el ojo al señor. La señora Briggs cree que lo planeaste todo.

Connie cerró los ojos, sintiendo una vergüenza tan ardiente como los fogones de la cocina. —¿Qué se supone que debo decir? Vio el estado en el que me encontraba y me trajo dentro, eso es todo.

Annie se encogió de hombros, juguetando con el asa del cubo por el nerviosismo. —Da igual. Ya sabes cómo funciona esto. Una vez que a la Briggs se le mete algo en la cabeza, va a misa. Y los demás... —señaló con la barbilla hacia las dependencias del servicio —, están ávidos de cualquier historia que no sea la suya propia.

Connie se llevó la mano a la frente; sus dedos estaban gélidos al contacto. —Nunca fue así. Preferiría tragar cristales.

—Yo lo sé. Pero los hombres lo vieron. Y si el señor se tomó su tiempo para... —la voz de Annie se apagó hasta quedar en nada.

Connie sacudió la cabeza. —Solo hizo lo que era correcto. Me salvó la vida, nada más.

—Para ellos no es así. Annie dejó el cubo en el suelo y luego agarró el brazo de Connie, apretando justo por encima del moratón de la noche anterior—. Tienes que mantener la cabeza baja. Haz tu trabajo. No les des motivos para hablar.

Connie cubrió la mano de Annie con la suya, agradecida por el calor y por aquella inusual sinceridad.

El momento pasó; Annie retiró la mano con los hombros tensos. —Te traeré té más tarde. Cuando nadie mire.

Connie la vio marcharse y luego miró hacia la estrecha ventana sobre los fregaderos, donde el sol luchaba por atravesar la suciedad y la escarcha. Proyectaba un débil cuadrado de luz sobre las losas, iluminando el camino que debía seguir.

Cogió la fregona y el cubo, se preparó contra el frío de la mañana y salió al patio. Cada paso era una declaración: seguía allí, seguía trabajando, seguía siendo ella misma.

Estaba decidida a que solo vieran su espalda, nunca su rostro. Aunque las mejillas le ardieran todo el tiempo.

Después de sus tareas, Connie preparó el equipaje con la disciplina de un soldado: rápido, en silencio y con eficiencia. Lo había hecho tantas veces en el último año que le salía de forma natural. Sus manos encontraban las costuras del baúl, los lugares secretos donde meter una muda limpia, el plegado preciso de los abrigos para que ocuparan el mínimo espacio y salieran solo un poco más arrugados de lo que entraron. Colocó los calcetines de Jack

encima, a rayas y raídos, el izquierdo remendado tantas veces que las puntadas tenían su propia personalidad. Pasó la mano sobre ellos, luego sobre la manta azul descolorida que a él tanto le gustaba, e intentó no pensar en lo poco que había que empaquetar en comparación con la última vez.

En el desván, la luz era escasa. La escarcha bordeaba los cristales de la única ventana y el aire del interior gélido le entumecía las manos cada vez que alargaba el brazo. Se dedicó a sus asuntos con sigilo, con los oídos atentos a cualquier paso en la escalera. No habría advertencia si subía alguien del servicio. La señora Briggs parecía capaz de levitar cuando quería, y Annie, a pesar de su amabilidad, nunca llamaba más de una vez. Pero no era al servicio a quien Connie temía. Era el recuerdo del hombre del puente, y de las otras manos, aún invisibles, que podrían arrebatarle a su hijo si dudaba.

La voz de Jack la sorprendió en mitad de un doblado, aguda y sobresaltada. —¿Por qué estás haciendo el equipaje, mamá?

Se dio la vuelta, bloqueando el baúl por instinto. Jack aguardaba en el umbral, con el pelo húmedo y las mejillas escarlata por haber corrido, trayendo el frío pegado a su aliento.

—Nos marchamos —dijo Connie, manteniendo el tono tan ligero como pudo—. Hemos abusado de la hospitalidad.

El rostro de Jack se descompuso. —Pero si he hecho todas mis tareas. El señor Perkins ha dicho que he sido de ayuda.

—Y lo has sido —dijo Connie. Salió de detrás del baúl y se agachó a su altura—. Siempre lo eres. No es por eso.

Él bajó la mirada, encogiendo los dedos de los pies sobre el suelo frío. —¿Es porque me porté mal en la iglesia?

—Nunca. Connie alargó la mano para apartarle el pelo de la frente, con los dedos temblándole un poco—. Es solo que... es hora, eso es todo. A veces no podemos decidir estas cosas.

Jack la miró con el labio inferior temblando, y ella se preparó para las lágrimas o una rabieta. En cambio, la sorprendió. —Yo no quiero irme.

Ella vaciló. —Sabes por qué tenemos que hacerlo.

Él sacudió la cabeza con fuerza. —No, no lo sé. Aquí estamos seguros —. Señaló la minúscula habitación, la cama con su lana áspera, el único arcón que servía de asiento y armario—. Me gusta este sitio. La cocina siempre huele bien y Annie me deja comer las cortezas del pan.

—Jack, yo... —Connie titubeó.

Él continuó, envalentonado por la desesperación. —Incluso el trabajo no es malo. El señor Perkins me enseñó a pulir los candelabros y me dio un penique por cada uno que dejé brillante. ¿Viste? Los puse en mi tarro viejo. El que me dijiste que guardara en secreto.

Connie no se atrevía a hablar. Todo el cuerpo de Jack temblaba ahora, no por el frío, sino por el esfuerzo; la voluntad de no llorar estaba grabada en cada línea de su rostro tenso.

—Es lo mejor que hemos tenido desde... —su voz se apagó al tragar saliva—. Desde antes.

Connie lo atrajo hacia sí, lo sentó en su regazo y lo rodeó con ambos brazos. Ya era demasiado grande para que lo meciera, pero se acurrucó contra ella de todos modos, como si intentara encogerse hasta volver a la edad en que las cosas eran más sencillas y ella podía protegerlo con una manta o una canción.

—No quiero que los hombres malos nos encuentren otra vez —susurró él, con la cara hundida en el hombro de su madre.

—No lo harán —afirmó ella, aunque le costó mostrar esa seguridad—. No si nos vamos antes de que se den cuenta.

—¿Y si lo hacen? —Jack se giró para mirarla con ojos intensos—. El señor los detuvo la última vez. Él es más grande que ellos, mamá. Tiene un arma.

Connie se estremeció al pensar en el estallido de la pistola en la nieve, la furia en los ojos de Thomas, la fuerza de sus manos en sus brazos. Recordó el moratón que asomaba en su muñeca, aún visible a la luz de la mañana. Lo acarició ahora, distraídamente, frotando el pulgar sobre el lugar dolorido.

—A veces es más seguro huir —dijo ella, pronunciando la vieja lección a pesar de su pesar.

—Pero a veces es mejor quedarse —replicó Jack, y por un momento ella no vio al niño, sino al hombre en el que podría convertirse algún día, si se le concediera un poco de tiempo para crecer.

Miró el baúl, a medio llenar, y luego la pequeñez de su mundo allí: la cama estrecha, el taburete bajo la ventana, el dibujo que Jack había hecho de una estrella de Navidad pegado a la pared. Vio cómo él la observaba, esperando el veredicto, ese que podía cambiar todo el rumbo de su vida.

Lentamente, con deliberación, Connie abrió el baúl. Sacó los calcetines, la manta, y los volvió a poner en su sitio. Alisó la ropa de cama, luego cogió el tarro de peniques de Jack y lo colocó con cuidado en el saliente junto a su cama.

Él la observaba, sin terminar de creérselo.

Ella lo miró y logró esbozar una sonrisa. —Esperaremos, entonces. Pero debes prometerme que tendrás cuidado. Nada de deambular cuando anochezca, nada de acercarse al muro y nunca, nunca hables con extraños en la verja.

Jack asintió, solemne como un magistrado.

Ella volvió a abrazarlo y durante un buen rato se quedaron sentados en el borde de la cama, madre e hijo abrazados como los dos últimos supervivientes de un naufragio.

Connie no sabía si estaba haciendo lo correcto. Pero, de momento, se permitió creer que los muros de aquel lugar podrían protegerlos, al menos hasta la primavera, o hasta que encontraran un ancla mejor.

Y si llegaba lo peor, lo afrontaría como siempre lo había hecho: con su hijo en brazos, dispuesta a correr, pero esperando que por una vez no tuviera que hacerlo.

Después de la cena, la casa quedó en silencio y los pasillos parecieron contener el aliento. Connie avanzaba por el corredor con un cesto de ropa equilibrado en la cadera; el sonido de sus pasos quedaba amortiguado por la alfombra roja y gris que recorría toda la longitud del ala este. Mantenía la mirada al frente y la cabeza baja, siguiendo la estricta geometría de las molduras de la pared, como si

la rectitud de su espalda pudiera evitar que los rumores la encontraran allí, en el punto de encuentro entre el día y la noche.

En el cruce junto a la biblioteca, las lámparas de gas titilaban con luz tenue, proyectando un brillo amarillento sobre el papel pintado. Se detuvo para acomodarse el cesto, esperando a que sus ojos se ajustaran a la penumbra. Entonces, con un clic casi cortés, la puerta de la biblioteca se abrió y Thomas Weaver salió al pasillo.

Se detuvo bruscamente al verla, con una mano aún agarrando el pomo de latón. Durante un largo segundo ninguno de los dos habló. Bajo la luz de las lámparas, su rostro parecía esculpido en piedra, con el gesto de la boca indescifrable, pero sus ojos pasaron de la cara de ella al cesto, y luego a sus manos, donde la pálida marca del moratón de ayer asomaba por debajo del puño.

Connie sintió el calor subirle a las mejillas, un rapto de ira ante la humillación de ser vista, pero también algo más: un alivio peligroso de que fuera él y no la señora Briggs o cualquier otro.

Estaban de pie en el estrecho pasaje, tan cerca que podrían haberse tocado de no tener cuidado. Ella se sujetó mejor al cesto, con los nudillos blancos. Él soltó el pomo de la puerta, pero no se movió para dejarla pasar.

—¿Se encuentra bien su hijo? —preguntó él, con una voz tan baja que casi se le escapa.

—Sí —ella le sostuvo la mirada, firme—. Gracias.

Él asintió y luego, como si aquel mismo asentimiento pesara más de lo debido, dio un paso atrás para dejarle paso. Al avanzar, ella tuvo que inclinar el cesto para no rozarle el pecho; en ese instante, percibió el tenue aroma a tabaco de pipa y almidón, el olor particular de la biblioteca donde él pasaba sus noches.

Siguió caminando, negándose a mirar atrás, pero sintió la gravedad de su presencia hasta que dobló la siguiente esquina.

En el desván, Jack ya dormía, acurrucado en una fortaleza de mantas y bajo el resplandor de una vela de sebo. Connie dejó el cesto y se acercó a la ventana. Abrió la hoja apenas el ancho de un dedo para dejar entrar el aire frío y luego acomodó la estrella de Navidad que Jack había fabricado.

La presionó contra el cristal, alisando los bordes del papel. Fuera, la nieve reflejaba la luz de la luna y, en el cristal de la ventana, su propio rostro flotaba junto a la estrella, fantasmal y serio.

—No volveré a huir —susurró, con palabras destinadas solo a sí misma.

Acercó la vela a Jack, le acarició el pelo y contempló cómo la estrella de papel captaba el resplandor plateado y constante del mundo exterior. Se estremecía un poco cada vez que el viento soplaba sobre el valle, pero no se caía.

CAPÍTULO TRECE



En el patio de la fábrica, el día comenzó con un sonido tan antiguo como el valle: el rugido y el gruñido del motor principal, el tintineo de las cadenas en el frío y los gritos de los hombres que amontonaban fardos de tela en los carros de hierro. El cielo era un bloque sólido de peltre, el sol era más un rumor que una realidad, y hasta las gallinas que hurgaban entre el aguanieve parecían haber perdido la esperanza de que la primavera regresara alguna vez. Thomas estaba al borde del patio, con el cuello del abrigo subido, cotejando el inventario con la hoja de recuento como si el futuro pudiera estar escrito en los números.

El capataz lo encontró antes de que transcurriera la primera hora. No el habitual de palabras melosas, sino el veterano, el que se había enfrentado a diez asaltos contra el mundo y no había perdido ni un solo diente por ello. Se acercó con premura, gorra en mano, con los ojos moviéndose hacia las sombras de detrás de los cobertizos.

—Con perdón, señor —comenzó, en voz baja—. Se comenta algo en el pueblo. Unos hombres preguntan por usted. O más bien por los nuevos de la casa.

Thomas no levantó la vista de la página, pero su pluma se detuvo, suspendida en pleno acto de corrección.

—¿Nombres? —dijo.

—No, señor. No exactamente. Pero han dicho que buscaban a una viuda, la señora White. Llevaba a un niño con ella. Preguntan por todas partes.

Una ráfaga de viento barrió el patio, agitando el hedor a aceite y tinte. Thomas dejó la hoja de recuento y clavó en el hombre una mirada que habría podido congelar el río por completo.

—¿Quién te ha dicho esto?

—El muchacho del administrador de correos, señor. Y Perkins se enteró de algo en la taberna. Pensamos que querría saberlo.

Thomas asimiló la noticia en silencio. Un destello de cálculo cruzó su rostro y su mandíbula se tensó una, dos veces. Se volvió para recorrer el patio con la mirada, como si esperara ver los problemas manifestarse allí mismo, en las filas de aprendices intimidados o en los lomos encorvados de los fardos. Sin embargo, solo vio a los sospechosos habituales: demacrados y agotados por el trabajo, con los rostros contraídos por el frío.

—Di a Perkins que duplique la guardia en la puerta inferior —dijo Thomas—. Que nadie entre en la casa ni en los terrenos sin mi permiso, a menos que haya sido registrado. Tú mismo te encargarás del siguiente turno.

El capataz asintió con un gesto sombrío en la boca. No hizo preguntas; los hombres de su clase habían aprendido cuándo debían morderse la lengua.

—Muy bien, señor —respondió, dándose ya la vuelta para marcharse.

—Espera.

El hombre se detuvo a medio paso.

—Si esos hombres vienen a la fábrica, deja que hablen. Averigua sus nombres si puedes, pero no los hostigues. Si preguntan por la señora White o por el niño, di únicamente que se marcharon el mes pasado. Sé convincente.

Los labios del capataz se crisparon. —Entendido.

Thomas buscó en su abrigo y sacó un pequeño estuche maltratado. De él extrajo una moneda de plata, suficiente para comprar silencio durante quince días, y la presionó en la palma de la mano del hombre.

El hombre miró la moneda, luego a Thomas, y se la guardó sin aspavientos. —Por supuesto, señor.

Se alejó, con las botas crujiendo sobre la frágil costra de nieve y la cabeza gacha contra el viento.

Thomas lo vio marchar. El patio parecía más vacío ahora, como si cada voz y movimiento hubieran sido succionados por las entrañas giratorias de la fábrica. Miró hacia el cielo. Un gris ininterrumpido, una amenaza en cada nube, y sintió el viejo y familiar escalofrío de pavor en la nuca. Nunca eran suficientes las precauciones. El mundo siempre encontraba la forma de hallar las grietas, de filtrarse y pudrir las cosas desde el interior.

Cruzó el patio a grandes zancadas hacia las caballerizas, donde merodeaban dos de los operarios más fuertes de la fábrica, empujándose mutuamente con la violencia ociosa de los hombres que están en horas de trabajo. Se enderezaron a su llegada, con ojos cautelosos.

—Tú —dijo Thomas, señalando al más alto—. Almuerza temprano. Después, tú y Fowler patrullaréis el camino entre aquí y los campos inferiores. Quiero ojos en cada carromato y caballo. Si veis a extraños, no intervengáis. Limitaos a informar.

Los hombres asintieron, sobrios por una vez. Sabían leer el peligro tan bien como cualquier sabueso.

Thomas los despidió con un movimiento de dedos. Se quedó un momento más, con la mirada vagando sobre el muro de piedra que rodeaba la propiedad, y luego hacia la casa principal, donde las ventanas brillaban como faros distantes en la penumbra.

Se le esperaba allí, pero se demoró en el borde del patio, con las manos apretadas a la espalda. Pensó en Connie, y en el niño, y en cómo hasta la más pequeña muestra de amabilidad parecía resonar con consecuencias que aún no podía nombrar. Intentó imaginar a los hombres que vendrían, intentó ver sus rostros, pero solo conjuró sombras, con bocas afiladas como navajas.

Tensó los hombros. Soltó un suspiro y vio cómo se convertía en una columna de vapor que se desvanecía. Luego giró sobre sus talones, con las botas golpeando la grava, y se dirigió de vuelta a la casa, mientras el cielo se cerraba sobre él a cada paso.

Para cuando llegó a los escalones de la entrada, una luz blanca y dura había empezado a caer, seca y granular, salpicando su abrigo y el rellano con finos granos. Se detuvo allí, dejando que el frío se asentara en su piel hasta que se le entumecieron los dedos y se le despejó la mente.

Entonces abrió la puerta y entró, dejando fuera al mundo con un sonido similar al cierre de una tumba.

Más tarde ese día, mientras empezaba a caer la primera nieve de verdad, una criada encontró a Connie en el fregadero, con las muñecas sumergidas en un lebrillo de agua negra por la grasa. —El señor la llama —dijo, con unas palabras tan definitivas como una citación al patíbulo.

Connie se secó las manos en el delantal y siguió a la muchacha por la escalera de servicio, cada escalón era un nuevo ensayo para la entrevista que se avecinaba. Intentó componer su rostro en el cristal de la trampilla de servicio, pero la tensión se notaba de todos modos: la rigidez de su mandíbula, la forma en que encogía los hombros como si esperara un golpe.

Esperó ante la puerta del despacho, contando los latidos del corazón, hasta que Perkins apareció para hacerla pasar. Mantuvo el rostro neutral, pero su mirada, aguda y evaluadora, traicionó un destello de simpatía.

—Gracias, señor Perkins —dijo Connie, con voz firme, pero el mayordomo ya se había ido, cumplido su deber.

El despacho era una cueva de sombras, iluminada solo por un pequeño fuego de carbón que chisporroteaba en la rejilla. Las paredes estaban forradas de libros encuadernados en cuero oscuro y desgastado, y el aire conservaba el fantasma del tabaco. Thomas estaba junto a la ventana, de espaldas a la habitación, con una mano apoyada en el borde del alféizar. La nieve se pegaba a sus hombros, un polvo blanco que se convertía lentamente en agua y desaparecía en la lana.

Se volvió cuando la puerta se cerró con un clic, fijando sus ojos en ella con un peso que la dejó clavada en el umbral. Durante un momento, solo la miró, analizando quizá la forma de su miedo o decidiendo la mejor manera de empezar.

—Ha traído usted problemas a mi casa —dijo por fin, con tono monocorde pero no desagradable.

Connie se preparó. —Lo sé. Lo siento.

Él dejó la ventana, cruzando hacia el escritorio en tres largas zancadas. —¿Lo sabe de veras? Ha habido hombres en la oficina de correos. En las tabernas. En la iglesia. Preguntando por usted por su nombre.

Ella no dijo nada, con los dedos retorciéndose en la tela de su delantal. Abrió los labios y luego volvió a apretarlos. Se obligó a sostenerle la mirada y vio en ella un reflejo de su propio terror, destilado, pero no mitigado.

—Me marcharé —dijo ella con voz débil—. Si es más seguro.

—No —dijo él, tan rápido que ella casi no pudo creerlo—. La seguirán, o peor aún, esperarán el momento oportuno. Está más segura aquí, donde puedo vigilarla.

Ella soltó un suspiro. —¿Y Jack?

Él frunció el ceño. —Él también se quedará. Pero debe comprenderlo: esto no es caridad. No puedo permitir un escándalo. Ni puedo arriesgar la seguridad de esta casa por una cuestión sentimental.

—No se lo he pedido —dijo Connie, soltando las palabras antes de poder retractarse.

La boca de Thomas se contrajo, sin llegar a ser una sonrisa. —La creo.

Ella sintió el impulso de discutir, de insistir en su propia autosuficiencia, pero la futilidad de hacerlo era evidente. Bajó la mirada a la alfombra, cuyo dibujo estaba desgastado hasta el hilo por décadas de pasos ansiosos.

—Hablaré con los hombres que han venido a buscarla. Ganaré tiempo, si puedo. Pero no confunda esto con el perdón. Si trae más problemas... —Se detuvo, como si la forma de la amenaza fuera demasiado fea para nombrarla. Dejó que el silencio llenara el espacio entre ellos.

Finalmente, volvió a hablar, más bajo. —¿Tiene algo que decirme?

Ella sacudió la cabeza al principio, pero luego vaciló. —Solo que le estoy agradecida.

Él gruñó. —No lo esté. Puede que llegue a arrepentirme.

Se apartó de ella, caminando hacia el fuego, donde atizó las brasas con el atizador. Las llamas saltaron, iluminando su rostro con destellos: los ángulos de los pómulos, los ojos hundidos. Parecía, en ese momento, exactamente el hombre al que ella había temido a su llegada. Distante, inamovible, tallado en algo más duro que la piedra.

Pero cuando habló, su voz había perdido la aspereza.

—Puede irse —dijo, sin mirarla.

Ella se dio la vuelta para marcharse, con la mano ya en el picaporte, pero algo la mantuvo en el sitio.

—Señor... —dijo, y esperó hasta que él se volvió a medias.

—Si vienen a por mí, deje que me lleven; lo entenderé.

Él la miró fijamente, con el atizador quieto en la mano.

—No tengo intención de perder a más gente a causa del invierno —dijo, en voz baja—. Y menos a usted.

Connie se dio cuenta de que no tenía respuesta. Cruzó la puerta y la cerró tras de sí.

En el pasillo, el calor del despacho ya parecía un recuerdo lejano. Se apoyó contra la pared, con los ojos cerrados, obligándose a no temblar. El cielo afuera se había vuelto aún más oscuro; el mundo era una campana de cristal y la nieve presionaba contra ella desde todos los lados.

No se marcharía, todavía no.

Esa noche, después de la cena, la casa se volvió aún más silenciosa, si es que eso era posible. La tormenta había perdido su furia, resignándose a una caída constante y susurrante que suavizaba cada borde y amortiguaba cada sonido. El personal de servicio se había retirado a su estancia, donde Annie se las había ingeniado para organizar una partida de taba para Jack y las criadas más jóvenes. Connie se demoró en el pasillo, ordenando botas y guantes sueltos, retrasando el largo camino hasta el ático.

Estaba a mitad de la escalera principal cuando lo oyó: un estrépito, la voz aguda de su hijo y un estallido de risas que cruzó el silencio como una vela en una cripta. Aceleró el paso, rodeando el poste de la escalera justo a tiempo para ver a Jack, con las mejillas encendidas y el pelo revuelto, pasar corriendo frente al guardarropa con una tira de papel apretada en el puño.

—¡Jack! —llamó, pero él ya estaba ante la puerta del despacho, golpeando con un ritmo frenético la madera antes de irrumpir en el interior.

Connie lo siguió a toda prisa, con el pulso en la garganta, y se detuvo en el umbral.

Thomas estaba sentado en su lugar habitual, a contraluz del fuego, con una pierna cruzada sobre la otra con precisión militar. Sus ojos, indescifrables en la luz cambiante, siguieron a Jack mientras el niño frenaba en seco frente al hogar.

—¡Mira lo que he hecho! —anunció Jack, alzando el objeto en el aire. Era una estrella de cinco puntas, recortada de las páginas de un almanaque desechado y unida con hilo de algodón. El centro era un garabato de lápiz, un sol de grafito brillante.

El instinto de Connie fue mandarlo callar, apartarlo antes de que llamara más la atención, pero era demasiado tarde. Jack permanecía allí plantado, con el brazo en alto, con la mirada fija en Thomas.

Por un momento, no pasó nada.

Entonces Thomas se levantó, despacio, y se acercó. No sonrió, pero tampoco frunció el ceño. Se detuvo ante Jack, inclinándose lo justo para quedar a su altura. El fuego proyectaba luz desde abajo, acentuando los huesos de su rostro, y Connie contuvo el aliento, esperando la reprimenda.

En su lugar, Thomas alargó la mano, tomó la estrella entre dos dedos y la examinó.

Jack lo observaba con la solemnidad reservada a los muy pequeños. Thomas dio la vuelta a la estrella, recorriendo las puntadas con el pulgar, y luego miró a Jack.

—Está bien hecha —dijo, con la voz tan baja que solo Jack y Connie habrían podido oírla.

Jack resplandeció. —Annie me enseñó cómo hacerlo. Dice que todas las casas necesitan una estrella por Navidad.

La mano de Thomas se quedó quieta sobre el papel. Por un instante, Connie creyó notar un leve temblor en su postura, un recuerdo cruzando por detrás de sus ojos.

Él se enderezó y, de repente, caminó hacia la repisa de la chimenea. Por un momento terrible, Connie pensó que la creación de Jack acabaría en el fuego. Pero Thomas miró el reloj, consideró el espacio vacío sobre él y colocó la estrella en lo alto del estante, apoyándola contra el candelabro de latón.

Esta vibró un poco, atrapada por la corriente ascendente del fuego, pero no se cayó.

Jack se volvió hacia su madre, con el triunfo escrito en todo el rostro. —¿Ves, mamá? Ahora ya es Navidad.

Connie rió, un sonido que salió a medias, como un sollozo. Entró apresuradamente en la habitación, acarició el cabello de Jack con la palma de la mano y le besó la coronilla.

Detrás de ellos, Thomas observaba. Su expresión no había cambiado, pero los ángulos de su cuerpo parecían menos marcados. Regresó a su sillón, acomodándose como si la pequeña ceremonia lo hubiera fatigado.

El momento se interrumpió con la llegada de la señora Briggs, que entró portando el té de la tarde en una bandeja de plata. Se detuvo en el umbral, con los ojos clavados en la estrella de la repisa, y durante un latido su boca se abrió en señal de protesta.

Thomas interceptó su mirada y, con un solo gesto, dejó claro que el asunto estaba cerrado.

La señora Briggs dejó la bandeja y se retiró, con el eco de su asombro flotando en el silencio.

Jack se acercó al hogar, arrodillándose ante las brasas, con la estrella reflejada en sus ojos.

Connie permaneció de pie tras él, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho, y se permitió sentirse a salvo, solo por esta noche. La habitación estaba caldeada, su hijo estaba bien y, sobre la repisa, la estrella de papel parpadeaba a la luz del fuego, un talismán contra el mundo exterior.

Thomas sirvió una taza de té, se la entregó a Connie sin mediar palabra y luego se sirvió una para él. Durante un rato, los únicos sonidos fueron el crepitar del fuego y el susurro de la nieve al caer contra la ventana.

No era paz exactamente. Pero era algo lo bastante parecido como para darle esperanza.

En el cristal sobre el fuego, tres rostros flotaban: el del señor, la de la sirvienta y el del niño. Por un instante, casi parecían una familia, de esas que podrían haber soportado juntas una docena de inviernos y aun así encontrarían luz que compartir.

Connie sabía que no debía fiarse de tales visiones. Pero se permitió demorarse en el reflejo, con la estrella brillando constante sobre ellos, y escuchó el tarareo suave de su hijo mientras la oscuridad se hacía más profunda en el exterior.

La tormenta volvería. Los hombres, las deudas que la acechaban, los secretos de la casa; nada de eso se había desvanecido. Pero esta noche había una estrella y un fuego, y mientras la llama resistiera, ella no huiría.

CAPÍTULO CATORCE



Connie apoyó la cadera contra el dintel de la cocina, con las manos fuertemente apretadas alrededor de una taza que ya se había enfriado. El alba, cuando por fin hizo acto de presencia, resultó anémica, una tenue aguada de rosa y peltre sobre el patio cubierto de escarcha. El mundo exterior todavía pertenecía al invierno: el seto de aligustre erizado de carámbanos que ningún sol de mediodía derretiría jamás.

A través del cristal, observó a su hijo avanzar con tiento por el camino de losas, mientras el aire gélido teñía su aliento de un azul insistente. Incluso a esa hora se movía como un animal recién liberado de una jaula, entre la cautela y el ansia por el espacio abierto.

Jack se agachó y comenzó su cosecha: ramitas, de abedul y serbal en su mayoría, prefiriendo las más delgadas que encontraba. Las partía con deliberado cuidado, golpeando los trozos contra el tacón de su bota para comprobar si estaban podridas y quitando después la corteza a cada una con pequeños y expertos mordiscos de la uña del pulgar. Ella admiraba la economía de sus movimientos, la forma pulcra y obsesiva en que formaba su fardo. Otros chicos habrían escenificado una batalla o construido una fortaleza. Su Jack construía orden, incluso a partir de los desechos.

Desde su ángulo, podía ver el rastro que había dejado; cada huella de bota era nítida, sin vacilaciones ni retrocesos. Una punzada de orgullo la atravesó, seguida rápidamente por el latido más familiar del pavor: lo había entrenado para ser un superviviente, pero nunca se había permitido que fuera un niño.

Una sombra se movió tras el ventanal del despacho. Thomas Weaver, ya con su gabán puesto, emergió a la gélida mañana. Se detuvo en el escalón, inspeccionando los terrenos con un aire de perpetua decepción, y luego recorrió el perímetro con una mano tras la espalda y la otra rozando la parte superior del seto al pasar. A lo lejos, parecía la talla del mascarón de proa de su dominio, dispuesto a hendir la tormenta antes que rendirse a ella.

Jack debió de oír la puerta: se dio la vuelta, con el fardo apretado contra el pecho, e interceptó a Thomas en el recodo junto al ahumadero. Connie perdió el hilo de su conversación. Dudaba que intercambiaran más de un puñado de palabras, pero vio cómo se desarrollaba la coreografía. Jack, con la barbilla en alto, presentó su fardo. Thomas, con la cabeza ladeada, pareció inspeccionar la ofrenda como si fuera un billete sospechoso. Durante un instante, ambos permanecieron inmóviles: el niño esperando, el hombre sopesando algo invisible.

Entonces Jack extendió las ramitas con ambos brazos, como si fueran las últimas migajas de pan en una hambruna.

—Para que la casa se mantenga caliente —oyó ella, amortiguado a través del cristal pero inconfundible.

Los dedos de Thomas se movieron espasmódicamente alrededor del fardo, y su respuesta no fue la réplica cortante que ella esperaba, sino un sencillo y sobresaltado: —Gracias, joven. Las palabras parecieron sorprenderle incluso a él; se detuvo, mirando a Jack como si viera el rostro del niño por primera vez, pero luego reaccionó y volvió a su ronda.

Jack, con el permiso concedido, regresó correteando hacia la casa, con un rubor en las mejillas que superaba la temperatura exterior en diez grados. Connie abandonó su puesto y lo recibió en el cuarto de las botas, despeinándole el cabello con una mano todavía entumecida por la noche anterior. Él le dedicó una radiante

sonrisa y pasó a su lado como un rayo hacia la cocina, donde le sonsacaría una taza de agua caliente a Annie antes de que el resto del servicio se presentara.

Connie vio marchar al niño y luego volvió a mirar afuera, buscando la figura de Thomas que se alejaba. Había llegado a la vieja fuente, una reliquia situada en el corazón del patio, colmada de nieve y musgo. Ahora podía verlo con claridad: el cabello descuidado, los labios apretados en su línea habitual. Estaba estudiando el borde del patio, el muro derruido donde los últimos árboles se encontraban con el campo. Incluso estando solo, mantenía la espalda tan rígida que parecía estar soldada. Como si el propio día exigiera un adversario y él hubiera sido convocado para dar la cara por todos ellos.

Se ajustó el chal y salió al patio, con las botas crujiendo sobre la nieve. Cada bocanada de aire dolía; era un ambiente tan seco que le raspaba los pulmones. Se armó de valor para acercarse, ensayando el agradecimiento que le debía, las frases que había decidido en la oscuridad mientras Jack dormía.

Él la vio acercarse, pero no se movió para acortar la distancia. Ella caminó hasta él y se detuvo a un paso, lo bastante cerca para distinguir la barba de un día en su mandíbula y la escarcha posándose en las pestañas sobre aquellos ojos lobunos.

—Gracias —dijo ella con la voz más quebradiza de lo que pretendía—. Por mantenernos a salvo.

Él no la miró, solo se encogió más dentro de su abrigo. —Cualquiera habría hecho lo mismo.

Ella se permitió una pequeña sonrisa de incredulidad. —¿De veras?

Él finalmente sostuvo su mirada; el azul de sus iris era tan frío y puro como un río durante el deshielo. —No es nada —dijo, pero la protesta murió en su lengua. Su mirada se desvió más allá de ella, hacia el campo, como si midiera el ángulo del próximo desastre—. No me debe nada por ser un empleador decente.

Connie ladeó la cabeza, evaluándolo. Un tono burlón se filtró en su voz, sin haberlo planeado. —Tal vez tenga razón.

Por un momento, él quedó atrapado en la brecha entre lo que sentía y lo que jamás se permitiría admitir. Ella lo vio: el leve rubor en el cuello, el cambio casi imperceptible de peso de un pie a otro, todo un diálogo representado en el arco de su ceja.

Antes de que pudiera responder, la puerta de la cocina se abrió de golpe. La silueta de la señora Briggs ocupó el marco, con la barbilla alta y los brazos cruzados.

—¡Señor! —llamó, con su acento cortando el saludo en mil pedazos—. Hay un asunto con la lencería. La señora White ha estado usando los paños nuevos, no los de servicio. No nos quedará nada para los invitados cuando llegue el jueves.

Connie se tragó una maldición y entrelazó las manos; las puntas de sus dedos se habían quedado blancas.

La postura de Thomas cambió: enderezó la columna y apretó la mandíbula. —Hay cosas que no es necesario comunicar, señora Briggs —respondió, con un tono más suave de lo que habría sido habitual—. Yo autoricé el uso de la lencería nueva durante el frío. Asegúrate de que el personal esté cómodo. Yo me haré responsable del pedido.

Los labios de Briggs se afinaron como una cuchilla. —Si usted lo dice, señor. Pero el gasto...

Él la interrumpió con una sola mirada. —No estamos necesitados. Encárgate de ello, señora Briggs.

Ella se retiró con pasos medidos y exactos, dejando un silencio entre Connie y Thomas aún más profundo que antes.

Ninguno de los dos habló. Por encima de ellos, un mirlo saludó al alba desde el inclinado tejado del palomar. El sonido, tan audaz en medio de la quietud, arrancó una sonrisa a Connie; miró a Thomas y vio que él también lo había notado, pues un rastro de diversión cruzó sus facciones antes de que lo borrara con un parpadeo.

—Continuaré con mi ronda —dijo él.

Ella asintió, obligándose a no dejar que su gratitud se mostrara con demasiada claridad.

Connie lo vio alejarse, mientras el crujido de sus botas se desvanecía en el silencio. Esperó, contando cada paso, hasta que oyó el clic de la puerta al cerrarse tras él.

En la repentina mudez del entorno, exhaló. La mañana apenas había comenzado y ya sentía que el día la había agotado. Pero cuando volvió a mirar hacia la casa, el rostro de Jack aparecía en la ventana, observándola con una sonrisa ladeada, con la palma de la mano pegada al cristal en un saludo silencioso.

Ella le devolvió el gesto, con los dedos extendidos, y se permitió esperar que el resto de la jornada fuera, después de todo, corriente.

Esa noche, el sueño la esquivó. El viento que había golpeado las paredes toda la semana se había ido, pero algo más frío se coló en su lugar: un silencio tan absoluto que cada crujido en las vigas, cada chasquido de la piedra al enfriarse, sonaba como un secreto susurrado. La habitación del ático era poco más que una celda, pero era su espacio, y había logrado crear una especie de reino en su interior. Un nido de mantas, una novela prestada y la respiración acompasada de Jack a pocos pies de distancia.

Se dio por vencida y encendió un cabo de vela. Casi no quedaba cera y la llama vacilaba en su propio charco, pero la colocó en el alféizar de la ventana y acercó el taburete, rodeándose las rodillas para protegerse del aire nocturno. Más allá del cristal, la nieve seguía cayendo, un tamiz constante de blanco que difuminaba el mundo como una acuarela. Cada árbol, cada dependencia, cada piedra del camino se volvía suave e impreciso, como si el propio paisaje prefiriera mantener ocultas sus intenciones.

Se quedó así mucho tiempo, con la mirada perdida, dejando que el frío la entumeciera hasta alcanzar una especie de calma. Pero entonces, hubo movimiento. No venía de los campos, donde cabría esperar un zorro o a algún borracho de la hilandería, sino más cerca, junto a la casa. Una sombra se deslizó a lo largo del establo, pegada a la pared, y se le unió otra, más ancha y menos cautelosa. Observó, con el pulso martilleando tras sus ojos, cómo las dos siluetas se dirigían al extremo más alejado del patio y se detenían, con las cabezas juntas en una apresurada conferencia.

Pegó la cara al cristal, con el aliento empañando el vidrio, y esperó a que un juego de luces las convirtiera en nada más que pájaros nocturnos o ramas a la deriva. Pero cuando una de las figuras se giró, la vio con claridad. La gorra plana, el barrido rápido y

depredador de las ventanas, la postura de un hombre que había pasado su vida huyendo de la ley.

El hombre de la cicatriz, el de Londres.

Todo su cuerpo se tensó, como si una parte de ella pudiera proteger la casa misma contra lo que se avecinaba. Se obligó a respirar, contando en silencio, viendo cómo los hombres señalaban hacia la entrada de la cocina y luego desaparecían tras el barril de agua de lluvia.

Se esforzó por oír, pero el cristal y la nieve conspiraron contra ella. Solo le llegó un hilo finísimo de sonido: —Tomaremos lo que se nos debe, de una forma u otra... de ese señorito estirado si tanto quiere protegerla.

Se quedó helada. Un escalofrío que calaba hasta los huesos, de los que ralentizan la sangre y convierten el cuerpo en un extraño para sí mismo.

Se soltó del alféizar y parpadeó con fuerza. Había apretado tanto las manos alrededor de sus rodillas que le dolían los dedos. Los obligó a abrirse y se levantó, con cuidado de no despertar a Jack. Él yacía tal como lo había dejado, envuelto en mantas, con un rubor saludable en las mejillas y una pequeña e inconsciente sonrisa en los labios. Se inclinó y dejó un beso en su frente, luego le subió más la manta.

Tenía que pensar. Necesitaba un plan, pero su mente daba vueltas inútiles. No servía de nada. No iba a dormir. Se puso la bata y salió al pasillo, con pies silenciosos sobre la fina alfombra. El resto de la casa estaba a oscuras, salvo por un tenue resplandor procedente de la cocina, abajo. Bajó las escaleras con sigilo, con la única intención de buscar el consuelo de una bebida caliente o la compañía silenciosa del viejo gato de Annie si por casualidad estaba patrullando.

Pero al enfilar el último tramo del pasillo, sus ojos se posaron en la puerta del cuarto de los niños.

Estaba al fondo, pintada de blanco y resaltada por el más fino ribete de pan de oro. Por la noche parecía casi espectral. El pomo, de porcelana pintada con flores azules, atrapó un rayo de luna y brilló, tenue y frío, en la oscuridad.

Se detuvo, con una mano en la barandilla.

Las historias sobre el cuarto de los niños eran legión entre el servicio. Algunos decían que estaba cerrado bajo llave para siempre debido a una tragedia; otros, que el señor solo iba allí en las peores noches, saliendo con el rostro más pálido que cuando había entrado. La señora Briggs había insinuado una vez, ante una botella de oporto mucho después de la hora adecuada, que la habitación se había dejado intacta desde el día en que murió el propio hijo del señor.

Connie nunca había creído en fantasmas, no de los que arrastran cadenas. Pero la visión de aquella puerta, sellada e intacta en el corazón de la casa, le hizo sentir algo parecido a la piedad.

Se acercó más, atraída por un impulso que no alcanzaba a nombrar. Los tablones del suelo eran aquí más finos, la veta de la madera más apretada y menos ruidosa, como si incluso la arquitectura conspirara para proteger la estancia de cualquier perturbación.

Extendió la mano, casi rozando el pomo, pero se detuvo. En su lugar, dejó que su palma quedara suspendida a una pulgada, como si midiera la temperatura de un recuerdo.

«No es el único al que persiguen los fantasmas», pensó. Las palabras la sorprendieron; casi soltó una carcajada.

Era cierto. Ella había construido muros alrededor de sus propias heridas, las había cerrado bajo llave, convencida de que el mundo nunca podría volver a vulnerarlas. Pero allí estaba esa casa, construida sobre la pérdida, habitada por un hombre que custodiaba su dolor con tanto celo como cualquier madre a un hijo. Se preguntó si Thomas se quedaría allí alguna vez, a altas horas de la noche, mirando fijamente la puerta y ensayando todas las formas en las que podría haber salvado lo que se perdió.

Dejó caer la mano, estremeciéndose, y recorrió el resto del pasillo con paso suave. Se permitió mirar y, por primera vez desde que llegó a aquel lugar, sintió la más pequeña y resistente semilla de esperanza.

Tal vez, pensó, los muros que los mantenían encerrados también podrían mantenerlos unidos.

Regresó al lado de Jack, le acarició el pelo y se acostó junto a él, dejando que el silencio la acunara hasta que el sueño, por fin, cedió.

CAPÍTULO QUINCE



En el frío del vestíbulo principal, el tiempo transcurría con la lúgubre dignidad de un reloj de hace siglos: preciso, indiferente y carente por completo de alegría. La rutina matutina unía al servicio; el arrastrar de las botas sobre la piedra, el golpe de una escoba, la cuidadosa recalibración del reloj de pie que dominaba la entrada.

A las siete en punto, toda la casa se reunía para la asignación diaria. La señora Briggs formaba a las tropas al pie de la escalera, sosteniendo su libro de contabilidad ante ella como si fueran las Tablas de la Ley. El personal se alineaba con puntillosidad militar: Perkins y Annie al frente, las criadas y los ayudantes de cocina detrás, en una cuidada gradación de altura y utilidad.

La atmósfera, como siempre, era de resignación, un silencio cargado del recuerdo de mañanas mejores, o quizás peores. Un silencio que se rompió como un cable cuando la puerta del despacho se abrió y Thomas Weaver salió de él.

Se detuvo una fracción de segundo en el umbral, escudriñando con cuidado al personal reunido. Todas las cabezas se inclinaron, pero no tanto como para perderse su expresión. Había algo diferente hoy, un chasquido de electricidad estática tras la apariencia de formalidad. Incluso la postura de hierro de la señora Briggs vaciló mínimamente.

Él dio un paso al frente y su voz resonó con fuerza. —He decidido —anunció— que se restablecerá el banquete de la fábrica.

Siguió un silencio breve, casi sagrado. El primer pensamiento de Connie fue que lo había oído mal. ¿El banquete de la fábrica, ese evento del que se hablaba en el mismo tono que las epidemias de cólera y la coronación del rey? ¿El banquete que, según los cálculos de todo el servicio, había muerto y sido enterrado la noche en que la señora Weaver fue enviada lejos?

Perkins, cuyos tics faciales solían limitarse a la ceja izquierda, contrajo todo el rostro en una mueca repentina y convulsiva. Los labios de Annie formaron una «O», que reprimió rápidamente para recuperar la compostura. Incluso Jack pareció percibir la gravedad del momento, apretando la mano de su madre con entusiasmo.

La señora Briggs fue la única que mantuvo la ficción del control. —¿Señor? —dijo, como si la palabra nunca antes hubiera sido pronunciada.

Thomas ignoró su tono. —Se preparará el gran salón. Los hombres de la fábrica y sus familias serán recibidos como es debido. Habrá cerveza, asado y música, si se encuentra a alguien que tenga el valor de tocarla. —Sus ojos no se apartaron del principio de la fila, pero Connie sintió la importancia de aquellas palabras.

Briggs parpadeó una vez. —No se ha hecho desde...

Él la interrumpió con un gesto que sugería que no se admitiría discusión alguna. —Desde la última vez que lo permití. Considérelo una orden, señora Briggs.

Un temblor de anticipación recorrió la fila de sirvientes. Por primera vez desde que se recordaba, Annie se arriesgó a mirar fijamente al señor, y no encontró en su rostro ira, sino algo peligrosamente cercano a la satisfacción. Las mejillas de Perkins se sonrosaron y su postura se irguió. Incluso las criadas, normalmente más preocupadas por las cintas de sus delantales que por los asuntos de los señores, intercambiaron miradas que eran mitad pánico, mitad emoción.

—Los preparativos comenzarán de inmediato —continuó Thomas, bajando la voz—. Hay que pulir la plata antigua. Los suelos deben limpiarse a fondo. Las mesas se vestirán con los manteles

adecuados. Señora White —aquí desvió la mirada hacia Connie, que se tensó—, usted se encargará de la mantelería y la decoración. El niño ayudará en lo que sea necesario.

Jack asintió enérgicamente, sin estar seguro de si aquello era un privilegio o un castigo.

La señora Briggs insistió, envalentonada por su propio sentido del deber. —¿Puedo preguntar, señor, el motivo de este resurgimiento?

Thomas hizo una pausa, como debatiendo si ofrecer una explicación o simplemente ordenarle callar. Luego, encogiéndose de hombros, dijo: —Ya es hora de que esta casa recuerde cómo dar la bienvenida a los invitados.

No hubo más explicaciones. Dio media vuelta sobre sus talones, dejando a los sirvientes suspendidos en un vacío de asombro. Solo cuando la puerta del despacho hizo clic al cerrarse, la habitación exhaló.

Briggs fue la primera en recuperarse. Cerró su libro con un golpe seco, moviendo la mandíbula como si masticara cristales. —Ya lo habéis oído. Tenemos poco tiempo para hacer que este tugurio sea digno del mismísimo Cristo. Perkins, conmigo. Annie, reúne a todo el que pueda ayudar. Marsh, trae los candelabros extra del desván y reza para que las polillas no se hayan comido lo que queda de los caminos de mesa de terciopelo. Señora White... —vaciló, entrecerrando los ojos hacia Connie como si estuviera haciendo nuevos cálculos—. Necesitarás la ayuda de Annie para los adornos. Id. Ahora.

Connie agarró a Jack por el hombro y lo guio hacia el pasillo, pero no antes de oír el torrente de especulaciones que burbujeaba a sus espaldas. El servicio no podía evitarlo; los susurros ya formaban un río que rodeaba las columnas y se remansaba en los bordes del vestíbulo.

—¿Has visto la expresión de su cara?

—No ha recibido a nadie en... bueno, nunca desde que yo estoy aquí.

—¿Crees que los invitados notarán el olor del ala sur?

—A lo mejor se está muriendo. Quizás sea su última voluntad.

Las conjeturas tenían un aire de herejía religiosa: excitadas, aterradas, desesperadas por encontrar una explicación plausible.

En el piso de arriba, Connie alcanzó a Annie en el rellano; ambas estaban sin aliento y parpadeaban ante el cambio repentino y cegador de su suerte. Annie habló primero, con una voz apenas superior a un susurro. —Nunca ha dicho ni una palabra sobre la Navidad, en todos los años que llevo aquí. Nadie recuerda la última vez que se sirvió ni siquiera una copa de jerez.

Connie se encogió de hombros, guardando sus pensamientos para sí. —Tal vez sea por los trabajadores de la fábrica.

—O tal vez —dijo Annie, deteniéndose con la mano en la barandilla— sea por alguien más.

Miró a Connie entonces, y la mirada fue demasiado directa para ser otra cosa que deliberada. Connie le sostuvo la mirada y luego la apartó, sin atreverse a confiar en su capacidad para descifrar la intención.

Detrás de ellas, la voz de la señora Briggs bramó desde el hueco de la escalera. —¡Menos charla! ¡Tú, Marsh! ¡Mueve esos huesos o mandaré a por la vara!

Los días siguientes transcurrieron en un frenesí de preparativos. El personal fregó, restregó, hirvió y pulió la casa hasta convertirla en un faro de hospitalidad. En un día, el gran salón se transformó: alfombras sacudidas, candelabros de plata alineados como soldados en la mesa, cada vaso de la casa lavado y secado hasta que relucía con la luz. La cocina se empañó con el aroma de la levadura y la grasa dorada, el tipo de olor que se aferraba a los pulmones y hacía que incluso el niño más nostálgico creyera en la magia del banquete.

La mañana llegó fría y despejada, con un cielo tan duro y brillante que parecía forjado en hielo. A las nueve, el gran salón se había convertido en el escenario de lo improbable: el renacimiento del banquete de la fábrica de los Weaver tras años de entierro. El espacio había estado privado de esplendor durante tanto tiempo que hasta el más pequeño signo de celebración parecía ilícito. El fuego de la chimenea principal no se había encendido desde el último invierno del reinado de la señora Weaver. Ahora rugía, chispeando

resina de pino y desprendiendo siglos de hollín, pintando las paredes con una luz dorada.

Connie y Annie trabajaban al unísono, con los brazos cargados de guirnaldas de cedro y pino, el pelo empolvado con restos de savia y alguna ramita de acebo. Las dos se habían apoderado del balcón superior para colgar la gran guirnalda, una soga punzante tan gruesa y verde que parecía estar viva.

—¡Cuidado! —exclamó Annie, medio riendo, mientras Connie se ponía de puntillas para encajar el extremo de la guirnalda detrás del aplique de latón—. Te engancharás la manga y te vendrás abajo. ¿Y entonces quién salvará la Navidad?

Connie se aferró a la balaustrada, con los nudillos blancos. —Primero veamos si sobrevivo a la escalera.

Jack, nombrado recadero oficial, subía brazadas de acebo desde la cocina, con la cara hecha un mapa de arañazos y orgullo. Presentaba cada rama y luego salía disparado a por la siguiente carga, planeando ya cómo esconder unas cuantas ramitas en su propia habitación al anochecer.

Abajo, la señora Briggs patrullaba el perímetro con los brazos cruzados, escudriñando los preparativos como un halcón en un granero lleno de ratones. Ladraba a los lacayos para que realinearan las mesas, ajustaba la simetría de cada cubierto y lanzaba un comentario continuo sobre los fallos tanto de los vivos como de los muertos.

—Esos son para la mesa principal —espetó, señalando una fila de saleros—. Brown, ¿has perdido el juicio? El peltre es para el extremo del servicio, no para los invitados.

Brown, que de hecho había perdido el juicio años atrás, se limitó a asentir e intercambió los saleros sin rechistar.

Annie, asomándose desde el balcón, bajó la voz a un susurro conspirador. —Parece un gato con la despensa llena. No la veía tan animada desde la última limpieza por el Jubileo de la Reina.

Connie resopló, pero mantuvo los ojos fijos en la guirnalda. Terminaron su labor y contemplaron el resultado. El salón parecía menos un mausoleo y más el escenario de un cuento de hadas de los que Jack podría haber imaginado. Ramas de hoja perenne

abrazaban cada columna, las bayas brillaban en racimos rojos y anaranjados, y por encima de todo, un bosque de velas blancas esperaba a ser encendido.

En la mesa principal, los mejores manteles de la mansión (antaño guardados bajo llave en el ajuar de la señora Weaver) se desplegaban en sábanas nítidas y perfectas. Connie y Annie trabajaron codo con codo para alisar cada arruga, con las manos moviéndose al unísono.

En el centro de la mesa, un candelabro de latón coronado con cirios de cera de abeja. Alrededor, fuentes y cristalería pulidas hasta brillar. Connie recorrió con el dedo el borde de una copa y sintió un extraño orgullo, como si ella misma hubiera conjurado toda aquella escena de la nada.

Annie, menos reverente, empezó a apilar las tarjetas con los nombres con alegre rapidez, riendo por lo bajo mientras los recitaba: —El señor Perry, que una vez confundió el salón con el retrete. La señora Hodge y sus queridos gemelos, ninguno de los cuales puede estarse quieto ni un segundo. Y... ¡ah! El señor Fowler, que tal vez se muera de la impresión cuando vea el asado.

La señora Briggs apareció a sus espaldas, inspeccionando el trabajo con una mirada que podría haber cortado la leche. —No está mal —murmuró, lo que en su dialecto significaba que rozaba lo milagroso—. Pero esas servilletas están fatal. En abanico, no enrolladas. Y aseguraos de que el acebo no suelte nada en la sopa, o el señor me cortará la cabeza.

Siguió su camino, dejando a Annie y a Connie resolviendo el asunto de las servilletas.

Trabajaron durante la hora del almuerzo, con los dedos entumecidos por la piedra fría y el constante pinchazo de las hojas de acebo. De vez en cuando, Connie vislumbraba a Jack cruzando el salón a toda prisa, con las mejillas rojas de emoción.

A medida que la luz se desvanecía, el salón cobraba una nueva calidez. El fuego proyectaba un oro intenso en cada rincón, las velas parpadeaban en sus soportes y el aire estaba cargado con el olor a pan y carne asada. Connie se detuvo en el umbral, saboreando la

transformación. El lugar seguía estando habitado por sombras, pero por un espíritu mucho mejor.

Dio una última vuelta por la estancia, revisando cada cubierto, y luego fue a buscar la pequeña estrella de papel que Jack había hecho la semana anterior. Era tosca, desigual en todas sus puntas, pero él había dibujado con esmero patrones en cada cara, líneas y espirales a lápiz, un intento infantil de poner orden. Connie vaciló y luego la colocó en lo más alto del candelabro, por encima de las velas, donde captó la luz y brilló con un suave color dorado ceroso.

Retrocedió, con las manos a los costados, y dejó que el momento se asentara.

La señora Briggs apareció casi de inmediato, con los labios fruncidos y los dedos ya estirándose hacia la estrella de papel. —Eso no sigue la normativa —murmuró, pellizcando el borde del adorno.

Pero entonces se detuvo, con los ojos derivando hacia la entrada principal. Thomas Weaver estaba en el umbral, con una mano en la jamba y la otra colgando relajada a su lado. Inspeccionó el salón. Cada vela, cada guirnalda, cada pieza de plata, y luego fijó su mirada en el candelabro y su estrella torcida.

Inclinó la cabeza, solo un poco, en dirección a Connie y la estrella. No llegó a ser una sonrisa, pero tampoco un ceño fruncido.

La señora Briggs, que aún sostenía el papel, lo soltó. Se alisó la falda y se retiró, con la dignidad intacta pero por los pelos.

Annie, que había observado toda la escena, soltó un silbido bajo. —Eso es un milagro navideño, tal cual.

El resto del personal se percató del cambio casi de inmediato. El salón vibraba con una nueva energía: risas procedentes de la cocina, risitas nerviosas de los lacayos, el eco de historias no contadas en años. Incluso la piedra del lugar parecía deshelarse.

Al anochecer, el gran salón estaba atestado de gente. Hombres y mujeres con sus mejores jerséis, niños sacados de sus harapos para la ocasión, con las caras tan lavadas que brillaban contra la penumbra de las velas. El aliento formaba vaho sobre las mesas, mezclándose con la rica bruma carnívora de la cocina y el humo de leña que subía en espiral hacia la bóveda de piedra. El calor y el ruido eran inmensos, algo vivo; las voces chocaban y los cubiertos

repiqueteaban, y el golpe de las botas sobre las losas marcaba un ritmo de fondo.

Thomas Weaver había ocupado su posición en la mesa presidencial, justo bajo el mayor despliegue de candelabros, con una postura rígida, como si lo hubieran clavado al asiento. El lugar a su derecha estaba vacío. Obra de la señora Briggs, al parecer, una calculada muestra de respeto por la preferencia del señor de no ser importunado. A su izquierda, un grupo rotativo de los hombres de mayor rango de la fábrica intentaba entablar conversación con él sobre cuotas o reparaciones de maquinaria, pero Thomas respondía solo con los gruñidos más breves e impersonales. Parecía menos un anfitrión y más un juez que presidía una sesión que no podía aplazar.

Connie merodeaba por la periferia, equilibrando una jarra de vino bautizado y una bandeja de loza, con la mente en tres sitios a la vez. La cocina, donde la siguiente tanda de comida necesitaba ser rescatada del toque abrasador de la señora Bates; el extremo de la mesa principal, donde un grupo de niños había comenzado una sigilosa campaña para volcar los saleros; y Jack, que pasaba volando cumpliendo sus tareas de recadero y pregonero oficial del salón, entregando mensajes con la precisión de una paloma.

Se encontró con él junto a la hornacina, donde explicaba seriamente a un grupo de niños más pequeños cómo doblar servilletas en forma de cisnes. —Y si lo hacéis así —decía Jack, con la lengua asomando por un lado de la boca—, el señor os dejará encender una vela después de la cena.

Connie le despeinó, mandando una lluvia de migas al suelo. —No te metas en medio, cariño. Los mayores se vuelven torpes después de la segunda copa.

Siguió adelante, fundiéndose de nuevo en el flujo de sirvientes y ayudantes, todos decididos a evitar que la maquinaria de la celebración se detuviera. Los invitados se habían dividido según líneas predecibles: los hombres de la fábrica agrupados, intercambiando historias entre gritos y carcajadas; las esposas y madres acurrucadas más cerca del fuego, con los vestidos extendidos sobre los bancos en capas cuidadosas, con los ojos

atentos a cualquier desliz en el comportamiento de sus hijos. En la mesa presidencial, los supervisores de la fábrica y sus esposas intentaban algo parecido a la distinción, pero el efecto se arruinaba cada vez que uno de ellos cogía un bocado con la mano equivocada o olvidaba el protocolo de los múltiples tenedores.

A mitad del segundo plato, Thomas se levantó bruscamente, y el arrastrar de su silla provocó un pequeño terremoto en el salón. El silencio se propagó hacia fuera, devorando la conversación en una reacción en cadena. Incluso los niños, que habían estado gritando con una intensidad capaz de rivalizar con el órgano a pleno fuelle, se callaron.

Thomas alzó su copa. Por un momento, pareció arrepentirse, como si pudiera lanzar el objeto al suelo en lugar de continuar.

—Gracias a todos —comenzó, con la voz proyectada justo por encima del silencio—. Por venir. Y por el trabajo de este año. —Hizo una pausa, recorriendo la multitud con la mirada, sin mirar a nadie a los ojos, hasta que al final se detuvo en Connie, al otro lado de las mesas. Ella lo sintió como un cable tendido entre ambos, tenso e inquebrantable.

Continuó, más despacio. —No ha sido fácil. La fábrica es antigua. La casa es más antigua aún. Pero sobrevivimos porque recordamos lo que hubo antes. —Otra pausa—. Y encontramos formas de empezar de nuevo, cuando debemos hacerlo.

Un murmullo, casi reverente, recorrió a los asistentes.

Thomas bebió un trago y luego añadió: —He sido un mal anfitrión estos últimos años. Pero agradezco vuestra lealtad. Y vuestra paciencia. —La última palabra cayó con un peso extraño, como si fuera dirigida a un público mucho más pequeño que el que contenía la sala.

Bajó la copa, esperando el cortés aplauso que siguió, y luego volvió a sentarse, con la mandíbula apretada como si el esfuerzo lo hubiera agotado.

La conversación se reanudó, pero con un tono distinto: menos frenético, más sosegado, como si la sala hubiera absorbido parte de la gravedad de las palabras del señor. Connie se dirigió a la cocina,

sintiendo el residuo del discurso pegado a su piel. Encontró allí a Annie, con los brazos hundidos en el fregadero.

—¿Te has enterado? —dijo Annie, sin aliento—. Casi ha sonreído.

—Lo sé —respondió Connie, y por una vez la broma no era una exageración.

Al regresar al salón, con los platos apilados en los brazos, no pudo evitar buscar la mirada de Thomas. Cuando la encontró, por un brevísimo instante, él no la apartó.

Los invitados se demoraron con los dulces: bandejas de tartaletas de frutas dulces y trozos de queso, panal de miel derritiéndose sobre pedazos de pan fresco. Los niños dormitaban en los regazos de sus madres o se arrastraban bajo la mesa para toquetear las gotas de cera, discutiendo en susurros urgentes sobre quién sería el primero en apagar una vela. La charla era ahora más suave, las risas más tenues; la gente estaba saciada, cansada y, de momento, satisfecha.

Fue entonces, en el momento más tranquilo de la velada, cuando la puerta del gran salón se abrió de par en par con un estruendo tan seco que hizo tintinear los cubiertos.

Una figura apareció perfilada contra la nieve, con el aliento formando nubes blancas y el abrigo ondeando al viento como una vela oscura. Durante una fracción de segundo, nadie se movió; entonces el hombre dio un paso al frente, sacudiéndose la nieve de las botas, y se dirigió a la mesa presidencial con el aire arrogante de un hombre que jamás en su vida había entrado por la puerta del servicio.

Era una década más joven que Thomas, pero vestía el mismo tipo de corte y el mismo aire de mando innato. Su cabello, negro azabache y peinado hacia atrás desde un pico de viuda, brillaba a la luz del fuego; su boca era una línea sin sangre y su mirada recorría las mesas como si buscara una deuda extraviada.

Se detuvo ante Thomas y se dirigió a él con una voz diseñada para ser oída hasta el último rincón de la sala.

—¡Weaver! Veo que sigues jugando a ser el señor de la mansión. —Dejó su sombrero sobre la mesa, un gesto a la vez informal y profundamente insultante.

Thomas no se levantó. Miró al recién llegado con el tipo de escrutinio que suele reservarse para las cosechas perdidas o los caballos demasiado viejos para el trabajo.

—Randall —dijo, pronunciando el nombre con la dureza del pedernal.

Toda la sala contuvo la respiración.

Randall sonrió, mostrando los dientes. —Imaginé que te encontraría metido aquí. Se olía el asado desde la mitad del camino. Espero que quede suficiente para un rezagado.

Thomas hizo un gesto a los sirvientes para que trajeran un plato. —Si tienes hambre, siéntate.

—Siempre tengo hambre —dijo Randall, pero no se sentó.

Randall aceptó un plato del sirviente más cercano y luego merodeó por la mesa presidencial, escogiendo la comida como si pretendiera comprar toda la finca por libras. Coqueteó con las esposas, contó chistes subidos de tono a los hombres y, en cada pausa, volvía su mirada hacia Thomas.

Para cuando llegó la segunda ración, el ambiente en el salón había cambiado. Los invitados mantenían la cortesía, pero las risas eran forzadas; la charla volvió a temas seguros, viejas historias, cualquier cosa que evitara la peligrosa tensión que se concentraba en la parte alta de la sala.

Connie mantuvo sus movimientos fluidos y silenciosos, pero observaba a Randall con el cauteloso interés de un zorro que vigila a un lobo. La forma en que se movía, la forma en que hablaba... era como si hubiera aprendido sus modales viendo a otros hombres usarlos como armas.

Cerca del final del banquete, mientras se retiraban los últimos platos y se despertaba a los niños para volver a casa, Randall apoyó un brazo en el respaldo de la silla de Thomas y habló en un tono lo bastante alto como para que lo oyeran los que estaban cerca.

—Weaver, ¿nunca te preguntas qué habría sido si hubieras tomado decisiones diferentes?

Los nudillos de Thomas se blanquearon alrededor de su vaso. —El arrepentimiento es un lujo para quienes tienen un futuro mejor.

Randall rió, pero el sonido fue desagradable. —Siempre tan filósofo. —Se inclinó cerca, bajando la voz a un susurro—. Pero no finjamos que somos tan diferentes.

Durante unos segundos, ninguno de los dos hombres se movió. Connie, desde su puesto junto a la pared, vio cómo se tensaba la mandíbula de Thomas, vio las perlas de sudor en su sien. Randall le sostuvo la mirada un momento más y luego se puso en pie, recogiendo su sombrero con una pequeña reverencia a la sala.

En el salón principal, Thomas Weaver permaneció a la cabecera de la mesa, con el rostro como tallado en piedra. La señora Briggs pululaba cerca, con los labios tan apretados que parecían haber desaparecido. El resto del personal le dejaba un amplio margen, como si la proximidad pudiera transmitir cualquier mal que Randall hubiera traído consigo.

Se quedó sentado unos breves minutos, como si estuviera dando vueltas a algo en su cabeza, luego apartó su silla y salió tras Randall.

Cuando Connie dobló la esquina hacia la biblioteca, le llegaron unas voces: no el canturreo de los invitados cansados, sino el choque agudo y errático de dos hombres que luchaban por no ser oídos.

—No te hagas el inocente, Weaver —llegó la voz de Randall, pastosa pero cruel—. Nunca pudiste soportar la verdad, ¿verdad?

Connie se detuvo, con el corazón apretado. Se pegó a la pared.

Thomas respondió con una voz que era apenas un susurro. —Has bebido demasiado. Te sugiero que te marches ahora, mientras aún puedas caminar.

Randall rió, un sonido cargado de algo feo. —¿O qué? ¿Me harás lo que le hacías a ella? —Una pausa y, luego—: Ella me quería a mí, no a ti. Siempre fue así. Incluso antes de que la encerraras.

Un respiro, y luego Thomas, con voz aún más queda. —Basta.

—Me escribió, Weaver. ¿Lo sabías? Me enviaba cartas. Incluso desde el hospital. Me suplicaba que fuera a por ella.

Thomas debió de acortar la distancia entonces; Connie oyó el golpe sordo de alguien siendo empujado contra los paneles de

madera. Las siguientes palabras de Randall llegaron entre jadeos: —Adelante. Termina con esto. Añade otro fantasma a tu colección.

Pero Thomas solo dijo: —Tienes cinco segundos para salir de esta casa o lo haré yo por ti.

Una silla se estrelló contra el suelo. Los pasos de Randall se alejaron, y luego vino el estruendo de sus botas en las escaleras. Connie se dio cuenta con un escalofrío de que se dirigía al balcón sobre el salón principal, donde los invitados aún disfrutaban de los últimos momentos del banquete.

Ella se movió, con la cristalería tintineando, hacia el arco a tiempo de ver a Randall llegar al rellano, agarrándose a la barandilla para sostenerse. Se volvió y miró hacia la sala de abajo, y cuando habló, sus palabras resonaron sobre la multitud como una maldición.

—¡Damas y caballeros! —gritó con los brazos abiertos—. No finjamos, al menos hoy. Weaver aquí presente tuvo a su mujer encerrada en esa habitación, justo ahí arriba. —Señaló, y todas las cabezas del salón se volvieron hacia el arco en sombras de la segunda planta—. La encerró bajo llave. No dejó que viera a alma viviente, especialmente a mí. Y cuando resultó que esperaba un hijo —que no era suyo, fijaos bien—, la mandó lejos. Nunca volvió a verla.

Se hizo un silencio tan absoluto que dolía. El aire mismo parecía haber dejado de circular.

Al pie de las escaleras, Thomas permanecía inmóvil, con el rostro lívido. Connie observó sus manos, esperando casi que buscaran un arma, o el objeto más cercano lo bastante pesado como para servir de tal.

Randall prosiguió, tambaleándose y gesticulando ahora sobre la balaustrada, con voz casi triunfal. —¡Cuéntaselo, Weaver! ¡Cuéntales cómo la encerraste, cómo firmaste su sentencia de muerte y la del niño!

CAPÍTULO DIECISÉIS



Durante el espacio de un latido, nadie en el salón se movió. Las palabras de Randall quedaron suspendidas como una bruma sobre las mesas, posándose sobre cada rostro alzado y cada mano extendida. Incluso el fuego pareció retraerse sobre sí mismo, con su crepitar sofocado por el frío repentino. Los niños se quedaron petrificados bajo los bancos, con los ojos muy abiertos y temblando; las esposas y madres apretaron los labios, negándose a mirarse unas a otras. En la cabecera de la mesa del servicio, la señora Briggs agarró el borde de su silla con tanta fuerza que la tela crujió.

Al pie de la escalera, Thomas Weaver permanecía completamente inmóvil. El rubor que había subido a sus mejillas durante el discurso había desaparecido, dejando su rostro como una efigie de mármol. Alzó la vista hacia la galería donde Randall se tambaleaba, con la voz enronquecida por la ginebra y la furia.

La mano de Randall apretaba la barandilla, con los nudillos blanqueando. —¡Díselo! —bramó de nuevo, pero el segundo grito se fracturó, terminando en una tos desesperada.

Thomas puso una mano en el poste de la escalera y subió los peldaños, no rápido, sino con el paso pausado de un hombre que no se dejaría apresurar hacia su propia ruina. Connie lo vio ascender, con el pulso acompasado a su zancada, mientras cada músculo de

su cuerpo se tensaba ante la certeza de que nada bueno podía salir de lo que aguardaba arriba.

Él llegó a la galería y se detuvo a dos pasos de Randall, cuyo pecho jadeaba por el esfuerzo de su actuación. Randall lo fulminó con la mirada, con la boca torcida en un rictus que desafiaba la represalia.

Durante un momento, Thomas no dijo nada. Se limitó a observar a Randall con una mirada plana e implacable. Luego, con un tono de voz que solo ellos dos podían oír, dijo: —Estás haciendo el ridículo, y poniéndola en evidencia a ella.

La respuesta de Randall fue un gruñido. —¿Crees que me importa lo que crean estos perros? ¡La tuviste encerrada en esa habitación, y cuando suplicó ayuda, la enviaste al manicomio!

Los ojos de Thomas bajaron un instante hacia la escalera, donde cada oído en el salón se esforzaba por captar las palabras. —Este no es el momento ni el lugar... —comenzó, pero Randall le hundió el dedo en el pecho.

—¡Siempre es el momento! —rugió Randall, con tal fuerza que una lluvia de saliva cayó sobre la camisa de Thomas— ¡Si hubieras tenido el valor de dejarla elegir...! —Su voz se quebró, con la última sílaba rota por la desesperación. Temblaba, ya no de ira, sino con la energía irregular de un hombre que se hunde sin remedio.

Thomas alargó la mano, con suavidad pero sin vacilar, y la cerró alrededor del brazo de Randall. —Has bebido demasiado —dijo, y no había veneno en sus palabras, solo cansancio—. Deja que te ayude a bajar.

Randall se soltó de un tirón, tropezando hacia atrás hasta el mismo borde de la balaustrada. —No me trates con condescendencia, Weaver —escupió—, dejaste que muriera para ocultar tu vergüenza. Ella me amaba a mí, no a ti. Ella escribió... — Trató de estabilizarse, pero el borde de la galería estaba resbaladizo por el goteo de la cera de las velas superiores, y sus botas no encontraron agarre.

Se tambaleó, agitando los brazos. Thomas se lanzó hacia delante, agarrando a Randall por la solapa justo cuando su cuerpo se inclinaba hacia atrás sobre la barandilla. Hubo un segundo, un

imposible segundo suspendido, en el que los dos hombres se balancearon en el umbral del desastre. Entonces la chaqueta de Randall se rasgó, una costura barata cedió, y desapareció del agarre de Thomas.

Cayó en una espiral cerrada; su hombro rozó el borde de la escalera antes de que su cráneo chocara contra el suelo de piedra con un sonido terriblemente definitivo. El golpe resonó y luego se extinguió, reemplazado por el grito de una de las criadas y un violento arrastrar de sillas mientras los presentes se ponían en pie de un salto.

En el suelo, los miembros de Randall yacían retorcidos en ángulos antinaturales. La sangre se extendió bajo su cabeza, empapando la piedra porosa y avanzando hacia la primera fila de comensales. Durante un momento, nadie se acercó. Incluso los hombres más valientes permanecieron clavados en el sitio, con las manos apretadas sobre la boca.

Desde su posición, Connie lo vio todo: el arco de la caída de Randall, la abrupta y grotesca inmovilidad final. Vio a la señora Briggs tambalearse y luego desplomarse de nuevo en su silla.

En la galería, Thomas Weaver no se movió. Su mano seguía apretando la barandilla, con las uñas clavándose en la madera pulida. Miraba hacia abajo, al cuerpo desplomado de Randall, con el rostro vacío de emoción, una máscara borrada.

Alguien gritó pidiendo un médico. Otro, más audaz ahora, se acercó al lado de Randall y presionó dos dedos temblorosos en el lateral de su garganta. El hombre levantó la vista, pálido y sudando. —Se ha ido —dijo, con voz quebrada y débil—. Está muerto.

Una onda de choque recorrió a la multitud. Los niños empezaron a llorar, las mujeres los estrecharon contra sí, y los hombres se agruparon cerca de las puertas, ansiosos por ser los primeros en salir cuando la huida fuera posible.

Thomas permaneció inmóvil durante tres largas respiraciones, luego bajó las escaleras, peldaño a peldaño, hasta llegar al borde del charco de sangre que se extendía. Miró el cuerpo de Randall, luego los rostros congregados y, finalmente, a Connie, que le devolvió la mirada con la fuerza de su propia incredulidad.

Se arrodilló junto a Randall, desabrochándole el cuello con dedos cuidadosos, clínicos, como si esperara alguna chispa de vida, alguna señal de que la última hora pudiera rebobinarse y arreglarse. Cuando no llegó ninguna, se enderezó, se volvió hacia los invitados y, con una voz tan plana como una oración, dijo: —Llamad al inspector. Y al médico.

Las palabras cayeron en el silencio como piedras en un pozo.

La señora Briggs, recuperándose, se levantó bruscamente del banco y comenzó a sacar a los niños de la estancia, ladrando órdenes con una desesperación que bordeaba lo histérico. El resto del personal hizo lo propio, conduciendo a los invitados por las puertas laterales y escaleras arriba, a cualquier parte lejos de la vista y el olor de lo ocurrido. Solo Connie permaneció allí, clavada en el sitio mientras la casa se vaciaba a su alrededor.

Cuando el último de los invitados se hubo marchado, Thomas se quedó solo en medio del festín arruinado. Sobre él, las guirnaldas de cedro y pino aún decoraban las vigas, pero ahora su aroma se mezclaba con el toque metálico de la sangre y el humo grasiento de las velas. Las mesas, que antes eran un mapa de celebración, parecían de repente obscenas, con los restos de la comida brillando bajo una luz espantosa.

Alzó la vista y, por primera vez, pareció percatarse de la presencia de Connie. Abrió la boca, como para hablar, pero no salieron palabras.

Connie se dio la vuelta para irse, pero se detuvo en el umbral. Miró hacia atrás, vio a Thomas solo en la devastación, con la cabeza gacha, y la presencia antes viva de Randall convertida ahora en una mancha oscura a sus pies.

Salió sigilosamente por la puerta y dejó a Thomas en su vigilia. En la cocina, el personal se apiñaba alrededor de los fogones, con voces bajas y aterrorizadas. La señora Briggs susurraba instrucciones urgentes a Perkins, quien asintió con gravedad y fue a prepararse para la llegada del alguacil.

Annie, con el rostro manchado y húmedo, puso una taza de té en la mano de Connie. —¿Ha sido un accidente? —preguntó, expresando seguramente lo que todo el pueblo estaba pensando. La

historia ya viajaba a cada rincón de la finca, y luego valle abajo hasta el pueblo de la fábrica y más allá.

Llegó el alguacil, un hombre de cara redonda y blanda con un abrigo oscuro. Pasó algún tiempo en el Gran Salón, hablando con Thomas y examinando la escena. Varios testigos habían visto resbalar a Randall; otros lo habían oído proferir amenazas de violencia. Nadie contradijo al señor y el alguacil concluyó que había sido un terrible accidente.

El médico llegó después, menos para atender al muerto que para tranquilizar a los vivos. Declaró fallecido a Randall —el cuello se le partió como a un pollo—, dijo, no sin cierta amabilidad, luego garabateó un certificado y se retiró al calor de su carruaje. A medianoche, Randall ya había sido retirado, envuelto en un sudario de lana pesada, con destino a ser enterrado en la tierra helada del campo de los desamparados.

Mientras la medianoche se fundía con las primeras horas de la madrugada, la casa se había sumido en un silencio más profundo que el duelo. Nadie hacía ruido, y el viento que golpeaba las ventanas parecía venir de algún lugar aún más frío que antes. Jack dormía, acurrucado en los brazos de su madre, pero Connie no. Se sentó en la oscuridad, con la lámpara apagada, viendo cómo la nieve borraba las viejas huellas en el patio.

En alguna hora perdida, volvió a recorrer los pasillos en busca de consuelo. De camino a la cocina, un tenue resplandor llamó su atención. Se escabulló descalza por el corredor y descubrió que la luz se filtraba por debajo de la puerta del despacho.

Vaciló, como si pudiera dar media vuelta. En su lugar, continuó hacia la cocina, sirvió una copa de brandy con manos temblorosas y regresó al despacho.

La puerta estaba entreabierta. Llamó una vez, sin esperar respuesta, y entró.

Thomas Weaver estaba sentado a su escritorio, con papeles desplegados a su alrededor como las plumas de un pájaro muerto. La lámpara sobre la mesa estaba baja, con su llama reflejada en la copa intacta junto a su codo. No se volvió cuando ella entró.

Connie dejó el brandy a su lado. Se quedó de pie un momento, luego se cruzó de brazos y esperó.

Después de mucho tiempo, él habló. Su voz rasgó el silencio de forma tan quebrada que ella casi no pudo captar las palabras.

—Debería haber contado la verdad hace años.

Ella no dijo nada. En momentos como este, su silencio era más afilado que cualquier consuelo que pudiera ofrecer.

Él alargó la mano hacia la copa, bebió un sorbo y luego tosió, con todo el cuerpo convulsionando. Cuando finalmente recuperó el aliento, la miró a los ojos sin vacilar por primera vez.

—Nos amábamos, ¿sabes? —dijo, con la voz cargada de pesar—. Aunque supongo que para la mayoría debo de parecer un hombre incapaz de amar.

Se quedó mirando la pared del fondo, como si el yeso desconchado guardara alguna respuesta enterrada que no se atrevía a desenterrar por sí mismo.

—Fuimos felices una vez —dijo—. O eso creía yo. Habíamos intentado durante tanto tiempo tener un hijo y, cuando finalmente se quedó encinta, yo... me puse inmensamente feliz. —Apuró la copa y la dejó con un chasquido.

—Pero desde ese mismo instante, ella empezó a cambiar. Primero fueron cosas pequeñas: saltarse comidas, retirarse a sus aposentos, rechazar mi compañía. Luego llegaron las noches sin dormir.

Su boca se torció por el recuerdo. —Pensé que era el cansancio del embarazo, ella siempre había sido delicada. Llamé al médico rural una y otra vez. En cada ocasión, él le recetaba reposo en cama —titubeó, tragó saliva—, pero no servía de nada. Yacía con la mirada perdida, murmurando a las sombras, con la mente deshilachándose como encaje viejo.

Se frotó los ojos inyectados en sangre con el talón de la mano y Connie permaneció completamente quieta, sin querer romper el hilo de sus pensamientos. Por primera vez, él alzó la vista hacia ella, y Connie vio lágrimas brillando, pero negándose a caer.

—Una tarde, entré sigilosamente en su alcoba y la encontré tranquila, más como era ella de lo que había estado en semanas.

Tomó un poco de la cena que le había llevado, incluso me sonrió. —Una dura línea de tristeza surcó su rostro.

—Entonces me dijo la verdad: el niño de su vientre pertenecía a otro, un hombre de su pasado. Cargaba con una culpa tan pesada que apenas podía pronunciarla en voz alta. Por supuesto, me quedé atónito. Pero la amaba. Le dije que el niño seguiría siendo nuestro, que el cuarto del bebé estaba preparado y que todo iría bien.

Exhaló un sonido seco y hueco. —Mi amabilidad la destrozó. Gritó, chilló que no merecía misericordia. Fue entonces cuando los criados irrumpieron y la encontraron inconsolable, delirando a la luz de las velas.

Miró a Connie. Las lágrimas relucían en sus ojos, pero se negaban a caer.

—Intenté protegerla de la crueldad del mundo, pero el mundo es una bestia mucho más feroz que las intenciones de cualquier hombre. Cuando empezó a ver cosas, a oír voces susurrando en pasillos vacíos, mandé llamar al mejor médico. Él lo llamó una enfermedad de mujeres. Dijo que la única cura era enviarla fuera, a descansar y recuperarse. Prometió que volvería con nuestro hijo y que todo iría bien.

Hizo una pausa y sacudió la cabeza. —Pero nunca regresó.

Hundió el rostro en las manos, con el peso de su confesión resultando demasiado abrumador.

—Murió dando a luz. El niño vivió dos días y luego también se fue. —Su voz se quebró, pero continuó—. Ni siquiera me dejaron verla. Escribí cartas, envié dinero, amenacé con quemar aquel lugar hasta los cimientos si no entregaban sus restos. Todo lo que me enviaron fue un pequeño paquete: dos mechones de pelo; uno dorado, otro oscuro. Los deposité bajo la ventana este, donde brotan las primeras violetas cada primavera.

Connie permanecía clavada en el sitio, con el aliento contenido en la garganta.

—¿Sabes por qué dejé que el pueblo susurrara que estaba loca? —preguntó Thomas, despojado al fin de sus defensas— porque era más fácil para ellos despreciarme a mí que compadecerla a ella. Escandalizarse por ella. El mundo convierte la crueldad de los

hombres en leyenda, pero deja que las mujeres que aman al hombre equivocado se pudran en la infamia.

Se limpió la cara, sorprendido por la humedad que encontró allí, y durante un momento la habitación pareció contener el aliento.

Connie preguntó en voz baja: —¿Y qué hay de Randall?

Thomas soltó un suspiro, que no llegó a ser una risa. —Él tampoco dejó nunca de amarla. Pero no supo cómo luchar por ella. No de la forma en que ella necesitaba.

Cerró los ojos. —Anoche, cuando pronunció su nombre, casi dejé que me matara. Quería que lo hiciera. Pero luego pensé en ella, y en el niño, y en la forma en que esta casa se aferra a cada fantasma que ha pasado por ella.

Ella dio un paso adelante, cogió el decantador y sirvió otra medida en su copa. —¿Qué vas a hacer ahora?

Él se miró las manos, con los nudillos blancos y en carne viva. —Seguiré adelante —dijo—. Porque eso es lo que el mundo exige. Pero no espero perdón. Ni de ti, ni de nadie.

Connie pensó en Jack, en su padre muerto, en la banda que había querido arrebatárselo, en todas las formas en que ella había intentado y fracasado para evitar que el mundo marcara a su hijo. Ella solo era una más en la cadena interminable de mujeres que pagaban por los secretos de los hombres.

Ella dijo: —Yo le perdono.

Él sacudió la cabeza. —No lo hagas.

Ella se encogió de hombros, con un movimiento que fue casi un escalofrío. —Hizo lo que creyó correcto para protegerla. Incluso a expensas de su propia reputación.

Dejó la copa y él alargó la mano hacia ella; sus manos se rozaron. Por un momento, el contacto perduró, sin que ninguno estuviera dispuesto a ser el primero en soltarse.

Finalmente, él dijo: —Gracias.

Ella asintió, se dio la vuelta y lo dejó a solas con sus fantasmas.

En el vestíbulo, el silencio era absoluto. Connie subió las escaleras, y cada peldaño resonaba con más fuerza que cualquier discusión. En el ático, encontró a Jack dormido, acurrucado en una bola apretada, con la cara hundida en el colchón. Se acostó a su

lado, se subió bien la manta y escuchó el latido lento y vivo de su corazón.

Debajo de ellos, en la oscuridad agonizante, el señor de la casa permanecía sentado a solas, haciendo girar la copa vacía en sus manos. Cuando el alba finalmente despuntó, una luz pálida se derramó sobre dos habitaciones separadas, iluminando el rostro de Thomas surcado por las lágrimas y el brazo protector de Connie alrededor de su hijo. Ninguno de los dos había dormido. Ambos habían capeado las confesiones de la noche como marineros tras una tempestad, maltrechos pero de algún modo todavía a flote, con sus orillas separadas ahora visibles el uno para el otro a través de los restos del naufragio.

CAPÍTULO DIECISIETE



La cocina del servicio estaba abarrotada a pesar de la hora. Cada hombre y mujer que podía justificar un recado cerca de la cocina encontraba algún motivo para demorarse. Se agrupaban en pequeños corrillos: las fregonas junto a la jofaina, los lacayos cerca de la puerta interior, las criadas dispuestas a lo largo del tablón como una sarta de perlas desparejadas.

Algo aguardaba en el aire, una carga remanente de la violencia de la noche anterior. Zumbaba en el modo en que las criadas susurraban, en el rebote nervioso de los talones de los lacayos, en el chasquido entrecortado de la aguja de Annie Marsh mientras permanecía sentada junto al hogar, cosiendo y escuchando con cada centímetro de su cuerpo.

En la cabecera de la mesa, la señora Briggs reinaba en estado de sitio. Tenía los nudillos blancos de apretar su taza de café, y el libro de cuentas de la mañana permanecía cerrado a su lado. Sus ojos, habitualmente gélidos por la disciplina, dardeaban ahora entre cada grupo de susurradores, sin posarse nunca. No había dicho nada desde el desayuno, y su silencio había amplificado los rumores, convirtiendo la cocina en un anfiteatro de especulaciones.

—Cayó como un saco de harina —masculló un lacayo, demasiado nuevo en la casa para conocer las restricciones de hablar por encima de su posición.

—Chist, fue una caída, no un asesinato —replicó su compañero, pero su tono contenía la duda anhelante de un hombre que intenta convencerse a sí mismo.

Annie Marsh, fingiendo coser el dobladillo de una sábana, repitió la historia que había oído por casualidad en el patio esa mañana:

—Dicen que el señor lo hizo a propósito. —Miró por encima del hombro y bajó la voz hasta un susurro ronco—. Que la señora lo conocía... —Sus ojos se dirigieron hacia el ventanal alto, como si un espíritu que escucha pudiera estar posado allí.

Las criadas inspiraron con fuerza entre los dientes. Incluso el gato del horno, ovillado en su cesta, pareció aguzar las orejas.

La señora Briggs se aclaró la garganta y el sonido resonó en la piedra.

—Ya es suficiente, Marsh —dijo, pero a sus palabras les faltaba su veneno habitual.

Annie se apaciguó, pero no sin antes lanzar una mirada a Connie, que estaba al otro extremo de la mesa doblando un montón de lencería almidonada. Los movimientos de Connie eran escuetos; sus manos trabajaban con el cuidado de quien intenta no romper algo frágil. No había hablado desde que entró en la cocina, ni se había encontrado con la mirada de nadie, ni siquiera con la de Annie.

Las habladurías fluían a su alrededor, una corriente de la que no podía participar ni de la que podía escapar.

Una sirvienta, nueva y ansiosa por hacerse notar, se acercó a Annie.

—Los hombres del pueblo dicen que fue por dinero. Que el muerto era un jugador y el señor lo pilló haciendo trampas.

Annie resopló.

—Los hombres del pueblo dirían que la luna es de queso si pensaran que eso les iba a conseguir una pinta gratis.

Aquello provocó una oleada de risas en la habitación. El lacayo más cercano a la puerta se inclinó hacia delante.

—¿Visteis la sangre? Dicen que Perkins tardó media noche en fregarla de la piedra.

—Perkins —dijo otro— tuvo que echarse whisky en las botas para quitarse el hedor. —El comentario provocó más risas nerviosas.

La señora Briggs dejó su taza y el sonido fue tan fuerte como el golpe de un mazo.

—Randall era un invitado en esta casa. Murió por un percance fortuito. Todos, mordeos la lengua u os quedaréis sin postre durante un mes.

El personal congregado asimiló la amenaza, pero nadie creyó realmente que se fuera a cumplir. Si la señora Briggs no podía evitar que el rumor corriera por la cocina, ¿qué posibilidades tenía en el pueblo?

Durante un minuto, el único sonido fue el chasquido y el siseo de la grasa en los fogones, y el lento suspiro de la casa asentándose sobre su nueva realidad. Connie terminó de doblar la última funda de almohada y la apiló con las demás, con una ferocidad que desmentía sus sentimientos.

La voz de Connie, cuando surgió, fue lo bastante afilada como para atravesar la niebla de los cotilleos.

—No sabéis toda la verdad. —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, más fuertes de lo que pretendía, más fuertes de lo que jamás había hablado en aquella estancia.

El efecto fue instantáneo. Todas las cabezas se giraron, todos los susurros se cortaron en seco. Annie parpadeó, sorprendida por la contundencia de las palabras de Connie.

La señora Briggs entornó los ojos, pero no dijo nada, permitiendo que el momento se alargara.

El corazón de Connie martilleaba en su pecho. Recorrió los rostros: la sospecha en las criadas, el asombro con la boca abierta de los lacayos, el bostezo indiferente del gato. Se dio cuenta, entonces, de que se había convertido en un blanco, que se había señalado como algo distinto a una observadora pasiva del drama de la casa.

Enderezó los hombros, con las manos apretadas a los costados.

—Randall estaba borracho. Perdió el equilibrio. El señor intentó ayudarlo.

Un bufido desde la jofaina.

—Ayudarlo a ir a la tumba —masculló alguien, demasiado bajo para que la señora Briggs lo identificara.

Connie se volvió hacia la señora Briggs, esperando un reproche, una humillación pública. Pero la ama de llaves solo la contempló con una mirada larga y pausada, como si sopesara su valor en una moneda que nadie más podía ver.

—Basta —dijo la señora Briggs, recuperando la finalidad en su voz—. Volved todos a vuestros puestos. Marsh, sube las sábanas al cuarto azul. Señora White, encárgate de que el despacho del señor esté aireado y limpio de polvo. El resto, fuera.

Se movieron, castigados pero todavía bullendo con cotilleos no soltados. Los lacayos se dispersaron hacia sus rutas, las criadas cogieron sus cestas y salieron disparadas hacia las escaleras.

Connie salió de la cocina y el sonido de los rumores se reanudó tras ella, ahora más suave, teñido de cautela.

A través de la ventana de la cocina, el mundo parecía manejable. La nieve en el patio, inmaculada salvo por el rastro de las pisadas que ocultaban el barro y la descomposición bajo una costra quebradiza. El cielo proyectaba largas sombras desde los pinos en el linde de la propiedad. En la cercanía, Jack trabajaba solo, una mancha de color contra el azul y blanco, inclinado sobre una tarea que lo consumía por completo.

Connie lo observaba tras el cristal. Permitió que su aliento empañara el vidrio y luego lo limpió con el dobladillo de su manga para no perderlo de vista. El abrigo de Jack, tomado prestado de la lavandería y al menos dos tallas más grande, le daba un aspecto ridículo, con las mangas ondeando como las de un espantapájaros. Su bufanda se arrastraba tras él mientras hacía rodar la primera bola de nieve, compactándola con pequeños empujones y un gruñido de esfuerzo en cada vuelta. Vio, por una vez, la silueta de un niño de verdad. Los hombros encogidos, la nariz roja por el frío, la determinación obstinada de su mandíbula cuando la bola empezaba a desmoronarse y él se negaba a dejarla morir.

Era el momento en que más se sentía ella misma desde la noche de la caída. La cocina estaba vacía ahora, los cotilleos agotados y el servicio disperso, por lo que podía observar sin vergüenza ni especulaciones. Apoyó los codos en la encimera, la barbilla en las

manos, y dejó que la visión de Jack hilvanando su pequeño mundo la reconfortara por dentro.

Se movía con deliberación, como si hubiera ensayado la construcción del muñeco de nieve mil veces en sus sueños. Ella lo vio apretar la cabeza, más pequeña que el cuerpo pero no por mucho, y luego encajarla encima con ambos brazos. Se tambaleó hacia atrás, examinando el resultado.

Connie sonrió, bajando la guardia. Se alegraba de que Perkins le hubiera dado la mañana libre de tareas, se alegraba de que la señora Briggs estuviera demasiado alterada para ordenarle que regresara. Que el niño sea un niño por una hora, pensó. Que tenga esto.

Un tronco en el fuego de la cocina se desmoronó, siseando. Connie dejó la ventana para atizarlo, sacudiendo el frío de sus dedos. El calor era tenue, pero cumplía su función. Puso la tetera al fuego, pensando en el té, en algo rico que pudiera sacar a hurtadillas para Jack de la despensa. Quizás, si el día aguantaba, podrían caminar hasta el límite de la propiedad y buscar huellas de ciervos, o el lugar donde el río se congelaba por completo y formaba un espejo para el cielo.

Echó un vistazo por la ventana, esperando ver a Jack todavía trabajando. En cambio, el patio estaba vacío.

Estiró el cuello, comprobó la vista lateral, pero el niño se había ido. Solo el muñeco de nieve permanecía en pie, con la cabeza ladeada, mudo testigo del niño desaparecido. Connie pegó la cara al cristal, con el aliento empañando la escena, y escudriñó el horizonte.

El patio no presentaba signos de movimiento. Ni un destello de la bufanda, ni rastro del abrigo ondeante. Los pinos al borde del bosque estaban inmóviles. La única pista era una doble hilera de pisadas de botas que partían del muñeco de nieve directamente a través del patio, desapareciendo en el muro que marcaba el límite.

Un puño se cerró alrededor del corazón de Connie.

Soltó el atizador y salió disparada de la cocina, golpeándose el hombro contra el marco de la puerta con la fuerza suficiente para entumecerle el brazo. Corrió al lavadero, luego al pasillo principal,

gritando el nombre de Jack, con su voz rebotando en la piedra con un pánico que no podía ocultar.

Nada. Solo el eco y el gemido distante de las cañerías.

Connie giró sobre sí misma, con la mente en blanco y las manos aprestadas a su falda como para evitar desmoronarse. Corrió hacia la puerta trasera, la abrió de par en par y recibió una ráfaga de hielo tan feroz que le robó el aliento. Escudriñó el patio de nuevo y luego se dirigió a los escalones, con la intención de registrar los edificios anexos, los establos, cualquier lugar donde él pudiera esconderse.

Casi chocó con el repartidor del correo, que subía los escalones con un fajo de cartas bajo el brazo. Apenas logró esquivarla, tambaleándose hacia atrás y aferrándose a la barandilla para no perder el equilibrio.

—¡Eh, cuidado! —jadeó, con el aliento empañándose entre sus dientes—. ¿Lleva prisa, señorita?

Las palabras de Connie salieron como un ahogo.

—¿Ha visto a un niño? Pequeño, con bufanda roja, ¿estaba aquí hace un momento?

El muchacho parpadeó, sobresaltado por su urgencia.

—Vi a uno, sí. Al final del camino de entrada. Pero no iba solo.

Ella le agarró de la manga.

—¿Con quién?

Él frunció el ceño, tratando de recordar.

—Un par de hombres, creo. Abrigos oscuros, uno con una gorra calada... —Se interrumpió al ver que el color desaparecía del rostro de Connie.

—¿Hacia qué lado han ido? —susurró ella, con la voz apenas un hilo.

—Hacia el río —dijo él, señalando—. Solo los vi un segundo, iban deprisa.

Pero ella ya se había ido, deslizándose de vuelta al interior de la casa, dejando el correo desparramado en la nieve. Atravesó los pasillos, subió las escaleras, sin molestarse en llamar a Thomas, sino dirigiéndose directamente a su despacho, con el terror subiéndole por la garganta como la hiel.

Abrió la puerta del despacho con tanta fuerza que rebotó en los goznes. Thomas, en el escritorio, estaba a mitad de una firma en un fajo de papeles urgentes, pero la visión de ella lo detuvo en seco. La lámpara en la esquina de su secante convertía el rostro de Connie en una máscara grotesca: roja y blanca, ojos desorbitados, la boca moviéndose pero emitiendo solo ruidos animales al principio.

Él se levantó tan rápido que su silla volcó.

—¿Qué ocurre? —preguntó, ya a medio camino hacia ella.

Ella se atragantó con las palabras antes de que tomaran forma.

—La banda... han vuelto... —Se encogió, aferrándose al marco para mantener el equilibrio—. Jack. Se han llevado a Jack.

En otro hombre, la transformación podría haber llevado un minuto, un latido, un ensayo de opciones. En Thomas, fue instantánea. Sus ojos se dirigieron a la ventana, escudriñando los cristales emplomados en busca de señales, y luego volvieron a Connie. Se acercó al cordón de la campana y tiró de él con tanta fuerza que ella oyó el sonido repicar tres veces en el vestíbulo. Sin esperar, se volvió hacia la caja fuerte de la pared, giró el dial y sacó una pesada pistola de estilo antiguo.

Perkins llegó corriendo, con la ropa desaliñada por cualquier tarea que hubiera abandonado.

—¿Señor?

—Coge la yegua. Y a seis hombres de la fábrica, armados. Ahora, y traed los faroles.

Perkins se desvaneció. Thomas cargó la pistola, con los clics metálicos resonando nítidos en el silencio. Solo entonces volvió a mirar a Connie. Su rostro había quedado reducido a lo esencial, con cada línea profundamente marcada.

—Lo traeré de vuelta —dijo.

El cuerpo de Connie convulsionó, y la esperanza era tan dolorosa que la hizo estremecerse. Se agarró al borde del escritorio para no hundirse.

Thomas se acercó, se guardó la pistola en el bolsillo interior de su abrigo y cogió sus guantes del radiador.

—¿Hacia dónde se lo han llevado?

—Al río —logró decir ella—. Hacia el puente peatonal. Es todo lo que sé.

Él asintió.

—Querrán cruzar antes de que suba el agua. Irán rápido. —Se volvió hacia la chimenea, cogió el atizador y lo hundió entre los troncos con fuerza suficiente para romper las brasas, avivando las llamas por completo.

La señora Briggs apareció en el umbral, con la capa de Connie sobre el brazo. No dijo nada, solo fijó en Thomas una mirada que combinaba terror y fe en igual medida.

—Quédate aquí —ordenó Thomas a Connie, con una voz de mando que no admitía réplica—. Si vuelven sobre sus pasos, podrían venir a por ti. Cierra todas las puertas hasta que yo regrese.

Connie asintió, muda, con las lágrimas fluyendo ahora y congelándose en su mandíbula.

Thomas caminó a grandes zancadas hacia la salida y, en cuestión de segundos, se había ido; sus botas golpeaban el suelo y la pistola era un peso contra su costado.

El vestíbulo era el caos. Perkins ladraba órdenes a los mozos de cuadra, los hombres de la fábrica invadían los establos con una concentración que cortaba la timidez habitual. Thomas ya estaba en el montadero, con el farol en alto, escudriñando la nieve en busca de huellas frescas. Consultó con Perkins en un torrente de palabras en voz baja, luego tomó las riendas y saltó a la silla.

Los hombres del molino se alinearon tras él; los faroles oscilaban y el destello metálico de sus herramientas y pipas captaba la luz moribunda.

Lo último que Connie vio fue la hilera de hombres serpenteando por el camino de entrada, con Thomas al frente y su abrigo ondeando al viento. Había empezado a nevar de nuevo, suave al principio, pero cobrando fuerza rápidamente. En cuestión de minutos, el mundo exterior quedó borrado; la única prueba de movimiento era un rastro agitado y el eco distante de los cascos.

En el vestíbulo, Connie permanecía de pie, entumecida, con la capa olvidada en el suelo. La señora Briggs se acercó a ella, pero

Connie se apartó bruscamente, abrazándose a sí misma para buscar calor.

—Él volverá —dijo la señora Briggs con voz baja.

Connie no respondió. Se limitó a mirar fijamente la puerta, con la mente negándose a imaginar futuro alguno, solo el presente extendiéndose ante ella, una agonía sin fin.

El frío calaba más hondo con cada zancada. El valle bajo la casa estaba anegado de nieve, con ventisqueros tan espesos que los caballos titubeaban, dejando grandes surcos de tierra negra tras de sí. El río, invisible a la luz del día, brillaba ahora débilmente en el crepúsculo, una vena azul que serpenteaba entre las oscuras líneas de los árboles. Para cuando Thomas y sus hombres llegaron a la valla en el linde de la pradera baja, todo sonido había sido devorado por el silencio: los cascos amortiguados, los gritos reducidos a un aliento gélido suspendido en la oscuridad.

Encontraron los primeros indicios cerca del viejo huerto. Un trozo de cuerda, recién cortado, con un extremo manchado de sangre o grasa. Más adelante, un parche de nieve aplastada donde alguien había luchado por ponerse en pie; el contorno de la huella de la bota de un niño aparecía emborronado en el desorden.

Thomas desmontó, dejando que la yegua resoplara y pateara el suelo. Se arrodilló, pasó los dedos sobre la impronta y cerró los ojos, como si el tacto pudiera conjurar una dirección. El viento no traía más que frío, pero los árboles más adelante ocultaban un destello de fuego. Pequeño, naranja, apenas algo más que el encendido de una cerilla en la inmensa negrura.

Hizo una señal a los hombres para que avanzaran, en silencio. Se desplegaron según lo instruido, moviéndose con sigilo. Mantuvo a Perkins a su lado; el hombre tenía las manos blancas de tanto apretar el mango del garrote que portaba.

Avanzaron despacio, cada paso era una negociación con la nieve polvorienta. La orilla del río se alzaba como una caída brusca, pero Thomas conocía bien el terreno. Se agachó bajo un grupo de abedules, con el corazón latiéndole con fuerza, y por fin los vio: tres

hombres encorvados cerca del fuego, y una cuarta figura en el suelo, a sus pies.

Jack.

El niño estaba atado de pies y manos, con la cara surcada de tierra y mocos. Tiritaba violentamente, haciendo que la cuerda le serrase la piel con cada espasmo. Los hombres no lo vigilaban a él; miraban hacia la orilla opuesta, como si esperasen un rescate desde esa dirección.

Thomas se echó cuerpo a tierra y levantó una mano para que los demás se detuvieran. Observó a los hombres. Dos vestían chaquetas raídas, pero el tercero, el cabecilla, vestía con más elegancia, con un abrigo y botas de factura de ciudad. El último era delgado e inquieto, y caminaba por la orilla del río, pinchando el hielo con un palo.

—Si el amo no paga, lo echaremos al hielo —dijo el delgado, y su voz se oía incluso en un susurro—. Que el río se encargue de él.

El cabecilla escupió. —Cállate. Vendrá. Esta gente de campo es demasiado blanda para la sangre.

Los nudillos de Thomas palidecieron. Indicó a Perkins que fuera por la izquierda y a los otros hombres por la derecha, esperando rodearlos antes de que la banda pudiera reaccionar.

Esperó hasta que el hombre que caminaba se alejó de Jack, y entonces salió de su escondite con un grito.

—¡Todos quietos, las manos arriba! ¡Alejaos del niño!

El cabecilla se giró, llevando la mano al cinturón. El hombre delgado corrió hacia el río, resbalando en la orilla. El último matón se quedó helado, con las manos en alto, pero no antes de propinarle una fuerte patada a Jack en las costillas.

Thomas se abalanzó hacia delante, con la pistola desenfundada. —Moveos y disparo.

El cabecilla sonrió, lenta y de forma aceitosa. —No lo hará. Esa no es su forma de actuar.

Se lanzó al ataque. Thomas disparó, pero el tiro salió desviado e impactó en un árbol. El hombre lo placó y el impacto los lanzó a ambos a la nieve. La pistola saltó de la mano de Thomas. Rodaron

por el suelo, con las manos en los gaznates del otro, y el hombre de ciudad sonrió, mostrando dientes rotos.

—Debería habérnosla entregado —le siseó al oído a Thomas—. Debería haber dejado que ella pagara la deuda.

Thomas forcejeó para asirlo, pero el hombre sacó un cuchillo de su bota y se lo clavó en el hombro. El dolor fue cegador, una punzada de calor que atravesó el entumecimiento. La sangre brotó rápido, negra en la penumbra.

Perkins embistió, blandiendo el garrote, y alcanzó al hombre en la sien. Este cayó, convulsionando, con el cuchillo aún clavado en la carne de Thomas.

En el río, el hombre delgado había llegado a la mitad del hielo. Se giró, vio la pelea perdida y corrió directamente hacia una zona de hielo gris tan fina que ondulaba bajo sus botas. Cedió con un crujido agudo, sumergiéndolo en las aguas negras. Su grito fue breve; luego no quedó nada más que el lento remolino del agua cerrándose sobre el agujero.

El último de los matones se rindió sin luchar. Los hombres del molino lo ataron con la misma cuerda que él había usado con Jack y luego lo arrojaron a la nieve, de bruces.

Thomas se puso en pie tambaleándose, con la sangre empapando su abrigo. Caminó con dificultad hacia Jack, que yacía gimiendo, con los ojos abiertos pero desenfocados.

—Jack. Jack, ¿me oyes?

El niño asintió, con la mandíbula tan apretada que no podía hablar.

Thomas se quitó su propia bufanda y la envolvió alrededor de los peores rasguños de Jack. Su visión se nubló, pero se obligó a mantenerse firme, levantando al niño y apretándolo contra su pecho.

—Estás a salvo —dijo, más para sí mismo que para Jack—. Estás a salvo. Ya te tengo.

Se volvió hacia Perkins. —Llévatelo —dijo, entregando al niño a los brazos del hombre—. Regresa a caballo. Llévalo a la casa. Calor, coñac, lo que haga falta.

—Pero... —

—¡Hazlo! —ladró Thomas. Luego, más suave—: Morirá si no lo haces.

Perkins asintió, envolvió al niño en su propio abrigo y corrió hacia los caballos.

La pérdida de sangre empeoraba. Thomas se presionó la herida con la mano, pero ya estaba empapando su camisa, pegajosa y caliente. Se apoyó contra un árbol, luchando contra el deseo de desplomarse. El mundo se estrechó en un túnel rojo, latiendo al ritmo de su corazón.

Miró al hombre que lo había apuñalado. El tipo de la ciudad aún estaba vivo, pero a duras penas. Escupió sangre y lo miró con furia.

—Estás acabado —masculló el hombre—. Jamás te dejarán en paz.

Thomas sacudió la cabeza, demasiado cansado para el odio. Se dio la vuelta, cada movimiento era una agonía, y siguió el camino que los otros habían trazado hasta lo alto de la orilla.

Detrás de él, el fuego ardía bajo, proyectando largas y perversas sombras sobre la nieve. El viento arreció, agitando cristales de hielo en el aire y borrando toda prueba de la lucha.

Para cuando Thomas llegó a su caballo, apenas podía ver. Perkins llevaba a Jack en la yegua guía, con el niño envuelto en todas las bufandas y abrigos de repuesto que habían podido encontrar.

Thomas montó en su propio caballo en un esfuerzo que casi acaba con él. Espoleó al animal al trote, luego al galope; el movimiento sacudía la herida, pero lo mantenía despierto.

El viaje de vuelta fue un sueño febril. Se aferraba a la silla con una mano, mientras la otra presionaba con fuerza su costado. Jack cabalgaba delante, con la cabeza desplomada contra la espalda de Perkins. Los hombres del molino gritaban palabras de aliento, con voces tenues en la rugiente oscuridad.

Las puertas de la casa brillaban más adelante, con faroles encendidos a ambos lados; su resplandor era un faro en la tormenta. La visión de Thomas parpadeó; parpadeó y, por un momento, solo vio el borrón del fuego y la sangre. Se armó de valor, apretó los dientes y resistió.

Las puertas se abrieron de golpe y el grupo que regresaba irrumpió en el interior: los hombres del molino arrastrando aguanieve, Perkins pidiendo a gritos toallas y agua caliente, y una maraña de faroles oscilando en la oscuridad. En medio de todo aquello, Thomas entró tambaleándose con Jack en brazos, ambos sucios de nieve y manchados de sangre.

La casa pareció exhalar de alivio mientras el servicio se abalanzaba hacia delante en una oleada. Connie, que no se había movido del vestíbulo en horas, los vio por fin y sus piernas cedieron. Se desplomó sobre el suelo de baldosas, con el mundo dándose la vuelta, y por un momento pensó que se había quedado ciega. Pero la voz de Jack, apenas audible, la hizo volver.

—Mamá.

Se arrastró hacia él, vacilante, y estrechó la cara del niño contra su pecho. Olía a hierro y a lana mojada, pero estaba caliente, vivo, y lo apretó con tanta fuerza que él jadeó.

Thomas se apoyó en la barandilla; la sangre era ahora una franja brillante que bajaba por su manga. Ladró órdenes (mantas, licores, «por favor, traigan al médico») y el servicio se dispersó, sin que sus ojos abandonaran ni un momento la mancha roja que se extendía por el suelo.

Perkins guio a Connie y a Jack hacia el salón, donde el fuego ya ardía con fuerza. Annie estaba allí, con las manos temblorosas mientras preparaba paños y cristalería, con las mejillas manchadas de restos de lágrimas.

Jack se acurrucó en el sofá, envuelto en mantas, con la cabeza apoyada en el regazo de Connie. Ella le acarició el cabello una y otra vez, como si el movimiento pudiera borrar cada momento del día.

Thomas se negó a sentarse. Recorría el pasillo de un extremo a otro, con una mano aferrada a su hombro y la otra empuñando la pistola, como si todavía pudiera tener necesidad de ella.

El médico llegó, sin aliento y con el abrigo desabrochado. Miró la sangre, la manga destrozada y soltó una exclamación. —En la biblioteca —dijo Thomas, y luego se dio la vuelta y se dirigió allí sin esperar respuesta.

El médico lo siguió, con el instrumental tintineando. Annie merodeaba en el umbral, escuchando sin pudor, y transmitía cada mueca y cada quejido a Connie en el salón.

—Es grave —susurró—. Pero el médico dice que la hoja no tocó el hueso. Está taponando la herida, pero la hemorragia...

Connie la mandó callar, con los ojos fijos en Jack, que se había sumido en un sueño superficial. Permanecía sentada, petrificada, con la mente vacía salvo por el subir y bajar del pecho del niño y los cardenales purpúreos en sus muñecas, donde la cuerda lo había rozado.

Pasada una hora, Thomas reapareció. Estaba pálido, sudoroso, con un vendaje limpio apretado contra el pecho. El doctor se había marchado, y el olor a éter flotaba en el aire.

Se dirigió directamente al salón, sin apartar la vista de Jack. Connie se puso en pie, incapaz de sostenerle la mirada, pero Thomas ignoró su vergüenza.

Se arrodilló, hizo una mueca de dolor y apoyó una mano en el hombro de Jack. El niño se despertó, parpadeando. Thomas sonrió solo un segundo, con un gesto puro y vulnerable.

—Te dije que lo traería de vuelta —dijo suavemente.

Jack asintió, acurrucándose más contra su madre. Luego, con una voz tan tenue que Connie casi no la oyó, dijo: —Gracias, señor.

Thomas se levantó, se tambaleó y Annie se adelantó rápidamente con un vaso de coñac, que él tomó y bebió de un trago. —Debería descansar —dijo Connie, con las palabras quebrándosele en la garganta.

—Lo haré en cuanto él esté a salvo.

Los hombres del molino se dispersaron, dejándolos a los tres solos junto al fuego. Connie quería desplomarse, llorar hasta que la última gota de miedo se hubiera agotado, pero se mantuvo rígida, incapaz de dejarse llevar. Jack dormía de nuevo, estremeciéndose de vez en cuando, con un silbido en la respiración.

Thomas se dejó caer en el sillón de enfrente, con el cuerpo claramente agotado. Observó a Connie a través del parpadeo de las llamas.

—Gracias —dijo ella, finalmente—. Tú lo salvaste.

El fuego era un rugido suave y constante, y la habitación estaba iluminada únicamente por su luz. Después de un rato, Thomas dijo: —Los hombres que hicieron esto están acabados. No volverán a molestarla.

Connie miró a Jack, peinándole el cabello con los dedos. —Usted no los conoce como yo; hay más de donde vinieron esos.

Se hizo el silencio. Fuera, el viento golpeaba las ventanas, pero dentro el mundo se había reducido a esa habitación, a esas tres vidas suspendidas en el resplandor.

Connie esperó hasta que Jack estuvo profundamente dormido y luego se levantó con cuidado del sofá. El agotamiento era tan grande que sentía los huesos huecos, pero cruzó hasta donde Thomas estaba sentado y se acuclilló junto a su silla.

—Está herido —susurró ella.

Él se encogió de hombros con un movimiento rígido. —Sanará.

Ella alargó la mano hacia su hombro vendado, con timidez. —¿Puedo?

Él asintió. Ella retiró el lino y descubrió la herida, irritada pero limpia. Presionó la mano contra ella, y el calor de la piel de él le produjo una sacudida en la palma.

Por primera vez, Thomas pareció asustado, no por la muerte, sino por el contacto mismo, por la ternura del gesto. Connie recorrió la línea del vendaje con la mano temblorosa.

No fue su intención, pero las lágrimas brotaron. No fue un llanto ruidoso, sino un temblor silencioso. Lloró por el día transcurrido, por el niño, por cada crueldad que los había llevado hasta allí.

Thomas la atrajo hacia su pecho y dejó que sollozara, acariciándole el cabello a pesar de sí mismo.

—Nunca más —dijo él—. No volverás a huir mientras yo respire.

Ella asintió, incapaz de hablar. Permanecieron así mucho tiempo, mientras el fuego se consumía.

En la puerta, la señora Briggs observaba. Tenía los labios apretados, pero sus ojos estaban llenos de algo más suave, una especie de comprensión. Cerró la puerta silenciosamente y los dejó descansar.

CAPÍTULO DIECIOCHO



La casa contenía el aliento.

El amanecer llegó con el sigilo de una catedral, con la luz invernal difuminada a través de los cristales cubiertos de escarcha. En la quietud de la sala de estar privada de Thomas, todo lo que importaba estaba contenido en el pequeño espacio de la alfombra frente a la chimenea; el aire estaba denso por el aroma del pino quemado y el toque antiséptico del alcohol.

Jack yacía en una fina cama de invitados cerca del hogar, con el rostro reluciente por la fiebre y el aliento raspando al entrar y salir como si el esfuerzo pudiera destrozarlo. Connie estaba arrodillada a su lado, con el pelo suelto, los ojos rojos como la sangre y la mano siempre sobre el hombro del niño. Durante mucho tiempo no se movió, excepto para presionar suavemente el dorso de su mano sobre la frente de él o ajustar la manta de lana que lo cubría de la barbilla a los pies. De vez en cuando susurraba su nombre, apenas audible por encima del tictac del reloj de la repisa, con la voz tensa como si algo más fuerte pudiera quebrarlo.

Al otro lado de la habitación, Thomas permanecía congelado en el umbral, como un fantasma pálido en mangas de camisa y con un vendaje manchado de sangre que le recorría diagonalmente desde la clavícula. No había entrado; no se había sentado. En su lugar, se apoyaba con ambas manos en el dintel, con la cabeza inclinada y los

labios moviéndose en un inventario silencioso de la escena. El fuego, el niño, la silueta encorvada y temblorosa de la madre. La estampa se parecía tanto a otro sueño que había muerto en esta casa.

No confiaba en sí mismo lo suficiente como para dar un paso al interior.

El niño se estremeció. Connie presionó la palma de la mano contra su pecho, contando el ascenso y el descenso, y luego susurró: —Quédate conmigo, cariño. Eso es. Quédate.

Pasó un minuto. Otro. La madera en el fuego siseó y chisporroteó. Sobre la alfombra, Jack gimió, un sonido parecido al de un animal herido. —¿Mamá?

—Aquí estoy —susurró ella, con cada sílaba impregnada de disculpa por un mundo tan cruel como para dar caza a un niño a través de la nieve.

Thomas observaba con los nudillos blanquecinos y una vena latiendo en el ángulo de su mandíbula. Recordaba esto: la impotencia que se aferra a un hombre ante un sufrimiento que no puede ni ordenar ni derrotar. No había salvado a los suyos. No podía olvidarlo.

Jack rodó sobre su costado, con los brazos aferrados a la manta. —Agua —graznó, pero la sílaba se interrumpió, tragada por un ataque de tos.

Connie buscó a tientas la jarra en la mesa auxiliar, pero estaba vacía, y el cristal traqueteó en su mano temblorosa. Se quedó mirándola, como si el deseo pudiera conjurar líquido del aire.

Thomas, por fin, se movió. Soltó el dintel y cruzó la habitación; el esfuerzo era visible en cada paso. No miró a Connie, solo al niño. Cogió la jarra, vertió de la licorera del aparador y llenó el vaso con tal deliberación que el agua apenas tembló.

Se lo ofreció, pero Connie ya se había inclinado para acunar la cabeza de Jack, sosteniéndolo con la dulzura de una mujer que había aprendido a hacerlo todo por sí misma, siempre. Thomas vaciló y luego, viendo que ella tenía dificultades, acercó el vaso a los labios del niño, inclinándolo lo justo para que un fino hilo pasara entre los labios agrietados de Jack.

Jack bebió, tartamudeó y luego se desplomó de nuevo sobre la almohada, dormido otra vez antes de que su cabeza tocara el lino.

Connie le limpió la boca con la manga y luego miró a Thomas con el rostro surcado a partes iguales por el sudor, las lágrimas y la determinación. Por un momento, ninguno de los dos habló. Compartían solo la vista de Jack, ahora tranquilo, con el trabajo urgente del momento a sus espaldas y la preocupación más profunda e innombrable por delante.

Thomas devolvió el vaso a la mesa. Le temblaban las manos. Las cerró en puños para ocultarlo, pero Connie lo vio y, por primera vez desde que llegó a esa casa, su corazón se estremeció no por miedo, sino por reconocimiento.

—Gracias —dijo ella, y las palabras le resultaron tan extrañas en la lengua que las repitió, más bajo, casi para sí misma—. Gracias.

Él inclinó la cabeza, pero no respondió. En su lugar, permaneció a su lado, con los ojos fijos en Jack, y observó al niño dormir, como si al observar con suficiente intensidad pudiera garantizar un futuro que una vez no consiguió proporcionar.

El día cobró fuerza. Un sol pálido se arrastró sobre la colina lejana, asomando a través de los cristales moteados por la escarcha y pintando la habitación con un oro tenue que aplanaba todos los colores.

La fiebre de Jack remitió con la misma falta de dramatismo que un juguete de aire comprimido: en un momento tiritaba y gemía, y al siguiente yacía inmóvil, con el sudor secándose en regueros fríos a lo largo de su mandíbula. Connie le limpió la frente con un paño húmedo, con cada movimiento lento y deliberado, como si la rapidez pudiera despertar de nuevo la fiebre y deshacer su pequeño milagro ganado con tanto esfuerzo.

Thomas se sentó en una silla de terciopelo arrimada a la cama, con una postura tan rígida que las líneas de su chaqueta se negaban a relajarse incluso ahora, tras una hora de vigilancia. Sus ojos seguían cada contracción de la boca del niño, cada cambio en la respiración de la madre. El silencio entre los adultos era tenso, no hostil, sino cargado con el conocimiento de que nada podía devolverlos a la noche anterior.

Jack dormía, el sueño superficial y sin sueños de los maltrechos. Con cada exhalación, Connie soltaba una propia, solo a medias consciente de su reflejo en el cristal de la ventana: una mujer deshecha por la preocupación.

Por fin, cuando la luz alcanzó la alfombra e hizo que los hilos brillaran como un retazo de oro, Thomas habló. Su voz no era el ladrido nítido de un mando, sino un sonido deshilachado y casi tierno.

—Pensé que moriría.

Connie no levantó la vista, solo ajustó la manta alrededor de los pies de Jack. —Yo también.

Thomas puso las manos sobre sus rodillas, con los dedos extendidos como si se anclara al mundo. Observó el fuego, con las brasas colapsando sobre sí mismas, pasando del naranja al negro en un suspiro.

—Siempre parece tratarse de la pérdida, de lo que nunca podrá ser... —dijo, tan bajito que Connie casi no lo oyó.

—Para ti igual que para mí —terminó Connie por él, con suavidad.

Él asintió una vez, y ella vio que sus nudillos estaban blancos contra el terciopelo.

—Levanté muros —dijo él, sin mirarla a los ojos—. De silencio. De trabajo. Pensé que si los hacía lo suficientemente altos, nada podría entrar para volver a herirme. Pero me equivoqué.

Connie lo miró de frente entonces, y lo que vio no fue al señor, ni siquiera al hombre que había rescatado a su hijo a precio de su propia sangre, sino algo más despojado: la arquitectura de un superviviente, con cada ladrillo puesto por la pérdida.

Ella se limpió las manos en el delantal. —No eres el único que construyó una fortaleza para mantener fuera a los demás —dijo en voz baja—. Después de que mi marido muriera, me dije que era mejor no esperar nada. No confiar en nadie. —Apartó un rizo de la frente de Jack, reacia a dejar de tocarlo, como si su mano fuera lo único que lo sujetaba a la tierra—. Se suponía que debía amarnos. Pero amaba más la bebida y las cartas, y al final, solo dejó deudas.

Thomas dijo: —Por eso huiste.

Ella asintió. —Pensé que podría escapar de la vergüenza. O del peligro. Pero siempre hay alguien que recuerda, siempre hay un acreedor con más memoria que un cura.

Afuera, un cuervo graznó, agudo y definitivo. El fuego chisporroteó, con chispas saltando como insectos y desapareciendo por el tiro de la chimenea.

Ninguno habló durante un tiempo. El mundo se redujo a ellos tres y al ritmo lento de la respiración de Jack.

Connie habló de nuevo. —Arriesgó su vida. Yo nunca habría tenido fuerzas suficientes. —Las palabras la sorprendieron, pero eran ciertas, y al pronunciarlas sintió el primer temblor de lo que algún día podría ser el perdón; hacia sí misma, hacia el hombre que tenía delante, hacia el mundo que había conspirado para despojarlos a ambos hasta los huesos.

Thomas se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas, y apoyó la cabeza en las manos. El gesto era tan crudo que Connie sintió que debía apartar la mirada, pero no lo hizo.

Después de un buen rato, se enderezó. La luz llenaba ahora la habitación, iluminando el brillo del sudor en la piel de Jack, las líneas cada vez más profundas en las comisuras de la boca de Thomas, la forma en que las manos de Connie habían empezado a estabilizarse, por fin.

—Vivirá —dijo Thomas, y esta vez sonó como una promesa.

Connie subió más la manta sobre el pecho de Jack. —Vivirá.

Un silencio se asentó sobre la habitación. No el silencio sofocante del día anterior, sino algo más ligero, como si el propio aire comprendiera lo que significaba empezar de nuevo, después de que lo peor ya hubiera pasado.

Jack se agitó, murmurando en sueños. Connie le acarició el pelo y Thomas extendió la mano sobre la cama; su mano flotaba sobre la del niño, inseguro de si se le permitía tocarlo. Connie observó y luego asintió una vez, y Thomas dejó que sus dedos descansaran en la muñeca del pequeño, buscando el pulso que lo significaba todo.

Se quedaron así hasta que Jack se despertó, parpadeando hacia el techo alto, y por un momento no supo si estaba vivo o soñando.

Entonces vio a su madre y al señor, ambos inclinados hacia él, y sonrió con una sonrisa pequeña y secreta.

Connie exhaló. Thomas lo soltó. El mundo seguía siendo frío, pero los muros que habían construido para mantenerlo a raya se habían ablandado, solo un poco. En el espacio donde había habitado el dolor, algo más tenía sitio para crecer.

Sin embargo, el mundo insistía en reanudarse.

Un golpe seco en la puerta rompió la calma. El señor Perkins entró, impecable como siempre, aunque sus ojos centellearon con un rastro de simpatía al recorrer los tres rostros acurrucados junto a la cama. Mantuvo la voz baja, pero el mensaje cayó con el peso de un martillo.

—El agente de la ley ha llegado, señor. Desea hablar con usted sobre... bueno, es decir, tiene... las pertenencias del señor Randall.

Connie se sobresaltó, llevando su mano a la cabeza de Jack como para protegerlo tanto de las palabras como de las balas.

Thomas se levantó, con cada músculo reacio; el esfuerzo de ponerse en pie se grababa profundamente en las líneas de su frente. —Quédate con él —le dijo a Connie, y luego siguió a Perkins fuera, con sus pasos amortiguados por la gruesa alfombra del pasillo.

El despacho estaba más frío que la sala de estar; el fuego allí era poco más que una burla de calor. El agente, un hombre de rostro rubicundo con olor a caballos, estaba junto al hogar, con un pequeño maletín de cuero apoyado en la esquina del escritorio.

—Señor Weaver —dijo él, tocándose el ala del sombrero—. Siento la intrusión, pero el papeleo...

—Por supuesto —dijo Thomas con voz seca—. Veámoslo.

Los siguientes minutos fueron una fea coreografía de firmas, contrafirmas y la lectura de una declaración que, a pesar de toda su precisión legal, no podía ocultar el hecho de que un hombre había muerto y que a nadie, en verdad, le pesaba.

—¿Sus parientes? —preguntó Thomas, mientras el agente tapaba la pluma.

—Ninguno, señor. O ninguno que deseara las molestias.

—Entonces asegúrese de que sea enterrado en el camposanto. Como es debido y sin deudas.

El agente pareció que iba a discutir, luego se encogió de hombros. —Como diga, señor. —Hizo una pausa, con la mirada suavizándose, y añadió—: ¿Y el niño? El servicio dice que ya ha pasado lo peor.

Thomas vaciló; la pregunta era tan inusual que lo pilló desprevenido. —Se recuperará. Gracias.

El agente asintió y luego se marchó, con las botas chirriando sobre el suelo encerado.

Thomas esperó hasta que el sonido se hubo desvanecido y luego cogió el maletín. Pesaba más de lo que esperaba. Le dio vueltas en las manos mientras regresaba hacia Connie, casi reacio a mirar dentro.

De vuelta en la sala de estar, Jack seguía durmiendo y Connie tarareaba un fragmento de una canción de cuna que recordaba. No se detuvo cuando Thomas entró, pero sus ojos se dirigieron al maletín y la línea de preocupación en su entrecejo se acentuó.

Él dejó el maletín sobre la mesa cerca de la ventana, donde el sol era ahora una cinta de oro sobre la madera. Con dedos que aún no habían recuperado el color, abrió los cierres y reveló el contenido.

Un reloj de bolsillo con la cadena rota en un extremo; un puñado de soberanos, algunos sueltos, otros envueltos en un pañuelo con olor a colonia barata; una petaca, medio llena de ginebra. Y en el mismo fondo, arrugada y manchada, una pila de papeles doblados con fuerza, sellados en un sobre azul marcado como MANICOMIO THORNFIELD.

Thomas se quedó mirando el sobre. Sus manos vacilaron y luego lo arrebataron como temiendo que pudiera arder. Lo abrió apresuradamente.

Connie se levantó, abandonando la cama para ponerse a su lado. Él no la miró, pero ella vio cómo la palidez se extendía por su rostro mientras leía.

La carta era corta, escrita con la caligrafía precisa de un escribiente.

Al señor Randall, empezaba.

Su consulta respecto a la finada señora Eleanor Weaver ha sido recibida. Queda informado de que su petición de paternidad está en

nuestros archivos. Toda correspondencia relativa al bienestar del infante será enviada según se ha indicado.

Había más. Los labios de Thomas se movieron mientras escaneaba el resto. Pasó la página y encontró una segunda hoja más fina, esta vez del superintendente:

Lamento informarle de que la señora Weaver falleció en el parto, el 17 de marzo. El niño varón sobrevivió y se encuentra bajo el cuidado de la institución. Serán bienvenidas nuevas consultas.

Le temblaban las manos. Volvió a leer, más despacio, como para extraer un significado diferente de las mismas palabras. Pero allí estaba: el niño varón sobrevivió.

Connie leyó por encima de su hombro, en silencio.

Después de un largo rato, Thomas susurró: —Vive. —Se le quebró la voz en la última palabra, con un sonido más frágil de lo que ella habría creído posible.

Dejó caer la carta sobre la mesa, cubriéndose los ojos con una mano. Connie le puso la mano en la espalda, sintiendo el temblor de los músculos, la posibilidad largamente contenida de esperanza, pesar y miedo, todo reuniéndose en el espacio de un solo suspiro.

Ella no dijo nada durante un tiempo. Luego: —Lo encontraremos.

Era la primera vez que se incluía a sí misma en el futuro de él.

Él dejó caer la mano, y la carta era ahora una mancha azul contra la madera oscura. Afuera, las campanas de Santa María empezaron a sonar, un tañido lento y deliberado que se filtraba a través del cristal de la ventana y llenaba la casa con el recuerdo de unas Navidades que ninguno de los dos había conocido verdaderamente.

Jack se movió, tosiendo, y Connie corrió a su lado con un toque rápido y seguro. Thomas los observaba desde el otro lado de la habitación; el vacío de su pecho estaba ahora ocupado no por un fantasma, sino por algo con pulso y una promesa.

Recogió los papeles, los dobló con un cuidado que nunca antes había mostrado por nada y los volvió a meter en el sobre.

La nieve afuera había empezado de nuevo, una caída lenta que borraba cada rastro de la noche anterior. El mundo estaba en blanco

y virgen, a excepción de ellos tres y el niño que vivía en algún lugar, esperando.

Mientras las campanas daban las vísperas, Thomas se apoyó contra la ventana fría, observando a Connie consolar a su hijo. Ella se encontró con su mirada y, por primera vez, no la apartó.

La esperanza resultó ser silenciosa. Pero también era feroz, y aún no se había agotado.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La casa estaba de luto, pero no por el cadáver que yacía en el camposanto de la aldea. Una aflicción más sutil se extendía por cada pasillo, se aferraba a los rincones de cada hogar y estremecía las filas del servicio.

A las nueve, la penumbra se había asentado de forma tan profunda que incluso las lámparas parecían rehuir sus obligaciones. La cocina, que solía ser el refugio de la casa, estaba atestada de sombras y del murmullo bajo de las voces. Era como si el mundo más allá de las ventanas no solo se hubiera aquietado, sino que hubiera succionado el aire de las propias paredes.

Annie permanecía en su puesto habitual junto al fregadero, con las manos enrojecidas por el jabón de lejía y los ojos oscilando entre su trabajo y los rectángulos pálidos de escarcha en la ventana. La conversación en la mesa zumbaba a su alrededor, subiendo y bajando de tono mientras orbitaba sobre aquel suceso que todos fingían no mencionar.

—Esto es una señal, no cabe duda —susurró una de las criadas, con una voz proyectada para que se la oyera— . Una muerte en el vestíbulo, en plena semana de Navidad...

—Mala suerte, desde luego —asintió el lacayo, como si lo hubiera sabido desde el principio.

—No solo mala suerte. Tal vez una maldición. Dicen que persigue a la familia, desde el primer Weaver que construyó este lugar. Todos los herederos acabaron locos o tuvieron un final extraño. —La criada se santiguó con un gesto rápido y eficiente, aunque su voz denotaba más entusiasmo que temor.

Annie apretó la mandíbula. No iba a consentir aquello. —Es el tiempo, y la bebida. Y hombres con más lengua que seso. No empecéis con maldiciones, y menos con el señor en casa. —Miró con severidad al lacayo, quien se limitó a sonreír, complacido por el sonido de su propia superstición.

Otra de las criadas se inclinó hacia delante con los ojos muy abiertos. —¿Oísteis cómo le habló a la señora White anoche? Como si fuera la dueña de la casa, y no solo... —Se interrumpió al darse cuenta de que Annie estaba escuchando con atención.

—Salvó al niño, ¿verdad? —replicó Annie, con una voz más afilada de lo habitual—. Lo demás no importa. —Frotó con más fuerza, como si las manchas de los chismes pudieran eliminarse de la ropa hirviéndola.

El lacayo resopló. —O quizás es ella quien ha maldecido el lugar. Una mujer que aparece de la nada y trae problemas. Así es como van estas historias. —Sus ojos se dirigieron a Annie, buscando una reacción. Al ver que ella no decía nada, se encogió de hombros—. Solo digo lo que dice la gente.

Toda la cocina guardó silencio cuando entró la señora Briggs con el libro de cuentas en la mano y una mirada tan intensa que pareció enfriar el ambiente. Recorrió la habitación con la vista como si contara a los vivos y a los muertos, y luego golpeó la mesa con los nudillos.

—Si tenéis aliento para parlotear, lo tenéis para trabajar. Marsh, el señor quiere té en el despacho. De inmediato.

Annie se secó las manos, asintió y salió de la cocina casi corriendo. Recorrió el pasillo con zancadas medidas, manteniendo la barbilla alta, pero las paredes se sentían más próximas de lo habitual y las puertas resultaban más intimidantes. Vio su propio reflejo en el cristal de un reloj y no reconoció aquel rostro tenso y pálido. Había

historias sobre personas que veían su muerte en un espejo; su madre juraba que era cierto.

Se sacudió el pensamiento, decidida a no unirse a las filas de quienes dejaban que la fantasía superara al deber.

Cerca del vestíbulo principal, se detuvo al oír movimiento en el piso superior. Era el paso del señor, inconfundible por su regularidad, pero más lento de lo habitual. Escuchó, oyó la pausa en la escalera y luego el clic seco de una puerta al cerrarse. El despacho. Siempre el despacho.

Se dirigió hacia allí; la bandeja temblaba lo justo para que las tazas tintinearan a modo de advertencia. En el umbral se detuvo, se compuso y llamó a la puerta.

—Adelante —llegó la respuesta, seca y cansada.

En el interior, el fuego ardía bajo, proyectando más sombras que luz. Thomas Weaver estaba sentado al escritorio, rodeado de un foso de papeles y libros, con las manos entrelazadas ante sí como si estuviera rezando. No levantó la vista hacia Annie; solo asintió una vez en su dirección.

—Su té, señor —anunció ella, dejando la bandeja en el borde del escritorio. Se atrevió a lanzarle una mirada al rostro. Parecía más viejo que esa mañana, con las facciones tensas y la piel del color de la cera.

Él mismo se sirvió una taza con manos firmes a pesar de todo. La dejó sobre el secante, sin probarla, y pasó una página con la palma de la mano. Annie esperó, indecisa, hasta que él la despachó con un pequeño gesto imperioso.

Ella se retiró y la puerta se cerró tras ella con un chasquido que sonó demasiado fuerte para el sosiego de la casa. Por el pasillo se encontró con Connie, que estaba en el corredor con los brazos cruzados con fuerza. Tenía los ojos enrojecidos, pero su postura era desafiante, como si hubiera pasado la última hora al borde de quebrarse y ahora se negara a ceder ni un milímetro más.

Annie vaciló y luego se acercó. —Parece destrozado —susurró, mirando hacia la puerta cerrada del despacho—. Creo que... creo que le está costando porque no puede dejar que se note.

Connie miró al suelo y luego volvió a mirar a Annie. —Lo sé. Lo vi anoche.

Permanecieron juntas un momento, dos testigos de una pena que nadie más en la casa quería reconocer. Entonces, sin decir palabra, Connie se dio la vuelta y se dirigió a la puerta del despacho. No llamó. No se detuvo a considerar si aquello estaba permitido.

Entró.

La habitación estaba aún más oscura que antes. Thomas no se levantó, ni ocultó la irritación en su voz. —Si ha venido a por la bandeja del té...

Ella cerró la puerta tras de sí; el sonido fue deliberado, definitivo. —Esto no puede seguir así —dijo, y se sorprendió de la firmeza de su propia voz.

Él parpadeó y dejó que la página que sostenía cayera sobre el escritorio. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la casa se muere de silencio. Por las cosas que no se dicen. —Dio un paso al frente, no de forma agresiva, sino inquebrantable—. Y los rumores son cada día más disparatados. Cree que si lo entierra a suficiente profundidad, permanecerá muerto. Pero no es así. Brota por las grietas.

Él la miró fijamente, sin pestañear. Ella vio el destello de la ira y luego algo más triste, un agotamiento que iba más allá de las noches sin dormir.

—No es asunto tuyo lo que yo diga o deje de decir —dijo él, tratando de restablecer la relación de amo y sirvienta entre ambos, a pesar de saber que hacía mucho que había desaparecido.

Ella avanzó otro paso, con las manos apretadas a los costados. —Tú me contaste la verdad y te lo agradezco. Pero si no dejas entrar a los demás, acabará consumiéndote. A ti y a todos los demás en esta casa.

Él se quedó muy quieto y ella se dio cuenta de que le temblaban las manos ligeramente. Apartó la mirada hacia la ventana empañada por la escarcha, donde nada se movía salvo el viento.

—Durante años, pensé que si nunca pronunciaba su nombre, ella nunca podría atormentarme —dijo, casi para sí mismo.

—Lo hace de todos modos —replicó Connie, con voz más suave ahora—. Al igual que Randall. Al igual que cada historia que guarda bajo llave.

Él soltó el aire despacio, como si lo hubiera estado reteniendo toda una vida. —¿Qué quieres que haga?

—Díselo —dijo ella, situándose al borde de la alfombra, ante el fuego—. Díselo a la casa. Díselo al servicio. Díselo a tus propios fantasmas si es necesario. Pero habla, o esto seguirá así hasta que la casa no sea más que un eco de sí misma.

Él soltó una carcajada ronca que salió de su garganta como el sonido de una sierra. —Te has vuelto muy audaz, señora White.

Ella no se amilanó. —Tú también.

Él se levantó entonces, no con pomposidad sino con deliberación, como si sopesara por primera vez en semanas toda la carga de su propio cuerpo. Caminó hasta el hogar, miró las llamas y luego volvió a mirar a Connie. —Tal vez tengas razón —dijo, pronunciando las palabras con renuencia—. Tal vez sea hora de dejar de huir de los muertos.

Ella no dijo nada, pero asintió una vez.

Él se quedó mirando el fuego, con las líneas de su rostro marcadas con nitidez por la luz cambiante. —Mañana —dijo—. Se lo diré a todos.

Connie se permitió respirar por fin. Lo observó allí de pie, con los hombros rectos pero temblorosos, y supo que el mundo había cambiado de nuevo, aunque solo fuera una pizca.

Se dio la vuelta para marcharse. En la puerta, miró hacia atrás. —No estará solo —dijo.

Él no respondió, pero no fue necesario.

Afuera, el viento se había calmado; el silencio en la casa ya no era una condena, sino una expectativa.

En el despacho, Thomas Weaver permaneció ante el fuego que se extinguía y, por primera vez desde la primera muerte que padeció, se permitió recordarlo todo.

Al mediodía del día siguiente, el Gran Salón estaba preparado. Aún quedaban restos de los adornos del banquete: ramas de hoja

perenne que cedían bajo la cera de las velas y los candelabros pulidos que aún brillaban bajo la luz.

El servicio se fue reuniendo poco a poco, convocados no por la campana, sino por la autoridad silenciosa que emanaba de la señora Briggs, firme en su puesto en el umbral. Permanecía allí con su libro de cuentas, inmaculada e inescrutable, recorriendo el pasillo con la mirada en busca de rezagados o de cualquier signo de desafío. Las criadas se agrupaban, con las manos entrelazadas en diversas posturas de piedad o autoprotección; los lacayos, apretujados al fondo, susurraban tras las palmas de las manos. Perkins merodeaba por el borde, como si estuviera preparado para intervenir si la ocasión lo requería. Incluso habían traído a las fregonas, con los delantales aún húmedos de las tareas matutinas.

Connie entró la última, con un rastro de frío aferrado a ella al cruzar el umbral. Ocupó su lugar cerca de la pared, no entre el servicio, pero tampoco junto a la chimenea. En algún punto intermedio.

Thomas Weaver ya estaba presente, de pie junto al fuego. Vestía su mejor levita, de tela oscura y perfectamente planchada, pero había algo fúnebre en la forma en que le caía de los hombros. No miró al servicio, ni a Connie, sino que mantuvo la vista fija en la rejilla, como si buscara en las brasas un guion en el que poder confiar.

El silencio era tal que el tictac del reloj de pie sonaba tan fuerte como el rugido del molino.

Cuando por fin se dio la vuelta, todas las cabezas se pusieron alerta.

—Gracias a todos por venir —dijo. Su voz era baja, pero cortaba el silencio con nitidez. Observó a los congregados, deteniendo la mirada un poco más en Connie que en los demás—. He... —Vaciló, y luego continuó, recuperando su dignidad como quien se envuelve en una capa—. He ocultado muchas cosas a esta casa. Algunas por orgullo, otras por amabilidad, otras por pura cobardía.

Un escalofrío recorrió a los presentes. Los lacayos intercambiaron miradas; las criadas se inclinaron hacia delante, presintiendo el comienzo de una historia que nadie se atrevería a perderse.

Él continuó: —Muchos de vosotros habéis oído, o sospechado, las circunstancias de la muerte de mi esposa. Los rumores son muchos, y la mayoría no son más que medias verdades en el mejor de los casos. Pero es hora de que se aclare lo sucedido.

Dejó que las palabras calaran, permitiendo que la incomodidad hiciera su trabajo.

—Mi esposa, Eleanor, no fue empujada a su final por la crueldad o el abandono. No era feliz, es cierto. Nuestro matrimonio fue un error desde el principio. Yo me culpaba de ello, y con razón. Pero había más. Ella encontró en otro lo que yo no pude darle. Randall. —Hizo una pausa, y el nombre quedó suspendido en el aire como un doblar de campanas—. Ella le amaba a él. No a mí. Y cuando se vio en estado, creyó que el niño era de él.

Se oyó un grito ahogado de sorpresa de una de las criadas, acallado al instante.

La mirada de Thomas se tornó distante. —Yo lo sabía. Ella me lo confesó la noche antes de que se la llevaran. La perdoné de inmediato, deseaba tanto tener un hijo, pero ya era demasiado tarde. Estaba destrozada por la culpa y por las opiniones de los médicos que insistían en que debía ser enviada a un sanatorio, y yo no hice nada para evitarle aquello. Fue al asilo porque no tuve otra forma de protegerla del escándalo, o de sí misma. Allí murió, y creemos que el niño con ella.

En ese punto se volvió hacia Connie; sus ojos le suplicaban que no revelara lo contrario. Se volvió de nuevo hacia el servicio, con el rostro pálido pero firme. —Dejé que en la aldea hablaran mal de mí porque era más fácil ser odiado que compadecido. Dejé que dijeran que era un tirano, que la casa misma estaba maldita. Quizás en cierto modo lo esté.

Inhaló con un sonido tembloroso. —La muerte de Randall fue un accidente, pero no una tragedia. Era un necio y un cobarde, y tampoco la merecía a ella. Pero por el bien de ella, diré esto: amó con todo su corazón, incluso cuando eso la destruyó. Y por ello, merece vuestro recuerdo, si no vuestro perdón.

Entrelazó las manos a la espalda y, por primera vez, miró directamente al servicio. —A todos se os debe la verdad. Dejad que

se pronuncie y dejad que la casa esté en paz.

Siguió un silencio denso e impenetrable. Por un momento, los sirvientes permanecieron como estatuas de hielo.

Entonces Annie Marsh, incapaz de contenerse, se llevó el delantal a los ojos y lloró abiertamente. Las demás criadas se quedaron boquiabiertas; sus cotilleos quedaron de pronto vacíos de contenido. Los lacayos, menos sensibles a las sutilezas del corazón roto, se limitaron a mirar al suelo, pero incluso sus posturas parecían suavizadas por la revelación.

Perkins, maestro de ceremonias, hizo una breve y solemne inclinación de cabeza, un asentimiento desde el altar del protocolo.

La señora Briggs, junto a la puerta, parpadeó varias veces y, por una vez, no dijo nada.

Thomas soltó un largo y lento suspiro, como si lo hubiera estado conteniendo durante años.

Desde su posición junto a la pared, Connie observó cómo cambiaba el ambiente. No era un milagro, ni una curación, sino el lento reordenamiento de los átomos tras un incendio. La vieja historia, contada al fin, liberaba a la casa de su cautiverio, no quizá hacia el perdón, sino hacia un futuro en el que al menos se pudiera decir la verdad.

Entonces ella dio un paso al frente para situarse a su lado. No le tocó el brazo, ni habló, pero en la firmeza de sus hombros y la calma de su rostro, ofrecía todo el testimonio que un hombre pudiera necesitar.

Thomas se irguió y, por primera vez, pareció más joven de lo que era.

El reloj dio la hora, con una campanada fuerte y clara. En medio de esa quietud, Connie avanzó.

No estaba planeado. No había ensayado, en cien horas de insomnio, las palabras que estaba a punto de pronunciar. Pero al acercarse al lado de Thomas, todos los ojos del salón se volvieron hacia ella, expectantes.

Se enfrentó al semicírculo de rostros: Annie con los ojos rojos y brillantes, Perkins con la espalda recta como una pica, la señora

Briggs con la mandíbula apretada en una línea que no toleraba tonterías pero que, ahora, quizás mostrara un poco de piedad.

—Mi historia es más corta —comenzó Connie. Su voz sonaba extraña a sus propios oídos, pero resonó con claridad en el salón abovedado—. Hui de mi pasado porque tenía miedo. Mi marido murió. Lo mataron por deudas, no por su propia mano, sino por la misma banda de hombres que me siguió hasta aquí. —Vaciló, pero el silencio pareció elevarla en lugar de oprimirla—. Pensé que si me escondía, podría mantener a mi hijo a salvo. Pero esconderse no hizo que el peligro desapareciera. Y no me hizo valiente.

Dejó caer las manos a los lados, con las palmas abiertas. —No soy mejor que ninguno de los aquí presentes. Fui una cobarde. Si el señor es culpable de orgullo, yo lo soy de haber huido.

Hubo un movimiento de cuerpos. Los lacayos, inseguros sobre el protocolo, miraron a la señora Briggs, quien devolvió la mirada a Connie con algo peligrosamente parecido a la aprobación.

Connie continuó: —Supongo que la única lección es que los secretos no se quedan enterrados. Simplemente se pudren en la oscuridad y regresan con dientes más afilados.

Miró entonces a Thomas, con una ojeada rápida pero intensa. —Él se ocultó porque era orgulloso. Yo me oculté porque tenía miedo. Ambos nos equivocamos.

Un murmullo recorrió la habitación; no fue una risa, sino algo más cálido. Annie se limpió la nariz con la manga, e incluso los miembros más imperturbables del servicio parecieron relajarse un poco; el eje del mundo se había desplazado con una sola frase honesta.

Thomas inclinó la cabeza. —Gracias —dijo, con sinceridad.

La señora Briggs cerró su libro de cuentas de un golpe; el chasquido fue la señal de que el viejo mundo, para bien o para mal, se había disuelto. —Ya habéis oído a la señora. A vuestros puestos. Todavía hay que preparar la cena y llevar una casa.

El servicio se dispersó, no con la prisa furtiva de una retirada, sino con la cadencia medida y casi majestuosa de las personas que acaban de decidir vivir un poco mejor tras lo que han presenciado. Perkins se demoró en el borde, luego se acercó a Thomas, hizo una

reverencia y dijo en voz baja: —Bien hecho, señor. —Se marchó antes de que se pudiera ofrecer respuesta alguna.

Cuando el salón se vació, solo quedaron Thomas y Connie, como dos sombras alargadas por el fuego tras ellos. El día afuera se había desvanecido en un borrón azul y blanco, y la nieve reflejaba la última y débil luz del año.

Permanecieron juntos un momento, sin decir nada. No quedaba nada por decir.

El fuego ardía bajo. Thomas extendió una mano, con la palma hacia arriba, tan dubitativo como un hombre que pide una segunda vida. Connie la tomó, con su propia mano firme, entrelazando sus dedos con los de él como si siempre hubieran conocido la forma del otro.

Sonó una campana desde la aldea, allá abajo; el tañido era bajo y claro, rodando sobre los campos y encontrando su camino hasta la casa.

Connie, sorprendida por el sonido, rió suavemente. —Es Nochebuena —dijo, como si solo ahora se diera cuenta.

—Así es —respondió Thomas, y las palabras, aunque sencillas, relucieron con todo el peso de las cosas que se habían dejado sin decir.

Se acercaron al fuego, uno al lado del otro. Él no le soltó la mano.

En lo más alto, la puerta del cuarto de los niños permanecía cerrada. El pomo de porcelana, pintado con nomeolvides, atrapó la última luz de la tarde y, por primera vez en años, el azul de sus flores se pareció menos al luto y más a la promesa de que, con tiempo, hasta el invierno más crudo puede terminar.

CAPÍTULO VEINTE



La primera auténtica mañana de Navidad en la casa amaneció brillante y gélida. La noche se fundió revelando nieve en los jardines como un campo infinito de diamantes, centelleando contra los cristales y penetrando en cada pasillo donde antaño había anidado la tristeza. Durante un rato, el mundo permaneció en silencio a excepción del graznido distante de un solo cuervo, negro contra el blanco imposible.

Connie se despertó antes del amanecer; el hábito y el temor batallaban en sus nervios hasta que se dio cuenta con alivio de que ninguno de los dos tenía derechos sobre ella hoy. Se vistió rápidamente, poniéndose sus medias más cálidas y el chal que Annie había remendado apenas la semana anterior. Jack ya estaba levantado e inquieto, sentado con las piernas cruzadas sobre su jergón.

—¿Ya es Navidad? —preguntó él, con la voz llena de emoción.

—Lo es —dijo Connie.

Se asearon y se vistieron en silencio, siendo el único sonido el chapoteo del agua fría y el rápido rascado de las uñas de Jack mientras atacaba una mancha de suciedad rebelde detrás de su oreja. La casa de abajo ya estaba despierta: el olor a levadura horneada y jamón a la pimienta llegó al ático mucho antes que el

estrépito de las cacerolas, y la campana de la cocina llamaba al servicio a sus puestos con una urgencia inusual.

Bajaron juntos, de la mano, con las botas de Jack golpeando los peldaños. La cocina, que tan a menudo se sentía como el último puesto avanzado y brillante contra el mundo, era más que eso hoy. Annie y las fregonas se amontonaban en la mesa principal, extendiendo masa de jengibre y bañando manzanas en un azúcar tan espeso que se cristalizaba en la piel. Perkins estaba ante el fogón atendiendo una caldera, con la nariz ya rosada de catar el vino especiado.

La llegada de Jack causó revuelo; la emoción de tener a un niño en la casa por Navidad parecía elevar aún más el ánimo del hogar. Annie lo llamó de inmediato, llenando su plato con pan y un grueso trozo de panal de miel. Connie se sirvió té, contenta de observar el lento y milagroso desarrollo de una mañana libre de temores.

Connie sorbió su té, dejando que el calor calara en sus huesos. Por primera vez desde su llegada a la casa, sintió un escalofrío de consuelo en lugar de un presentimiento de desastre. Miró a su alrededor, preguntándose qué estaría haciendo Thomas Weaver, si dormía, si guardaba luto, o si la revelación de la noche finalmente lo había dejado lo bastante vacío como para empezar de nuevo.

No tuvo que preguntárselo por mucho tiempo.

A las siete y media, cuando la cocina estaba en su punto más ruidoso y Jack apenas terminaba su segunda rebanada de pan, un silencio cayó sobre el servicio. Comenzó con Perkins, que se enderezó y dejó su taza con un tintineo tan agudo que atrajo todas las miradas hacia el pasillo. Allí, en el umbral de la puerta, estaba Thomas Weaver.

Estaba completamente vestido, pero no con la armadura a medida que solía llevar para el desayuno. Hoy, su chaleco era de un azul oscuro y suave, y el cuello de su camisa estaba arrugado. No gritó, ni miró con severidad, ni siquiera se anunció. Simplemente se quedó allí, con una mano apoyada en el marco, como si esperara a ser invitado a su propia casa.

Por un momento, nadie se movió. Entonces Connie se levantó, porque era lo único que podía hacerse, y Jack la siguió, dubitativo.

—Buenos días —dijo Thomas. Las palabras pillaron al servicio desprevenido, y Annie respondió con un torpe: —Feliz Navidad, señor—, que hizo que el resto murmurara lo mismo.

Thomas asintió, sin que su rostro revelara nada. Pero sus ojos se demoraron en Jack, como si volviera a familiarizarse con el milagro de la existencia continuada del niño.

—Me pregunto —dijo él, con voz más baja ahora— si podría pedirle un momento, señora White.

Connie asintió, mirando a Jack. —Vuelvo enseguida, cariño.

Pero antes de que pudiera soltarse, Thomas añadió: —El niño también, si lo desea.

Los ojos de Jack se agrandaron y bajó del banco, estirándose la camisa con una solemnidad que habría sido propia de un obispo. La cocina se quedó en absoluto silencio. Perkins, cuya carrera se había forjado en la supresión de toda expresión, soltó un suspiro de pura incredulidad.

Siguieron a Thomas por el pasillo principal, dejando atrás un silencio absoluto.

La casa estaba más radiante de lo que Connie la había visto nunca. La luz del sol, reflejada en la nieve, atravesaba cada ventana y teñía la madera con un baño de plata y oro. Incluso las motas de polvo parecían bailar, llevadas por corrientes de aire que se sentían como el aliento de algo que despertaba.

Caminaron en silencio hasta llegar al vestíbulo principal, donde se reveló el motivo de la llamada de Thomas.

En el centro del suelo de mármol se alzaba un abeto tan masivo que casi alcanzaba el rellano de la gran escalinata. Sus ramas estaban cargadas de rocío, las agujas afiladas e imposiblemente verdes contra la paleta apagada de la entrada. El árbol no estaba allí ayer, como tampoco lo estaban las marcas de rozaduras en las baldosas ni el tenue rastro de barro que iba desde el umbral hasta su base.

Thomas se detuvo frente a él, con las manos entrelazadas a la espalda, y por un momento pareció menos el señor de la casa que un escolar enfrentándose a una lección especialmente ardua.

—Siempre fue su tradición —dijo tan bajito que Connie casi no lo oyó—. Ella insistía en ello, cada año.

Alargó la mano y tocó una rama con un dedo. —He pensado que quizá usted y Jack podrían ayudarme a decorarlo. Si les apetece.

La mente de Connie dio vueltas ante lo absurdo de la situación. El hombre que había gobernado esta casa como un dios frío, pidiendo ayuda con un árbol de Navidad. Se volvió hacia Jack, esperando confusión, pero el rostro del niño se había iluminado con una sonrisa amplia y sincera.

—¿Puedo, mamá? —preguntó él, dando ya un paso adelante.

—Por supuesto —dijo Connie, con un nudo en la garganta.

Jack se acercó al árbol de inmediato, rodeándolo, examinando las ramas con la misma atención meticulosa que había dedicado a su muñeco de nieve. —¿Qué le pondremos? —preguntó, dirigiéndose a Thomas con una mezcla de asombro y determinación.

—Hay cajas —respondió Thomas, señalando una pila de cajones maltrechos a un lado del vestíbulo—. No tengo ni idea de qué contienen. No he mirado dentro en años.

Jack se puso a trabajar de inmediato, abriendo la caja superior con un crujido satisfactorio. En su interior, encontró guirnaldas de oro desvaído, hileras de naranjas y arándanos secos, y bolas de cristal tan delicadas que parecían flotar sobre el papel de seda que forraba la caja. Se volvió, sosteniendo en alto un trozo de guirnalda dorada. —Esta primero, por favor —dijo, y Thomas, tras un momento de vacilación, cogió el extremo y empezó a enroscarla en las ramas más bajas.

Connie los observaba, sintiendo que la habitación se estiraba y se contraía a su alrededor, como si el mundo mismo estuviera luchando por ajustarse a esta nueva forma. Thomas no sonreía, pero el gesto de su boca era más suave, y cuando a Jack se le cayó una guirnalda de arándanos y se rompió en dos, se limitó a agacharse para recoger los trozos y luego los anudó sin una palabra de reproche.

Fue Jack quien rompió el hechizo, subiéndose al taburete y anunciando: —Es el árbol más hermoso que he visto nunca. —Se volvió hacia Thomas, con los ojos brillantes—. Gracias, señor.

Thomas lo contempló un momento y luego asintió. —Gracias a ti, Jack. No habría podido arreglármelas solo.

Thomas permaneció ante el árbol, con las manos relajadas a los costados. El sol de la mañana proyectaba sombras en la pared, y por primera vez Connie vio al hombre como podría haber sido antes de que la pérdida lo convirtiera en un extraño para sí mismo.

Se aclaró la garganta. —Ha cambiado —dijo ella suavemente.

Él la miró, arqueando una ceja. —Ya era hora, supongo.

Ella asintió, sin saber qué responder. Luego, tras una pausa: —Me alegro.

Él bajó la vista hacia el árbol y volvió a mirarla a ella. —Gracias —dijo, y las palabras significaron más de lo que jamás habían significado antes.

El momento fue interrumpido por un golpe en la puerta. Uno, luego otro, y después un alboroto como si el mundo exterior se hubiera confabulado para ver si la vieja casa finalmente respondía. Connie oyó el estruendo y esperó que el servicio lo manejara con el protocolo rígido de costumbre. En cambio, encontró a Annie en el vestíbulo, con el rostro iluminado por un destello travieso.

—El señor mandó a por ellos —susurró Annie, corriendo al lado de Connie—. Los niños. Del pueblo.

Y, en efecto, en el umbral se encontraba un pequeño ejército de niños de la fábrica, ataviados con todos los colores y rayas imaginables, con las manos metidas en mitones prestados y los rostros rojos por el frío. A sus espaldas, la mayor de las mujeres de la fábrica, la señora Hodge, con la cofia torcida y una mirada de desconcierto. —Hemos traído a los niños, el señor nos lo pidió —dijo, pasando la mirada de Connie a Thomas.

Detrás de ella, los niños se movían inquietos; los más valientes estiraban el cuello para ver al legendario señor de la casa, mientras los otros se aferraban unos a otros como las cuentas de un collar.

—Será mejor que paséis, niños, hay mucho que hacer —dijo Thomas con voz ronca.

Connie les dio la bienvenida, llevándolos hacia la calidez del vestíbulo principal. En pocos minutos, el lugar había duplicado su vida y su volumen. El aire vibraba con el parloteo, puntuado por los

gritos agudos de los niños más pequeños que nunca en su vida habían visto un techo tan alto ni una chimenea lo bastante grande como para asar una cabra.

En medio de todo, la señora Briggs apareció de la nada y, en un gesto que desafiaba todo precedente, dio una palmada y empezó a dar órdenes, no con su habitual ladrido fúnebre, sino en un tono que era casi alegre.

—¡Colocad el follaje a lo largo de la barandilla, no a montones, niño, o parecerá un nido de palomas! Annie, asegúrate de que haya candelabros en cada alféizar. Y usted, Brown, no se quede ahí embobado, traiga la caja de los lazos rojos.

Annie, contagiada por el momento, agarró a Jack y a dos niñas del pueblo, y encabezó un desfile de decoradores por el pasillo. Connie la siguió, deteniéndose en el umbral de la sala de estar donde Thomas observaba, con los brazos cruzados, mientras el caos se derramaba a su alrededor.

Era evidente que no esperaba a tantos. Por un momento, su rostro mostró una expresión de aturdimiento. Pero entonces una niña pequeña se le acercó y le tendió una cesta con nueces pintadas, con los ojos negándose a encontrarse con los suyos.

Él se aclaró la garganta. —Gracias, jovencita —dijo, y la niña asintió, con las mejillas encendidas.

Ella huyó, pero su valentía pareció romper el hechizo. Otros niños se acercaron, sujetando adornos o ramas, desafiándose unos a otros con miradas furtivas. Thomas, que nunca en su vida se había arrodillado para atar el zapato de un niño, se vio inclinado para ayudar a un muchacho cuyos dedos estaban demasiado entumecidos para anudar una cinta. El intercambio fue breve pero sísmico; el niño, victorioso, mostró una sonrisa desdentada que deshizo incluso la reserva más severa del señor.

En la cocina, la señora Briggs daba órdenes a un grupo de mujeres del pueblo, pero ellas respondían con risas y anécdotas; la mesa de la cocina iba desapareciendo gradualmente bajo pasteles, bizcochos y un jamón reluciente que habría alimentado a tres casas. Incluso se vio a Perkins esbozar una sonrisa, aunque solo fuera cuando creía no ser observado.

Connie lo observaba todo con una punzada creciente e inexplicable. Siempre había imaginado que, si se le presentara la oportunidad, se encogería ante el ruido de una auténtica festividad, que se retiraría de la exposición ante tantos ojos, ante tanta alegría. Pero aquí, las risas parecían envolverla en una especie de armadura. Se permitió dejarse llevar, dejar que Jack corriera sin supervisión, dejar que Annie la arrastrara a la cocina para probar los bollos de grosella aún calientes del horno.

Cerca del mediodía, Connie se encontró de nuevo en el vestíbulo. El árbol, antaño un coloso desnudo, estaba ahora cargado con cada fragmento de recuerdo que la casa podía ofrecer: bolas de cristal, nueces pintadas, estrellas de papel y guirnaldas. Bajo él, los niños más pequeños de la fábrica yacían de espaldas, mirando hacia las ramas centelleantes y riendo cada vez que una aguja les caía en la mejilla.

Al lado del árbol estaba Thomas. No miraba a los niños ni al servicio, sino al árbol mismo, como si buscara un fallo en el diseño. Cogió un pequeño adorno en forma de pájaro y lo colocó en una rama vacía cerca de la cima. El gesto fue tan gentil, tan distinto al hombre al que Connie una vez temió, que casi la desarmó.

Lo observó por un momento, dejando que el ruido del vestíbulo se alejara. Él pareció percibir su mirada y, tras un instante, se volvió.

—¿Paseará conmigo? —preguntó él, con la voz dirigida solo a ella.

Ella asintió y juntos salieron de la habitación, dejando atrás el color y el ruido. Él le tendió la mano con timidez y ella la tomó.

El camino que eligió Thomas serpenteaba hacia el ala este, cuyo silencio era más profundo que en el resto de la casa, como si las alfombras gruesas y las ventanas con cortinajes hubieran pasado toda una vida aprendiendo a tragarse el sonido. Connie se dejó guiar; la presión de la mano de Thomas contra la suya era extrañamente frágil, como si él esperara que ella se desvaneciera en cada esquina.

Subieron por una estrecha escalera de servicio, la que la mayoría del personal evitaba, y salieron a un rellano con suelo de terciopelo descolorido. Ante ellos había un pasillo corto flanqueado por

acuarelas de todo tipo. Al final del todo aguardaba la puerta del cuarto de los niños.

Connie se detuvo, insegura. La puerta estaba entreabierta.

No recordaba haberla visto abierta jamás.

Thomas no se detuvo, sino que la empujó un poco más; la luz del sol inundaba el umbral en una brillante franja en forma de cuña. —La he abierto esta mañana —dijo él, con la voz quebrándose un poco en la última palabra—. Por primera vez en... bueno. Mucho tiempo.

Entró y la atrajo tras de sí.

El cuarto de los niños estaba tan intacto como afirmaban las leyendas. Cada superficie brillaba de puro cuidado, y el aire estaba perfumado con el recuerdo más tenue de lavanda y jabón de leche. Contra la pared del fondo descansaba un caballo de madera, con las crines aún relucientes. Los estantes bordeaban las paredes, abarrotados de soldados de madera pintados, libros con lomos grabados en oro y animales de porcelana agrupados en familias sobre tapetes amarilleados por los años. En la esquina había una cuna, con la ropa de cama antaño blanca, ahora apagada al color del pergamino viejo. El sol de la mañana, que entraba por dos altos ventanales, resaltaba el azul de los nomeolvides pintados en el pomo de la puerta y proyectaba su sombra por el suelo.

Connie apenas podía respirar. Por un momento, no vio la habitación, sino la suma de toda esperanza que Thomas tuvo por el niño que nunca llegó a habitarla.

—Es precioso —logró decir.

La boca de Thomas se torció, entre una sonrisa y el pesar. —Así debía ser siempre.

Se dirigió a la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda, y contempló los jardines helados de abajo. —Es hora de que los vivos lo recuperen —dijo—. Usted ha enseñado a esta casa a respirar de nuevo.

Se volvió, de espaldas a la luz fría, y la contempló con una quietud que asustaba más de lo que cualquier estallido hubiera podido hacerlo. —Cuando los perdí —dijo—, cerré esta habitación. Luego me cerré a mí mismo.

Se acercó más, sin llegar a cerrar del todo el espacio entre ambos. —Quiero abrirlo todo, ahora. Con usted.

Las palabras eran crudas, inacabadas, de esas que nunca podrían pulirse en un discurso. Volvió a buscar su mano y, esta vez, cuando sus dedos se cerraron sobre los de ella, no hubo nada de vacilación. —¿Se quedará —dijo— para siempre? Como mi esposa.

El corazón de Connie pareció dar un salto en su pecho, el momento era tan radiante que quiso protegerse los ojos. Intentó hablar, no pudo y luego asintió. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Me quedaré —dijo ella, con voz suave pero firme.

Él la atrajo hacia sí y esta vez no quedó distancia alguna. Presionó sus labios contra el cabello de ella, y ella se vio aferrada a las solapas de su abrigo, medio temerosa de que él se le escapara si lo soltaba.

Sintió su aliento contra la mejilla. —Estoy seguro de que los aldeanos tendrán mucho que decir —susurró él—. Que hablen. Hemos vivido cosas peores que las palabras.

Ella se rió. —Es verdad —concedió.

Permanecieron así, bajo el sol del cuarto infantil, hasta que un grito desde el pasillo rompió el hechizo. Jack entró de golpe, con las mejillas encendidas, sujetando un soldado de madera en un puño y una guirnalda de hilo azul que arrastraba en el otro.

—¡Mamá! —exclamó, alzando al soldado como si fuera el mismo Santo Grial—. Mira lo que he encontrado. ¡Hay cientos de ellos!

Entró corriendo en la habitación, dejando huellas en el polvo. Thomas lo cogió por debajo de los brazos, levantándolo en vilo, y por primera vez Jack no se estremeció ni se encogió. Al contrario, les sonrió a ambos desde lo alto y luego se retorció hasta que pudo rodear con sus brazos los cuellos de ambos a la vez.

—Me vas a romper las costillas —dijo Thomas, fingiendo seriedad.

—Poco probable —respondió Jack, y todos rieron; el sonido llenaba cada rincón vacío del cuarto, cada baúl cerrado y cada estante alto, cada espacio silencioso que la casa conservaba.

Los tres se sentaron en la alfombra; Jack narraba las aventuras de los soldados de madera, Thomas le enseñaba a equilibrarlos en

filas y Connie enrollaba la guirnalda azul al cuello del caballo de madera. Perdieron la noción del tiempo, el mundo exterior se redujo al tamaño del parche de luz solar sobre el suelo y al calor compartido de sus cuerpos apretados.

Después de un rato, Thomas se levantó, se desperezó y cogió la ramita de muérdago que Jack había traído pegada a sus botas.

La sostuvo sobre la cabeza de Connie, luego se inclinó y la besó, con suavidad y lentitud. Jack observaba con los ojos redondos y, cuando terminaron, preguntó: —¿Eso es lo que hace la gente en Navidad, verdad?

—Así es —dijo Connie, sintiendo un hormigueo en los labios.

Jack asintió, satisfecho con la explicación.

Caminaron juntos hacia la ventana, los tres hombro con hombro, y contemplaron la nieve reciente. Muy abajo, en el cementerio de la iglesia, una campana empezó a tañer, con un sonido claro y acogedor, elevándose a través del aire blanco hasta el corazón de la casa.

Connie apoyó la cabeza en el hombro de Thomas, con Jack entre ellos, y observó cómo la nieve borraba el mundo antiguo. Pensó en todo lo perdido y en todo lo que quedaba, y en el día que tenían por delante. Un día para ser vivido, hora a hora, sin más temor que las sorpresas ordinarias de la felicidad.

La campana llamaba a los fieles al servicio. En el cuarto de los niños de arriba, la familia, su familia, permanecía unida, completa y lista para comenzar.

EPÍLOGO



Dos años después

La luz del sol invernal entraba a raudales por los altos ventanales del cuarto de los niños, fragmentándose en formas sobre el suelo que antaño había estado reservado para el polvo y el silencio. Ahora, la luz encontraba algo más que una hilera de juguetes intactos o el eco de los pasos. Iluminaba guirnaldas colgadas de cada poste de la cama y de la repisa de la chimenea, el verdor de papel entrelazándose alrededor de velas con forma de regordetes angelitos y cintas de color rojo baya. Flotaba un leve rastro de cera de abeja y lavanda antigua, pero lo eclipsaba el aroma más penetrante y dulce del pan de jengibre que subía desde la cocina, en el piso de abajo.

Sobre la alfombra, ante el hogar, dos niños representaban una encarnizada batalla entre ejércitos de soldados de madera. Jack, que ya le llegaba a Connie casi por la barbilla y empezaba a perder la redondez infantil de sus mejillas, estaba sentado con las piernas cruzadas en el puesto del comandante, inspeccionando el campo de batalla con la paciencia mesurada de alguien mucho mayor de nueve años. Chascó la lengua y empujó a una compañía de hombres de casaca roja para que formaran. —Este flanco —dijo, señalando a la infantería de gorras azules— está superado en número, pero no en puntería. ¿Ves?

Samuel, de seis años, observaba la maniobra con solemne concentración, con las manos apoyadas en la alfombra. Cuando levantó la vista, sus ojos, grandes y de un gris peculiar y hermoso, destellaron bajo la luz de la mañana. Tenía poco de la coloración de Jack, pero la forma de su frente y el ángulo de su mandíbula coincidían con un retrato que Connie había visto una vez de su madre, Eleanor. El parecido se acentuaba cuando Samuel fruncía el ceño, sopesando las probabilidades.

—¿Y si muevo la caballería aquí? —preguntó Samuel, con voz aguda pero clara. Realizó un movimiento lento y deliberado, deslizando a dos jinetes por la alfombra. Tenían los cascos desconchados y la pintura gastada hasta dejar sombras alrededor de sus rostros, pero los soldaditos cabalgaban al rescate con una determinación que no admitía negativa.

Jack asintió con aprobación. —Bien. Eso es lo que yo haría. Inmovilizarán al enemigo por la retaguardia. Se inclinó y recolocó suavemente a uno de los artilleros rezagados de Samuel para que quedara alineado con el resto. —Así.

Reanudaron la batalla, turnándose con los dados, discutiendo en susurros sobre si una baja había sido contada correctamente o si el general podía ser reemplazado por un capitán en caso de una decapitación inesperada. Sus voces, cuando no estaban discutiendo, resonaban con una risa brillante y espontánea. Era algo extraño y nuevo en aquel espacio que durante tanto tiempo había permanecido en silencio.

En la pared sobre la chimenea colgaba el muestrario descolorido que Eleanor había bordado. Las otras reliquias del antiguo cuarto de niños volvían a estar en uso: la cuna albergaba ahora una colección de animales de trapo acolchados, las estanterías rebosaban de libros y juegos de mesa desordenados, y el viejo caballo de madera había recuperado su crin de lana azul, cortesía de los ágiles dedos de Annie. La luz del sol y las guirnaldas conspiraban para que toda la habitación resplandeciera, como si a cada objeto se le permitiera, por fin, ser visto.

Connie estaba de pie en el umbral, contemplando la escena. Vestía su mejor traje de lana, con la falda arreglada para acomodar

el crecimiento de su vientre. Apoyaba una mano en la suave redondez, que se había vuelto grande y tensa durante los últimos meses. Con la otra mano, se apartó un mechón de pelo de los ojos, contenta con simplemente observar a sus hijos jugar.

Los últimos meses le habían traído una paz que era a la vez extraña y familiar, como una vieja canción que hubiera olvidado cómo cantar. Recordaba su primer invierno en esta casa: Jack pequeño y asustado, ella misma temblando más por los nervios que por el frío, sus vidas suspendidas en una desdicha que nunca dejaba lugar a la esperanza. Ahora, la esperanza abarrotaba el cuarto de los niños. Llenaba los rincones, brotaba a través de las tablas del suelo, la conmovía cada vez que Jack levantaba la vista con esa sonrisa pícara de niño mayor, o Samuel preguntaba por el destino de la infantería azul.

Miró a su alrededor, haciendo inventario. El cuarto de los niños, antes cerrado a cal y canto y prohibido, lucía ahora el brillo del uso constante. Los niños se habían apropiado de cada centímetro: rozaduras en el asiento de la ventana, migajas bajo la alfombra, una ligera muesca en el alféizar donde Samuel había intentado sacar punta a un lápiz con el dorso de una cuchara. Cada pequeña marca era un testimonio del cambio de destino de la habitación.

No lo oyó acercarse. El único aviso fue el tenue cambio de luz a sus espaldas cuando Thomas entró, con pasos silenciosos. Se acercó mucho, tanto que ella pudo sentir el calor que emanaba de él y, sin decir palabra, la rodeó con sus brazos desde atrás.

Ella se reclinó en el abrazo, sin importarle que su cabello estuviera alborotado. La barbilla de él rozó la coronilla de su cabeza, y Thomas tarareó un fragmento de algún antiguo himno, con una melodía tan baja que apenas ondulaba el aire.

Juntos, observaron a los niños. Jack apoyado contra el borde de la cuna, Samuel con las piernas cruzadas, ambos tan absortos en su campaña que no se percataron del escrutinio de los adultos. Durante varios minutos, el único sonido fue el traqueteo de los hombres de madera y el ocasional e indignado «¡Has hecho trampa!» de Samuel, que siempre discutía, incluso cuando ganaba.

—Está contenta, creo —murmuró Thomas, señalando con la cabeza el vientre de Connie—. ¿La has conocido alguna vez tan quieta durante una hora completa?

Connie sonrió, cambiando su peso para que sus cuerpos encajaran de forma más perfecta. —Solo está esperando para hacer su entrada.

Él se inclinó para besarle la mejilla, un gesto tan ordinario que la sobresaltó; todavía se estaba acostumbrando al Thomas que besaba a su esposa a plena luz del día.

Permanecieron así un poco más, hasta que Jack finalmente miró hacia allí y los vio. Esbozó una sonrisa algo torcida e hizo un saludo militar de broma antes de regresar con sus tropas. La mano de Thomas descendió hasta descansar sobre la de ella, donde envolvió la curva de su estómago.

—¿Recuerdas —dijo él— el día que encontramos a Samuel? En el hospital de expósitos, en aquel salón gélido de paredes verdes.

Ella asintió, cerrando los ojos ante el recuerdo. —Apenas podías sostener la pluma. Pensé que la romperías en dos antes de que se firmaran los papeles.

Él le apretó la mano, una disculpa silenciosa por los temblores, los nervios, la forma en que su propio dolor casi le había robado el milagro. —Se parecía tanto a ella —dijo Thomas—. A su madre.

—Sobre todo en los ojos —respondió Connie—. Son inconfundibles.

Él apoyó la barbilla en el hombro de ella, observando cómo Samuel hacía marchar a su batallón por la alfombra. —Nunca me atreví a esperar que la puerta pudiera abrirse de nuevo —dijo—. Tenías razón hace todos esos años. El amor es lo que lo consigue.

Connie dejó que las palabras calaran. Nunca había necesitado que él las dijera, no realmente, pero las saboreó de todos modos. Le devolvió el apretón en los dedos y luego dijo: —Queda mucho por hacer. Quiero un cuarto de niños rebosante. Y quiero que los niños solo encuentren risas cuando vengan aquí.

Thomas soltó una carcajada, un sonido genuino y abierto. —Con tres, las risas volverán loca a la servidumbre.

—La señora Briggs sobrevivirá —dijo Connie—. Siempre lo hace.

La puerta del cuarto de los niños se abrió de par en par, dejando entrar una ráfaga de canela y el familiar roce de las botas de la señora Briggs. Entró con una bandeja rebosante de hombres de pan de jengibre, con sus brazos crujientes extendidos como para abrazar la estación. Los niños saltaron de la alfombra en un estrépito de codos y sonrisas.

—No tan rápido —dijo la señora Briggs, pero no había una verdadera amenaza en sus palabras. Dejó la bandeja y dirigió una mirada a Jack y a Samuel; la severidad de su ceño se veía compensada por el orgullo inconfundible de verlos tan entusiasmados —. Cuidad vuestros modales, o no os quedará ninguno para los demás.

Jack, ahora el joven caballero de la casa, se enderezó e hizo una reverencia, una imitación de Perkins tan teatral que hasta Samuel soltó una risita. —Muchas gracias, señora Briggs —entonó, y cogió la galleta más cercana.

La señora Briggs resopló. Luego, dirigiéndose a Connie, dijo: —La mesa está puesta, señora Weaver, pero querrá inspeccionarla antes de que lleguen los invitados —. La antigua formalidad seguía ahí, pero suavizada; «señora Weaver» significaba ahora algo más cercano a «hija» que a «usurpadora». Se demoró un momento más, apartando un mechón rebelde de la frente de Samuel, y luego se marchó con la misma presteza con la que había llegado.

Connie la vio irse, maravillada por el cambio. La mujer que antes gobernaba la casa con un libro de contabilidad de hierro, ahora presidía con algo parecido a la gracia. En la cocina se rumoreaba que la señora Briggs incluso había contado un chiste la semana pasada, y se decía que favorecía a uno de los lacayos en secreto. Annie había jurado que era cierto.

Jack y Samuel devoraron sus galletas, y las migas de jengibre caían como nieve sobre sus camisas. Jack rompió la suya por la mitad, pasando el trozo más grande a su hermano, quien lo aceptó sin comentarios.

Thomas dio una palmada, guiando a la familia hacia la puerta. —Hay un banquete al que sobrevivir —anunció—. No hagamos esperar al servicio.

Jack y Samuel salieron corriendo delante de ellos, por el pasillo y pasando por delante de la galería de ceños fruncidos ancestrales. Connie y Thomas los siguieron, del brazo. Cada habitación por la que pasaban estaba viva: el salón lleno del murmullo de los criados que ponían los cubiertos de último minuto; el vestíbulo decorado con acebo y resplandeciente con la luz pálida del mediodía invernal.

Al llegar al rellano, las campanas de la iglesia empezaron a repicar por todo el valle. El sonido flotaba a través de las ventanas, que ya no estaban cerradas a la alegría, y Connie se detuvo a observar la nevada en el exterior. Caía en copos lentos y deliberados, pintando cada rama y cada alero con una suavidad que hacía que el mundo entero pareciera renovado.

Sintió que la mano de Thomas presionaba suavemente en la parte baja de su espalda, guiándola. —Ven —dijo él—. Nos están esperando.

Bajaron las escaleras juntos, con la risa de los niños resonando en la piedra y el calor de la cocina llamándolos a casa.

El comedor resplandecía con la luz de las velas y el clamor de una docena de voces. El servicio, la familia, los primeros en llegar de las familias de la fábrica, todos unidos en un único y estrepitoso júbilo.

Connie miró a su alrededor, con el corazón lleno y dolorido a la vez. Buscó la mano de Thomas y la apretó, sintiendo la promesa en su palma y el pulso de la casa a su alrededor.

Mientras tomaban asiento, las risas continuaron, llenando cada rincón. Incluso los muertos, pensó ella, debían de perdonar un ruido como aquel.

Fuera, la nieve seguía cayendo. Dentro, la casa vibraba con el sonido de la vida, un sonido que perduraría mucho después de que las velas se consumieran, mucho después de que las galletas fueran migas y los niños hubieran crecido.

Era el sonido, por fin, de un hogar.

Fin

OTRAS OBRAS DE LILY BOURNE

SERIE LAS HERMANAS BENNETT

Desde los callejones del Londres victoriano hasta grandes mansiones repletas de secretos, la saga de las hermanas Bennett sigue a **Matilda, Josephina y Kitty** mientras la adversidad las separa y las obliga a forjar sus propios caminos en un mundo que rara vez muestra clemencia. El amor, la traición, el peligro y una feroz lealtad fraternal son el eje central de sus peripecias.

Libro uno – *The Daughter's Burden (La carga de la hija)*

Cuando su familia queda en la ruina, **Matilda**, la hermana mayor, entra a servir en una casa acaudalada donde colisionan la ambición, el deseo y verdades ocultas. Mientras intenta mantener a salvo a su familia dispersa, Matilda descubre que no todos los peligros acechan en las calles: algunos habitan tras puertas elegantes.

Libro dos – *The Daughter's Revenge (La venganza de la hija)*

Separada de sus hermanas y endurecida por la brutal vida que ha padecido, **Josephina** aprende a sobrevivir bajo sus propias reglas. Sin embargo, los bajos fondos de Londres tienen sus propias normas y, mientras construye una nueva vida, se da cuenta de que el pasado no ha terminado con ella, ni con las personas que ama.

Libro tres – *The Daughter's Justice (La justicia de la hija)*

La hermana menor, **Kitty**, acogida en un hogar adoptivo, crece lejos del mundo que conocía. Pero el decoro tiene un precio, y Kitty pronto aprende que incluso los hogares más distinguidos pueden ocultar sombras peligrosas. Para recuperar su futuro, deberá enfrentarse a la verdad de su pasado.

Libro cuatro – *The Daughter's Christmas Redemption (La redención navideña de la hija)*

Años después, las vidas de las hermanas finalmente convergen mientras trabajan para proteger a una nueva generación de niños vulnerables. Cuando las viejas heridas resurgen y la amenaza de la ruina se cierne sobre ellas una vez más, Matilda, Josephina y Kitty deberán permanecer unidas en una Navidad que pondrá a prueba su valor, su vínculo y su esperanza en la redención.

Lee el primer libro aquí:

The Daughter's Burden

SIGAMOS EN CONTACTO

¡Muchísimas gracias por leer mi libro! ¿Le gustaría saber cómo comenzó la historia de las hermanas Bennett?

Puede descargar mi libro GRATUITO aquí, La esperanza de una madre.